

CULTURA

3

... REVISTA DEL MINISTERIO DE CULTURA ...

SAN SALVADOR

EL SALVADOR,

CENTRO AMERICA

MAYO - JUNIO

1955

CULTURA

REVISTA BIMESTRAL DEL MINISTERIO DE CULTURA

MINISTRO:

DOCTOR REYNALDO GALINDO POHL

SUB-SECRETARIO:

DOCTOR ROBERTO MASFERRER

DIRECTOR:

MANUEL ANDINO

SECRETARIO DE REDACCION:

JUAN ANTONIO AYALA

Nº 3

MAYO - JUNIO

1955

DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA

Pasaje Contreras Nos. 11 y 13.

SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

INDICE

	PAGINA
El Orden Social.—Sus Condiciones Fundamentales Mauricio Guzmán.	7
Breve Estudio sobre “Las Moscas” de Juan Pablo Sartre Salvadora Tijerino Rizo.	17
El Maestro, en la Literatura Alfredo Huertas.	22
Dos Temperamentos en las Letras Nacionales Salvador Cañas.	28
El Teatro Universal en la Epoca Presente y el Teatro en El Salvador Edmundo Barbero.	33
La Inestabilidad de la Historia Arnold J. Toynbee.	41
Ricardo Latcham Habla de Historia y de Critica Literarias Hugo Lindo.	49
Hacia un Concepto Económico de la Historia Literaria Juan A. Ayala.	56

	PAGINA
"Santo Tomás Frente a la Ciencia"	61
Phro. Mario Moro.	
Los Problemas de la Metafísica en la Exposición de los Doctores Luna Arroyo	69
Luis Rivas Cerros.	
Andrés Bello; Nueva Edición de sus Obras	74
Domingo Buconore.	
La Tragedia de los Precoces	78
José Bruin.	
Miss Sandra 1930	84
Luis Gallegos Valdés.	
Cunninghame Graham.—La Pasión de Espacio	92
Fryda Schultz de Mantovani.	
Orquídeas en Asis	104
Pily Bolaños.	
Erasmus en la Soledad	108
Mario Hernández-Aguirre.	
Indio Jesús	115
José F. Valiente.	
Sobre la Versificación de "Los Aeronautas"	120
Francisco Gavidia.	
Problemas Contemporáneos de Filosofía de la Educación	128
Juan Mantovani.	
En el Valle de La Esperanza	143
M. Barba Salinas.	
Notas y Noticias	147

Colaboran en este Número

- MAURICIO GUZMAN.**—Abogado y escritor. Fué Embajador de El Salvador en Argentina. Es actualmente magistrado de la Corte Suprema de Justicia de El Salvador. Ha publicado las siguientes obras: "La Política en la Ciudad del Hombre", "La Federación Colegiada de las Repúblicas de Centro América".
- SALVADORA TIJERINO RIZO.**—Profesora y escritora nicaragüense. Hizo estudios de pedagogía en Estados Unidos. Catedrática de la Escuela Normal de Maestras "España" y de la Escuela Normal Superior. Residencia: San Salvador.
- ALFREDO HUERTAS.**—Escritor y Profesor español, residente en El Salvador. Autor de varias obras didácticas y actual profesor en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional y en la Escuela Normal Superior.
- SALVADOR CAÑAS.**—Profesor y escritor salvadoreño. Director y fundador del Colegio "García Flamenco". Reside en San Salvador.
- EDMUNDO BARBERO.**—Actor español, egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Formó parte de la compañía teatral de Margarita Xirgu. En el Perú, donde residió varios años, dirigió varios grupos de teatro y fué catedrático de la Universidad de San Marcos. Ha residido también en la Argentina, donde además de trabajar en teatro, filmó varias películas. Actualmente reside en El Salvador, donde es el Director del Departamento de Teatro de la Dirección General de Bellas Artes y de la Escuela de Arte Escénico.
- ARNOLD J. TOYNBEE.**—Distinguido historiador inglés, profesor de la Universidad de Londres, Director de Estudios en el *Institute of International Affairs del Ministerio del Exterior*. Obras principales: *The Western Question in Greece and Turkey* (1922); *Greek Civilisation and Character* (1924); *A Survey of International Affairs* (1920-1938); *A Study of History* (1934-1939) 6 volúmenes; *Civilisation on Trial* (1948); *War and Civilisation* (1951).

- HUGO LINDO.**—Poeta y escritor salvadoreño. Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales. Obras: "Poema Eucarístico", "Guaro y Champaña" (cuentos), "Libro de Horas", "Antología del Cuento Moderno Centroamericano", "Sinfonía del Límite". Es Encargado de Negocios de El Salvador, en Santiago de Chile.
- JUAN ANTONIO AYALA.**—Escritor español. Profesor de Gramática Castellana en la Facultad de Derecho, de Lengua y Literatura Latina en la Facultad de Humanidades y de Lengua Latina en la Escuela Normal Superior. Colaborador de la revista mexicana "Filosofía y Letras". Actualmente reside en San Salvador, donde es el Secretario del Departamento Editorial del Ministerio de Cultura.
- MARIO MORO.**—Sacerdote Salesiano. Nació en Italia. Concluyó en San Salvador sus estudios normales y filosóficos. Terminó en Córdoba (Argentina) sus estudios eclesiásticos. En 1950 regresó a Italia para obtener la láurea en Filosofía. Actualmente reside en El Salvador donde desempeña la cátedra de Filosofía y Física en el Instituto Salesiano "Don Rúa".
- LUIS RIVAS CERROS.**—Profesor y escritor salvadoreño. Director del Diario Oficial de El Salvador.
- JOSE BRUIN.**—Profesor español. Reside en San Salvador. Catedrático de la Escuela Normal de Maestros "Alberto Masferrer". Escribe sobre temas pedagógicos.
- LUIS CALLEGOS VALDES.**—Escritor salvadoreño. Ha publicado "Tiro al Blanco", (estudios críticos de literatura). Es Subdirector de Bellas Artes y Catedrático de Literatura en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional y en la Escuela Normal Superior. Reside en San Salvador.
- FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI.**—Escritora argentina; poeta y ensayista. Colabora en el diario "La Nación" y en la revista "Sur" de Buenos Aires, así como también en otras importantes revistas americanas. Se ha dedicado al estudio de la creación poética y a la crítica literaria. Obras: "Navegante", "Sáficos y otros poemas", "Canto ciego", "El mundo poético infantil", "Fábula del niño en el hombre".
- PILY BOLAÑOS.**—Escritora salvadoreña. Licenciada en Derecho. Colabora en "Repertorio Americano", dirigido por Joaquín García Monge, y en los periódicos y revistas salvadoreñas. Residencia: San José de Costa Rica.
- MARIO HERNANDEZ-AGUIRRE.**—Escritor salvadoreño. Residió en Santiago de Chile y en Buenos Aires. Es Jefe de Publicidad del Ministerio del Trabajo de El Salvador. Colabora en periódicos y revistas. Ha publicado "Litoral de Amor" (poemas).
- JOSE F. VALIENTE.**—Salvadoreño. Médico. Ha viajado por Estados Unidos y Europa. Actualmente reside en San Salvador.
- FRANCISCO GAVIDIA.**—Poeta, filólogo y escritor salvadoreño. Nació en San Miguel. Fué de los iniciadores del Modernismo en América. Ha publicado las siguientes obras: "Historia de El Salvador", "La Torre de Marfil" (teatro), "Cuentos de Marineros", "Sóoter", "Júpiter", "La Princesa Citalá", "Cuentos y Narraciones", "Discursos, Estudios y Conferencias".
- JUAN MANTOVANI.**—Profesor argentino, egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Ha desempeñado altos cargos en el Ministerio de Educación de su país. Es un distinguido conferenciante, quien ha visitado muchos países de América. Obras: "Educación y plenitud humana", "La Educación y sus tres problemas", "Epocas y hombres de la educación argentina", "Ciencia y conciencia de la Educación", "Adolescencia. Formación y Cultura".
- MANUEL BARBA SALINAS.**—Escritor y periodista salvadoreño. Ha viajado por Estados Unidos y Europa. Actualmente prepara su obra "Memorias de un Espectador".

El Orden Social (1). - Sus Condiciones Fundamentales

Por MAURICIO GUZMAN

Todo ser humano necesita ejecutar un conjunto de actos encaminados a la consecución de los fines biológicos y los que le impone la vida racional; y asimismo, debe tolerar que sus congéneres hagan lo propio, de acuerdo con sus respectivas exigencias y los requerimientos de las circunstancias. Este proceso mutualista de acciones y permisiones posibilita al hombre su existencia, desarrollo y progreso. Hay en esto un equilibrio sabio, un intercambio armónico de desplazamientos volitivos producidos en un ambiente de tolerancia recíproca, al cual, genéricamente, se le denomina Orden Social. Por ello, este orden puede ser descrito como el *sistema de limitaciones de la conducta indispensables para que el hombre realice su vida gregaria*.

El Orden Social objetiva y prácticamente se desenvuelve en normas de conducta: de costumbre, morales, de tipo religioso o jurídicas. Pero si se analizan estos hechos sociales, al instante se observa que ese orden fáctico, si dijéramos, tiene como fondo un *acondicionamiento de elementos, fuerzas o factores*, que hace dable al hombre su convivencia social, con un *mínimum* de paz. Naturalmente, cuando este feliz acondicionamiento se desarticula, el sistema de normas que regulaba la actividad social se perturba y la sociedad entra en período de crisis, de anarquía, durante el cual el hombre se empeña en lograr la restauración del viejo orden perdido, o la instalación de uno nuevo, según el imperio de las circunstancias.

(1) Esta vez, el vocablo "social" está tomado en sentido universal y, por ello, comprende lo político, lo económico, lo religioso, etc.

El contenido del Orden Social es, sin duda, muy complejo. Por esta razón para determinar su concepto, conviene analizar sus condiciones fundamentales. Tres son, a mi juicio, estas condiciones: a) coexistencia de las empresas humanas; b) jerarquización de éstas; c) coordinación sinérgica de las mismas.

COEXISTENCIA DE LAS EMPRESAS HUMANAS

Por empresa se ha de entender todo desplazamiento de la voluntad, orientado a obtener la consecución de un fin material o espiritual; o más concretamente, cualquier empleo enérgico del vigor o actividad del ánimo, de carácter télico.

La coexistencia de las empresas humanas consiste, sencillamente, en la existencia simultánea de aquéllas, en una sociedad determinada. Es decir, en la mutua tolerancia o aquiescencia de las actividades de las empresas humanas que se compaginan con los fines de la mentalidad colectiva dirigente.

La sola coexistencia de las empresas humanas ya entraña un principio de orden, pues siendo la sociedad un mundo de relaciones de todo tipo, lo más probable es que las empresas tomen contacto y que establezcan una corriente de tratamientos de la más variada índole.

Por lo expuesto, estimo la coexistencia como una condición esencial para que se pueda edificar y mantener un orden social.

JERARQUIZACION DE LAS EMPRESAS

Las empresas humanas con capacidad de coexistencia pueden ser individuales o sociales. Las primeras se realizan y se cumplen en el individuo aislado; las segundas, entrañan fines cuya consecución demanda el esfuerzo asociado.

De las empresas sociales, las más importantes son las de naturaleza jerárquica, como la familia, la escuela, la iglesia (de cualquier religión), el municipio, el ejército, la fábrica, los partidos políticos, el Estado, etc. Estas empresas son permanentes y su existencia descansa en la inclinación natural del hombre que lo impele a jerarquizar su esfuerzo. Sin estas empresas autoritarias el hombre no habría conquistado la tierra, ni habría forjado ninguna civilización. La aptitud singular de llevar a cabo estas empresas le ha colocado en un plano superior en relación a todos los demás seres animados que pueblan el planeta. Este destino inigualable se lo debe a su condición única de ser racional.

Las empresas autoritarias forman el medio especial, idóneo y único en que el hombre progresa y vive en paz. Son, pues, de una importancia incommensurable.

La estructura de las empresas jerárquicas ¿será simple creación de la mente, o estará regida por exigencias que escapan al control de la voluntad humana? La contestación es sencilla: tales empresas —las autoritarias— se deben al proceso de jerarquización del esfuerzo humano. Este proceso resulta de la integración de dos fenómenos sociales: dirección y subordinación. De la armonía de estos fenómenos

nace, pues, la organización autoritaria. La *dirección* posibilita la coexistencia armónica de los fines del hombre y el aprovechamiento racional de la energía humana. Por virtud de la dirección, los recursos de la actividad individual pueden orientarse hacia determinado fin y canalizarse en cierto sentido, según un plan previsto. El fenómeno dirección ha dado base al ensanche y perfeccionamiento de la técnica. Pero aquella —la dirección— no habría tenido sentido sin su correlativo esencial: la subordinación. En efecto, ¿cómo hablar de dirigentes sin dirigidos? Más todavía: sin hombres a quienes dirigir, las cosas pueden ser aprovechadas, pero no dirigidas, pues sólo los seres racionales son susceptibles de dirección.

El proceso de jerarquización, en su proyección temporal, no tiene solución de continuidad. No hay momento histórico que no presente este elemento indispensable. Ante esta situación, cabe volver a la pregunta de si el proceso expresado descansa en la simple voluntad, como un artificio de la inteligencia humana; o si es un proceso necesario, imprescindible. En otra ocasión he sostenido que este proceso se debe a una ley sociológica (ley de la obediencia) ⁽¹⁾, en consideración a que el hombre, como ser social, siempre en toda circunstancia de tiempo o espacio, se somete a *motivos de superioridad*. En cualquier etapa histórica vemos al hombre sujeto a motivos de superioridad. La existencia ininterrumpida de la autoridad paterna, religiosa, docente, patronal, política, etc., no demuestra otra cosa. El hombre siempre se nutre de motivos de superioridad. De otro modo, su existencia no tendría sentido ético, ni gregario. Estos motivos de superioridad, o tienen base biológica o instintiva, o son descubiertos e impuestos por la razón humana. Los biológicos o instintivos, se inspiran en la superioridad de la fuerza física, del misterio, etc. De éstos, la autoridad paterna y la divina, son ejemplos clásicos. De los motivos racionales, el más evidente, es el de la ley. La superioridad de la ley tiene una fuerza incontrastable, no obstante su asidero racional.

En las instituciones autoritarias, cambia únicamente el contenido de los motivos de superioridad. Por ejemplo, en el Estado: originalmente, los gobernantes se imponían por la fuerza; después, por el dogma divino; en seguida, por la voluntad popular, y finalmente, por ese dogma cambiante e inestable en sus formas, que yo he dado en llamar: *dogma de la razón humana*.

Lo que cambia, pues, es el contenido de los motivos de superioridad. El mecanismo del proceso jerárquico permanece invariable, constando siempre de dos términos: dirigentes y dirigidos, y de un motivo de superioridad en que se inspira la jerarquía o autoridad de los dirigentes. El motivo de superioridad es la base de sustentación del fenómeno *dirección*.

La vida de las empresas jerárquicas se desenvuelve en un ambiente de normas, que determinan lo que se debe hacer para que dichas instituciones cumplan sus fines. Estas normas condicionan la estructura y el funcionamiento de las instituciones mencionadas, de acuerdo con el motivo de superioridad en que éstas descansan.

(1) Véase del autor, "LA POLÍTICA EN LA CIUDAD DEL HOMBRE".

COORDINACION SINERGICA DE LAS EMPRESAS

La coexistencia de las empresas humanas y su jerarquización no bastan para que se produzca el Orden Social; se precisa su coordinación sinérgica, es decir, deben concurrir con sus particulares existencias a la consecución de fines superiores, como son la paz, el bienestar y el progreso del hombre; y estos fines sólo se pueden lograr cuando las empresas humanas, individuales o sociales, autoritarias o de libre gestión, se desarrollan en un plan sinérgico, con lo cual, al cumplir sus propósitos inmediatos convergen, insensiblemente, unidas por una lógica rectora, a realizar el concierto del Orden Social.

Pero la coordinación sinérgica de las empresas humanas no es una función abandonada a la inspiración del azar; esta función responde a una necesidad social, a un imperativo gregario; ella es una función vital que tiene como motor una necesidad irrenunciable, a la que Dabin denomina *necesidad política*.

La coordinación sinérgica no puede estar a cargo de un individuo o de un sector humano; esta función corresponde a la sociedad misma organizada en esa forma especial que en la técnica política se denomina Estado.

La coordinación sinérgica de las empresas humanas ha sido realizada por el Estado de acuerdo a los fines que éste ha perseguido, en las distintas etapas históricas. Es decir, que la forma de aquella coordinación siempre ha estado en relación directa con los fines esenciales del Estado.

Es indudable que existe una relación inmediata y causal, entre los fines del Estado y la coordinación sinérgica. Igualmente existe un nexo causal entre fines estatales y motivos de superioridad políticos, a los que, en otro estudio, ⁽¹⁾ he denominado dogmas políticos. Por consiguiente, el sentido especial en que se desarrolla aquella coordinación, estriba en la naturaleza del dogma político imperante. Así, cuando el Poder descansaba en el dogma político de la fuerza, el fin primordial del Estado consistía en el Poder en sí, en la mayor cantidad de poder material sobre los vencidos. La población del Estado se dividía en dos grandes sectores: vencedores y vencidos. Esta era la piedra angular de la organización, el punto de partida del orden político. Había que empezar por coordinar sinérgicamente las empresas de los vencidos o esclavos con las de la clase vencedora, y dentro de ésta, las empresas del núcleo dirigente o *élite* y las de los componentes de la masa en que descansaba o se apoyaba aquel núcleo o *élite*. La coordinación sinérgica se proponía lograr la completa sujeción y aprovechamiento de los vencidos, y la mayor amplitud y estabilidad de los privilegios del grupo vencedor, procurando mantener la más estrecha cohesión entre la *élite* política y los sostenedores inmediatos de esta *élite*. La coordinación sinérgica imponía, para el logro constante de esta cohesión, la organización militar. Era éste el Estado conquistador, cuyo sustentáculo central era el soldado. El mejor soldado era el mejor ciudadano, y el orden se estimulaba y mantenía con el brillo de las

(1) Obra citada.

victorias guerreras durante los conflictos, y con "pan y circo" en la paz, la que se resolvía en la oportunidad de prepararse para la guerra.

Cuando el dogma político de la fuerza daba dinamismo al Estado, la coordinación sinérgica consistía en hacer que las empresas morales, religiosas, económicas y de cualquier otro tipo o clasificación, concudiesen a producir un orden guerrero.

Bajo el imperio del dogma teocrático, la coordinación sinérgica se encaminaba a erigir un orden en que las empresas humanas se desarrollasen siguiendo la inspiración divina. El destino de las *élites* gobernantes estaba supeditado a la voluntad de los dioses. La coordinación sinérgica se acomodaba a un motivo de superioridad sobrenatural, al cual quedaban sujetos vencedores y vencidos, gobernantes y gobernados; y en tal situación, la *élite* dominante actuaba interpretando el querer de los dioses, y para más seguridad, el Jefe de la comunidad era el Sumo Pontífice, y en ocasiones, él mismo se arrogaba investidura divina.

En todo caso, el dogma teocrático originó el predominio de la clase sacerdotal, pues siendo ésta el fiel y único intérprete de la voluntad divina en su relación con el hombre, a ella quedaba librado decidir la paz o la guerra de los pueblos. Para aliviar este predominio político de la clase sacerdotal, derivado de la fuerza misma del dogma teocrático, el "general victorioso" o caudillo triunfante concentró en su persona las funciones de Sumo Pontífice. En ocasiones, él propio se consideraba un descendiente directo de los dioses, como Alejandro: o un depositario de la voluntad divina, como César.

Bajo el dogma teocrático, siendo el valor religioso el centro de gravitación de la actividad social, las empresas humanas forzosamente debían concurrir a mantener y garantizar aquel valor. En el acontecer histórico, son pintorescos los diversos tipos de organización que tomaron los Estados, al amparo de este dogma. Baste tal vez recordar que las constituciones políticas descansaban en los libros sagrados: el Estado Mahometano, en el Corán; y el Estado Medioeval, en la Biblia.

Al impulso del dogma teocrático, los esfuerzos e iniciativas se encaminaban, bajo el catolicismo medioeval, para el caso, a mantener un orden en que se trajese, de ser posible, el reino de Dios a la tierra; y en todo caso, se ansiaba ardientemente, que el hombre estuviese en buen concepto y en completa armonía con los dioses o con Dios, según imperase el politeísmo o el monoteísmo. La coordinación sinérgica se proponía que las empresas humanas jerárquicas o de libre gestión, concudiesen a formar un orden sagrado en que el hombre fuese servidor y protegido de la voluntad divina.

Bajo la égida del dogma de la soberanía popular, los ojos se tornaron hacia la tierra misma, pues la felicidad terrenal, la libertad humana y el perfeccionamiento moral del hombre, vinieron a ser las grandes preocupaciones de la cultura. Bajo este dogma ocurrió un fenómeno histórico raro: en vez de *primar* el hombre como valor social, todo el cuidado y afán del Estado liberal burgués se concentró en el hombre como individuo. Había en esto una contradicción, pues si el soberano era el pueblo, lo lógico habría sido que el valor político más importante hubiera sido la sociedad misma, encarnación del bien común; o sea, el hombre en su dimensión social.

Sin embargo, lo cierto es que, bajo la dirección del dogma de la soberanía popular, *el fin principal del Estado fué el individuo*. Y esto tiene una explicación histórica. En efecto, para derribar el Estado teocrático y su régimen de privilegios, la burguesía eligió, como bandera, la tesis estoico-cristiana de los *derechos naturales*, cuyo sujeto es el hombre como individuo de la especie humana. La tesis individualista fué una enseña revolucionaria, que ya en la paz democrática fácilmente se hizo blanco de la resistencia socialista.

Había una divergencia que, a la postre, trajo la crisis política de este siglo. Tal divergencia consistía en que, de un lado, se hablaba de soberanía popular, y de otro, de un orden individualista. Se hablaba de soberanía del pueblo cuando el verdadero soberano era el individuo. En la realidad, cada individuo se había erigido en soberano, pero sin tener realmente el poder, pues si éste se hubiese concretado en un solo hombre, el orden individualista habría desaparecido. De ahí que, la pirotecnia política de Rousseau hablase de que la soberanía se concretaba en la voluntad general de los individuos.

Esta preeminencia política del individuo fué un elemento de descomposición, un signo de anarquía; por ello, finalmente, el pensamiento revolucionario concluyó depositando el poder político en el pueblo, cuya voluntad se concreta en la ley: mandato universal, impersonal, estable y justo.

El fin principal que impulsaba al Estado bajo el imperio del dogma de la soberanía popular, pues, era el individuo; y este fin le dió a aquél —el Estado— una organización especial. Apareció el Estado constitucional liberal, o Estado de Derecho liberal burgués.

La coordinación sinérgica se dirigía a lograr que las empresas humanas se conjugasen alrededor de los fines individuales, garantizando a la persona todas las libertades posibles y procurando que ésta desarrollase sus poderes subjetivos. El individuo, con su cúmulo de derechos naturales, era el centro de gravitación de la coordinación sinérgica. La propiedad se garantizaba en el sentido romano. La libertad iba desde el desplazamiento físico de la locomoción, pasaba por la conciencia y llegaba al pensamiento. El hombre podía creer, opinar, pensar y hacer lo que quisiese, con tal que no atentase contra el orden, que se limitaba a dar seguridad al individuo. Pero se dejó un ámbito de crítica que preparó el fermento de las revoluciones sociales de este siglo.

Esta coordinación sinérgica adolecía de fallas muy graves, siendo la principal, la falta de unidad. No era posible que los fines individuales concudiesen a un centro, pues estos fines, por su naturaleza, son diversos. El hombre, como individuo es capaz de querer muchas cosas, hasta el anarquismo que equivale a la negación del orden jerárquico y sinérgico. No fué posible estabilizar un orden en el que eran libres sus mismos enemigos, quienes se dedicaron a socavarlo. El tiempo les dió la razón a los enemigos del orden democrático liberal burgués, quienes finalmente lo han desacreditado señalándole incapacidad para resolver los grandes problemas que plantea la nueva mentalidad política.

La coordinación sinérgica bajo el dogma de la razón humana merece un aparte especial.

En efecto, desde que el pueblo separó a los dioses o a Dios del gobierno de la sociedad, ésta empezó una transformación tan profunda que da la impresión de un caos. Los grandes pensadores europeos dominados por esta impresión, presagian una hecatombe sin precedentes, en la que terminarían las glorias de la cultura occidental y las conquistas de la civilización.

Afirmado el hombre, ante sí y por sí, como demiurgo de su propio destino social (en lo político, lo económico, lo religioso, etc.), bajo el clima de libertades que le trajo la democracia burguesa, empezó a destruir lo tradicional y a construir lo que estimaba digno de su rango; en este afán hubo una circunstancia peculiar y de inmensa importancia: *todo lo social lo redujo a la dimensión de la razón humana*. Si la razón aprobaba un modo de pensar o hacer social, o un determinado tipo de organización, estos hechos contaban con el respaldo popular; de lo contrario, su existencia se tornaba precaria e inestable.

La razón, como instrumento de poder del hombre, para derribar o para edificar; la Razón activa; la Razón del hombre del siglo XVIII se enseñoreó en la sociedad, y se constituyó en principio rector de la existencia humana. Esto no podía ser de otro modo, pues el gobierno del pueblo por el pueblo, no había sido más que un recurso de oratoria revolucionaria, y el dogma de la soberanía del pueblo, una metáfora política.

Sin embargo, la Razón se detuvo durante un tiempo ante las fortificaciones del individualismo. La resistencia de éste fué minada principalmente por estos factores: 1) la división política de la burguesía en cada nación; 2) el abuso de las libertades, principalmente de la económica y la espiritual; 3) el avance de la cultura hacia las masas citadinas, por el periódico, el libro, la cátedra, los movimientos eleccionarios, etc.; 4) la seductora idea de la igualdad humana absoluta.

La división de la burguesía en partidos políticos la debilitó profundamente. Al dividirse esta clase, el gobierno democrático liberal se convirtió en un campo de batalla en que se debatían intereses personales o de grupo, y no sistemas de organización que propendiesen a dignificar al individuo.

Los sectores burgueses contendientes se olvidaron de las masas proletarias, fracasaron en sus propósitos igualitarios, no pudieron controlar el empuje destructor de la demagogia socialista, y con ello han desilusionado a los pueblos de ideas democráticas.

El abuso de las libertades era natural y humano, si se toma en cuenta que se vivía un régimen político sin tradición. La libertad económica ejercida sin ponderación, sin miramiento social, condujo, de un lado, al capitalismo —concentración de los elementos de producción en manos de los nuevos ricos—; y de otro, al proletariado, la masa mayoritaria carente de medios propios de vida, que aspiraba a una legislación justa que garantizase un *status* económico en armonía con la dignidad y la felicidad humanas, proclamadas como derechos fundamentales de la nueva sociedad.

El abuso de la libertad económica dió origen a una estructura económica que no se compaginaba con la nueva mentalidad política de las masas populares, y sólo este hecho fué suficiente para mantener un clima moral de descontento, propicio a la demagogia y la rebelión.

La libertad espiritual es el "talón de Aquiles" de cualquier organización política, y principalmente de las de tipo racionalista. Esto es así, porque cualquier autoridad descansa en un motivo de superioridad acatado por quienes la obedecen; y si este motivo de superioridad se hace objeto de discusión pública, pierde prestigio y fuerza de convicción hasta el grado de echar a tierra a la autoridad que descansa en dicho motivo de superioridad. Por esta causa los nuevos gobiernos que han surgido al amparo del dogma de la razón humana, han erigido *campos de concentración* para los descontentos y para los irreverentes.

La libertad espiritual ha desatado un vendaval de discusión que ha derribado los motivos de superioridad tradicionales (teocrático, de la soberanía popular, etc.) y ha creado otros, muy singulares, basándose en una justicia política de contenido racionalista e histórico (superioridad de la nación, de la raza, del proletariado, etc.). Este es el meollo de la gran transformación política que hoy día está experimentando la humanidad. Pero la discusión en materia política, sobre todo con los medios de difusión con que contará el hombre del próximo milenio, resultará un fermento de anarquía de acción ilimitada. Por ello, los Estados edificados con base en un motivo de superioridad política, de naturaleza racionalista, se han convertido en dictaduras ideológicas de una ferocidad que haría temblar a los Césares.

El avance de la cultura en las masas ciudadanas les dió conciencia de clase e hizo, bajo la influencia socialista, que aquéllas —las masas— se formasen la mentalidad de que el interés común debe prevalecer sobre el interés individual. Este fenómeno preparó una psicología de lucha a muerte contra el individualismo como sistema, es decir, una lucha, no contra los vicios del individualismo, sino contra el individualismo en sí, lo cual, en el fondo, implica una contradicción, pues las masas están formadas por individuos. En efecto, si se despoja al individuo de la dignidad que le dió el liberalismo del siglo XVIII, el hombre queda en peligro de degradarse políticamente.

La intervención de las masas en la política contemporánea ha dado oportunidad, a los demagogos, para concebir nuevos motivos de superioridad que se inspiran en consideraciones racionalistas, y que van acompañados de formas de organización especiales, que han originado los nuevos Estados de base ideológica. Estos Estados están bajo el dominio del dogma de la Razón humana.

La idea de igualdad humana absoluta ha coadyuvado también a la derrota del individualismo, pues ha conducido al ensayo ruso en que se pretende nivelar a los hombres aboliendo la propiedad privada, y reduciéndolos al denominador común del Proletariado. Al individuo se le ha hecho desaparecer en el sistema bolchevique diluyéndolo en el Proletariado. Se ha querido realizar la igualdad humana absoluta, prometiendo que el Proletariado aniquilará a las otras clases existentes en el orbe occidental.

Bajo los regímenes políticos del fascismo y del nacional-socialismo, ante la imposibilidad sociológica de realizar la igualdad absoluta entre los individuos, se quiso equiparar a los grupos sociales dentro de la actividad de un partido único. Se llegó así a una interpretación orgánica de la sociedad, con lo cual el individuo perdió el papel maravilloso que le señaló el Renacimiento.

Todos estos afanes políticos obedecen a organizaciones políticas preconcebidas, en las cuales se persigue la felicidad humana en un mundo en que el interés común es el valor principal. Todas las nuevas organizaciones políticas han nacido en la generosa inspiración de los ideólogos, pero el motor invisible de ese gran movimiento espiritual y de esa inmensa transformación política, es indudablemente la Razón humana. Nada más legítimo que las obras humanas sean el producto del talento. Pero estas obras tienen el inconveniente de la discusión, pues no hay obra humana que sea perfecta. En esto está el nudo gordiano, pues las organizaciones políticas racionalistas, como toda organización jerárquica, descansan en un motivo de superioridad (la glorificación del Proletariado, de la raza, etc.) que debe ser dogmático, indiscutible. Si el motivo de superioridad —columna vertebral de sistema— se discute en público, fatalmente se desploma. Por ello, su conservación impulsa directamente a la *dictadura ideológica*.

Más, volviendo al tema central y apartando de momento la crítica al dogma de la Razón humana, se debe hacer notar que la coordinación sinérgica en los Estados erigidos por aquel dogma, está de acuerdo con el respectivo motivo de superioridad y el fin o fines que acompañan a dicho motivo. En primer lugar, todas las empresas humanas deben englobarse dentro de un *Partido Único*, que toma sobre sí la responsabilidad del destino histórico del nuevo Estado. Es este partido, la institución jerárquica más importante, en la que se concentra la nueva energía política; él es algo así como una dinamo. A tal punto se proyecta esta importancia, que el fascismo estimó que la soberanía estatal residía en la *élite* dirigente del partido aludido.

Este partido único tiene a su cargo la consecución de los fines especiales que dimanarían del dogma político racionalista que inspira al Estado Totalitario. A tal dogma, tal fin o fines. Así en el fascismo: cooperación de clases, igualdad en la gestión de sus intereses propios, desarrollo completo del individuo en un proceso de integración nacional, etc. En el nacional-socialismo: glorificación de la raza teutona, identificación de ésta con la nación, sacrificio total del individuo a la nación alemana, igualdad de las clases, etc. En el bolchevismo: glorificación del Proletariado, destrucción de todas las clases por el Proletariado, destrucción de la religión por ser "opio del pueblo", reducción del Proletariado a una masa amorfa, sin organización y sin jerarquía, etc.

El logro de todos estos fines ha imprimido a la coordinación sinérgica un sentido especial, conduciendo, con ello, en cada caso, a organizaciones estatales peculiares, sin precedente en la historia; en otros términos, a órdenes sociales diversos.

La coordinación sinérgica es la fuerza centrípeta que da sentido especial a las organizaciones humanas; la coordinación sinérgica recoge lo disperso y acomoda lo

que tiene afinidad. Bajo el dogma de la Razón humana encarna el impulso prodigioso que estructura las aspiraciones sociales, dando origen a las organizaciones estatales preconcebidas. En fin, sin la coordinación sinérgica ningún orden social puede afirmarse en la historia.

Breve Estudio sobre "Las Moscas"

de Juan Pablo Sartre

Por SALVADORA TIJERINO RIZO

Juan Pablo Sartre enfoca en sus obras existencialistas el problema del hombre de carne y hueso, el de sus angustias y deficiencias resultantes de las situaciones vividas y de los impactos ambientales. Por ello "Las Moscas" se presta para un estudio objetivo de las causas productoras de los diversos tipos de conducta escenificados por los personajes. Desarrollándose en un ambiente mitológico, los seres legendarios no desentonan con el pensamiento psicológico moderno, ya que las dinámicas fundamentales de la conducta han sido esencialmente las mismas, a través del largo proceso de desenvolvimiento evolutivo de la humanidad.

Los ambientes históricos han venido sucediéndose de acuerdo con

un ritmo también histórico, y el hombre ha venido reaccionando a esos ambientes según su propio grado de evolución. Pero las leyes que rigen la conducta humana han sido y serán siempre las mismas. El hombre ha respondido y seguirá respondiendo a las estimulaciones recibidas, en la medida de su propia evolución psíquica individual.

Hay otra razón más que hace que "Las Moscas" sea una obra accesible al análisis psicológico: aun cuando el ambiente y los personajes pertenezcan a épocas legendarias de la antigüedad griega, el autor ha escrito con mente moderna, inspirado por la corriente filosófica existencialista que abandona los viejos problemas para hacer la vi-

viscción del hombre como ser bio-

lógico-social, sujeto a las influencias del medio que le circunda. "Las Moscas" es una estampa antigua vista a través de un lente moderno. Es así como los personajes muestran patentes los mismos rasgos de conducta que encontramos en el hombre de hoy.

El símbolo revela a veces las características veladas de esos subterfugios con que el inconsciente salta hacia los campos de la conducta observable. El solo título de la obra es ya una revelación. Las moscas tienen esa insistencia que muestran ciertas formas fragmentarias de la conducta: las obsesiones y compulsiones de tipo psicasténico. La obsesión es una idea fija que domina la vida psíquica del individuo; la compulsión es un acto, en apariencia fragmentario e ilógico que se repite y repite, sin que el sujeto pueda inhibirlo. Obsesiones y compulsiones tienen la insistencia de la mosca que se nos prende y enreda en los cabellos, que reta a nuestra paciencia, que, aun cuando la espantemos con la mano, vuelve, vuelve y vuelve. Así las ideas fijas, los *tics* y los manierismos que, sirviendo de válvula de escape a la angustia, vuelven, vuelven y vuelven.

Juan Pablo Sartre nos presenta al pueblo de Argos, soportando la tiranía de Egisto, quien asesinó al rey Agamenón, se casó con la reina viuda Clitemnestra, mandó a matar al hijo del rey y redujo a la esclavitud a Electra, hija también de su víctima.

¿Cómo pudo Egisto doblegar al pueblo de Argos y reinar con las manos y la conciencia ensangrentados por el regicidio? ¿Cómo pudo Egisto domeñar al pueblo de Argos y hacerlo vivir como un rebaño, aceptando la tiranía usurpadora? Los dictadores han tenido sus propios métodos de acción, pero en general, dos son los medios más eficaces para sojuzgar a las multitudes: los que se basan en el miedo impuesto desde fuera y los que se basan en el miedo provocado dentro del alma de cada uno de los siervos. Posiblemente el primer método es el que más hemos conocido a través de la historia. Armamentos, cárceles, torturas, sangre y muerte han puesto su nota de tragedia a lo largo de la evolución de las dictaduras.

Pero ello no significa que el miedo desatado dentro de cada individuo no haya jugado su triste papel en la historia de la esclavización de los pueblos. Y Sartre nos presenta una muestra maravillosa de cómo un dictador puede prescindir del azote para fustigar a sus siervos y crear un azote individual dentro del alma de cada uno de ellos, para degradar hasta el máximo la naturaleza humana de sus gobernados.

El miedo que viene de fuera hace que el hombre humille su cerviz, pero el miedo que surge dentro de cada individuo, no sólo humilla, sino que destruye, aniquila, convierte al hombre en un infra-hombre.

Egisto hizo brotar, desde el sub-

consciente de cada uno de sus súbditos, esa lepra que corroe la personalidad, el Remordimiento, y su terrible corolario, el Miedo. Todos vivían aterrorizados en Argos y se automartirizaban recordando sus propios crímenes y pecados. La adúltera publicaba a grandes voces sus infidelidades; el comerciante inescrupuloso pregonaba sus robos y fraudes; el asesino humedecía constantemente con sus lágrimas la sangre vertida, a fin de conservarla fresca por toda la vida; el mismo Egisto, el único que carecía de remordimiento, fingía ser presa de las torturas producidas por el regicidio. Y para ir más adentro aún, el usurpador desató el terror a los muertos. Los muertos volvían un día cada año, para convivir con sus familias. Al regresar de las honduras de la tumba, lo sabían todo y recriminaban a los vivos sus maldades y crímenes. Por veinticuatro horas cada año, la viuda adúltera tenía que soportar la presencia del marido engañado; el asesino a sus víctimas; el usurero a sus clientes muertos.

En esta forma Egisto apresó a los habitantes de Argos en las redes de la angustia. El remordimiento era ley del Estado; el miedo, el hilo maravilloso mediante el cual manejaba el Rey a sus hombres.

Clitemnestra, cómplice en el asesinato de su primer marido, odiaba y torturaba a su hija Electra. Esta le pagaba con la misma moneda y la aborrecía, lo mismo que a Egisto, victimario de su padre. Parece ha-



JEAN PAUL SARTRE

ber en este odio de la hija por su madre un complejo de Edipo no resuelto.

La madre normal corresponde con amor a una hija que no la ama. La neurótica responde con lamentaciones u odiando a su vez. Clitemnestra aborrece a su hija porque se aborrece a sí misma. La complicidad en el crimen perpetrado por Egisto ha levantado el Remordimiento en su alma, pero como persona más evolucionada que el resto de los habitantes de Argos, proyecta sus propias ansiedades en su hija. La mente de la Reina, más compli-

cada que la de los súbditos, concentra el odio a sí misma en un objeto externo. Su remordimiento es hetero-destructor y no autodirigido como en los pobladores de Argos. Hay en Clitemnestra un deseo subconsciente de retorno al pasado, a su juventud limpia de crimen, y al chocar su angustia con la joven libre de pecado, odia la pureza de su hija, su belleza, su juventud. El odiar en los demás aquello que no poseemos es una forma del dinamismo que la Psicología llama *Proyección*.

Electra, aparte del Complejo de Edipo que hemos analizado, muestra también un mecanismo de tipo esquizofrénico, que es la fuga desde la realidad dolorosa en que vive, hacia un mundo ilusorio. Ella tiene la fe ciega de que su hermano Orestes no fué asesinado, y a través de largos años lo ha esperado como a su libertador.

Ella lo sueña "tal como su situación lo necesita", y da por un hecho que el joven es un guerrero valiente, gallardo, que volverá un día, frente a ejércitos invencibles, para conquistar el trono de su padre. Ese es el ídolo que su fantasía ha forjado, y como toda persona esquizofrénica, Electra cree ciegamente que Orestes su hermano, es precisamente como ella desea que el joven príncipe sea... Otro de los arrebatos esquizofrénicos de la joven es el deseo de ver a su padrastro y a su madre en un charco de sangre, muriendo a manos del irresistible hijo de Agamenón. Pe-

ro cuando Orestes, salvado milagrosamente de la muerte a que lo condenara Egisto, se aparece en Argos, convertido en un joven de mente filosófica, sin ambiciones de reinar, y completamente desligado de aquella situación de Argos, con la que no tiene ningún vínculo, Electra siente el derrumbe de sus sueños, como ocurre a los esquizofrénicos en sus períodos de lucidez. Aquel muchacho de maneras casi femeninas que ha llegado a Argos en viaje de estudio, acompañado de un filósofo, su maestro, no puede ser el hombre que sus sueños acariciaron. Y lo desconoce y lo rechaza. Aquel joven no tiene compromisos con el pasado de Argos; no pretende escalar el trono para vestir las ropas reales del regicida; no tiene remordimientos; carece de obligaciones con sus semejantes y... ¡es un hombre libre! Se detiene, frente a la enorme puerta del palacio del rey, y considera en lo desgraciado que hubiera sido él si los guardias reales, el día del asesinato de su padre, no lo hubieran sacado por aquella puerta, envuelto en finos pañales, para asesinarlo, de orden de Egisto. Y piensa sin emoción, que aquella puerta no es "su puerta"; que aquella patria no es "su patria"; que aquel trono ensangrentado no es "su trono"... El es un hombre libre...

Sin embargo, enternecido al final por las desgracias de su hermana, Orestes se decide a obedecer las órdenes de Electra, quien le exige que mate a Egisto y a Clitemnestra.

La extraña decisión del joven confirma la sabiduría de aquel dicho popular de que "los locos hacen desbarrar a los cuerdos".

Orestes consuma el doble asesinato, y Electra, que por tantos años había soñado con recrearse en ver los cuerpos del Rey y de la Reina manando sangre bajo el puñal de Orestes, cae en profundo abatimiento, y por primera vez, el mal de los habitantes de Argos, el Remordimiento, hace presa de su alma. Este detalle ilustra un nuevo rasgo esquizofrénico de su conducta: desear algo intensamente, gozándose de antemano con su ilusoria conquista, y luego, una vez alcanzado, llegar al convencimiento de que no era precisamente aquello lo que se anhelaba.

Las Erinnias, seres mitológicos aborrecibles danzan frente a la estatua de Apolo, a cuyo pie se ha refugiado la infortunada joven. Y en medio de los giros macabros de su danza, le muestran las uñas y los dientes y la amenazan con desgarrarle las entrañas. Los enjambres

de moscas zumban en torno de Electra, con la insistencia de las ideas fijadas. Erinnias y Moscas son los símbolos del Remordimiento, los heraldos del Miedo.

En cambio, Orestes, que ha crecido y vivido en Corinto, libre del Miedo, no siente ningún remordimiento por haber matado al asesino de su padre, y menos aún por haber quitado la vida a su madre.

Y entre los rugidos del pueblo de Argos, que clama venganza por la muerte de Egisto, Orestes se aleja paso a paso de aquel teatro de horrores... El no ansía reinar sobre un pueblo de seres infrahumanos... El venció al Miedo... El es un hombre libre...

Las Moscas se dan a la fuga, zumbando. Las Erinnias, hijas de Cronos y de la Noche, huyen hacia las sombras... El Miedo no puede oprimir el corazón del hombre libre.

Pero... ¿existe acaso ese hombre libre, invulnerable a las Moscas?

EL MAESTRO, EN LA LITERATURA

Por ALFREDO HUERTAS

Desde hace algunos años se viene celebrando, en muchos países del Continente, el llamado "Día del Maestro". Ya que existe un "día" para cada representación de las actividades humanas, hubiera sido sarcástico excluir al Maestro de Escuela, el más merecedor, indiscutiblemente, de homenajes, entre cuantos sirven a la Humanidad. Y ahí está, flamante y bullanguera en los calendarios oficiales, una fecha que recuerda, ensalza, loa, enaltece y, en algunos casos premia, al más sufrido y sublime de los funcionarios públicos, al más noble y más desinteresado, al más inteligente y eficaz de los sacerdotes laicos, que sirven a su patria y a todas las patrias, y que son los portaestandartes abnegados de la Civilización, del Progreso y de la Cultura.

La forma de celebración de este "día" tiene diversos aspectos; pero coincide en detonantes discursos, alharacas rimbombantes y mucha fanfarria eufórica, surgida de las esbeltas copas de los brindis y de las digestiones agradecidas.

Es cierto que, muchas veces, los homenajes se plasman en realidades gratas para los educadores que encanecieron en la profesión: pensiones exiguas, casitas modestas, ditirámicos diplomas y vanas condecoraciones. Está bien todo esto, pero pudiera hacerse más, y como una idea al viento sugerimos la edición de una Antología bien seleccionada de cuanto en las Letras universales existe sobre la figura del Maestro. Y —entiéndase bien— no una

simple bibliografía sin alma, sino un documento vivo, palpitante, emocionado, y sangriento, como un corazón.

Recorriendo la literatura de las distintas épocas en los diversos países, en el cuento o en la novela, en la poesía o en el relato periodístico, en el ensayo o en la representación teatral, en la pantalla cinematográfica y en el archivo de las radioemisoras, podría encontrarse un acervo inagotable de personajes, hechos, casos y motivos circunvalando la figura del Trabajador de la Enseñanza. Todos los aspectos, matices, facetas: lo sublime junto a lo heroico, lo bello con lo grotesco, lo trágico al lado de lo pintoresco y lo patético mezclado con lo sentimental. ¡Qué extraordinario caudal para el acucioso compilador que se atreviere a intentar esta obra magnífica!

De memoria, revisaremos parte del material aprovechable como una ayuda al incógnito y emprendedor antologista; partiendo, claro está, de las propias experiencias, de los recuerdos directos, de las cosas vistas o leídas, cuyo rememorar va sumiéndose en las brumas de la lejanía inalcanzable de lo transcurrido...

España. Sobre la figura del Maestro se tejieron leyendas mágicas y se escribieron anécdotas y alegorías, creándose tipos de una sola pieza. Español, de la briba, era el famoso maestro Ciruela, quien, según la tradicional letrilla "no sabía leer y puso escuela". En aquel entonces, lo importante era abrir una escuela; quien la dirigiese era lo de menos, pues así como es axiomático que todo libro, por malo que sea, puede tener algo bueno, cada hombre, por ignorante que parezca, puede ser capaz de ofrecernos alguna enseñanza... Español, de la picaresca también, era el dómine Cabra que con tan saleroso donaire nos pinta el buscón Pablos, de Quevedo, y cuya administración escolar era tan tremendamente espartana que las más sutiles telas de araña cubrían los aparatos digestivos de sus pobres educandos...

Triste y grotesca es la silueta del mentor hispano en las postrimerías del siglo último y albores del actual. En crónicas y artículos llenos de sabor, en diarios y revistas, escritores tan justamente afamados como Mariano José de Larra, Ramón Mesonero Romanos, Luis Bonafoux, Mariano de Cavia, "Azorín", Miguel de Unamuno y otros más, han trazado esbozos y retratado tipos, episodios y sucesos de los que recordamos algunos, brillantísimos.

En aquellos tiempos la profesión de "maestrescuela" representaba una ejecutoria de heroísmo. "Disfrutando" de ridículo estipendio, dieron vida al refrán castellano: "Tiene más hambre que un maestro de escuela"... Tras la lucha feroz para obtener el grado de normalista, el neófito era destinado al poblachón más alejado de su residencia habitual; casi siempre —para empezar sus tareas docentes— era enviado a un villorrio inhospitalario, casi selvático; por lo menos, espiritualmente. Allí comenzaba su labor de pedagogo en un local absurdo que hasta los porcinos hubiesen desdeñado,

sin libros ni material de enseñanza, sin más orientación ni conexiones con la capital que la visita periódica del “inspector”, desalmado representante del Ministerio de Instrucción Pública, más dañino en la mayoría de los casos, que una plaga bíblica. Con un, llamémoslo sueldo, tan exiguo que no bastaba ni siquiera para cubrir una tercera parte de sus necesidades, el pobre homúnculo enseñante desperecía de inanición. Un traje modesto; el del día de su nombramiento, adquirido a plazos, le duraba casi hasta el momento de jubilarse; y si era simpático y tenía la suerte de “gorronear” algún café a un amigo, este café le servía para economizar el magro condumio de una jornada. ¡Feliz aquel incipiente pedagogo que “aterrizaba” en un lugarejo en el cual una maestra soltera engañase, igualmente, su hambre con ilusiones futuristas! Aquello era el supremo recurso: los dos parias matrimoniaban sin parar mientes en consideraciones de edad, antecedentes, belleza o carácter, y, reuniendo en un precario total la suma de sus dos miserias, el calvario era un poco menos insoportable. El amor nada tenía que ver en estos casos, porque, como aseguraba Emilio Carrere, “niega el amor, estómago vacío...”

Sin embargo, en estas condiciones hubo maestros insignes, casi geniales, que sabían sacar partido hasta de su pobreza e inventaban métodos que hubiera rubricado Pestalozzi.

Las crónicas nos hablan de cierto profesor que, careciendo de local adecuado para sus trescientos alumnos, previo permiso del alcalde, daba sus clases en la plaza de toros del pueblo, como en un foro improvisado, acomodando a sus oyentes, por edades, en tendidos, grados y andanadas, e impartiendo su enseñanza con tal dedicación que, según el informante, “durante las horas de clase, no se oía ni el vuelo de una mosca”.

Naturalmente, no faltaba el dato grotesco o humorístico. Eran numerosos los que hacían “memorizar” al discípulo, en verso, como un procedimiento mnemotécnico que les parecía inmejorable, y así, desdeñando la prosa vulgar y ramplona, enseñaban Historia, Geografía, Doctrina Cristiana y hasta las reglas ortográficas. Los textos de “poesía didáctica” estuvieron muy en boga hacia fines del siglo pasado. Nuestros abuelos sabían todos que:

*“Al principio de palabra
nunca dos erres pondremos;
que una sola suena fuerte,
como en “risa”, “ramo” y “remo”.*

Fué muy conocido en un recoleto pueblo gallego aquel titular que, al referirse a la figura del Gran Almirante, hacía cantar, en coro, a sus muchachos:

*"Cristóbal Colón fué un hombre
que descubrió un mundo nuevo.
Fué, también, el primer hombre
que puso un huevo...
de pie..."*

Otro dómine andaluz tomó de un almanaque editado por el conocido impresor Regino Velasco, la norma para enseñar los nombres de los principales balnearios españoles, en asonancias a ritmo de tren expreso:

*"Panticosa, La Aliseda,
Marmolejo, Salinetas.
Carratraca, Salvatierra.
La Garriga, Villavieja,
Paracuellos, Aguas Buenas,
San Hilario, La Isabela..."*

Nadie sabe si es un relato chistoso o una verídica anécdota el popular caso del inspector que visitaba cierto colegio de Castilla. Examinando a los alumnos, preguntó inopinadamente a uno de ellos: "Dígame, niño, ¿quién escribió el "Quijote?" El muchacho, sorprendido ante la amenaza de aquel índice acusador que le apuntaba, pudo apenas balbucear: "Señor... yo no he sido..." Entonces, el maestro intervino: "Seguramente fuiste tú, perillán; pues eres muy amigo de hacer maldades". El inspector, consternado, salió inmediatamente del aula y marchó a la estación para reintegrarse a la capital. Mientras esperaba el tren, comentó el sucedido ante un grupo formado por el alcalde, el médico y el cura del pueblo, que tomaban el sol en el andén, y uno de ellos puso el impresionante colofón que sigue: "Pues, señor mío, para ser usted inspector escolar, tiene usted mucha paciencia; si yo hubiera estado en su pellejo no salgo del colegio sin averiguar quien fue el que escribió ese "quijote" de que usted habla..."

Pasando a otros tipos de literatura, podemos observar cómo el Maestro de escuela ha protagonizado muchas obras de los más esclarecidos escritores del orbe y hasta de los menos popularizados en todos los géneros y estilos. Protagonista de una de las más aclamadas obras teatrales es el "Topaze", personaje conmovedoramente grotesco, que tanta fama diera a Marcel Pagnol. Y protagonista de la mejor película del siglo es un catedrático de universidad inglesa: el encantador Mister Chips, de Hilton, quien conoció las grandezas y las miserias de la profesión dentro de su plantel amado, y cuya historia es el más subyugador de los relatos, con todos los matices de la emotividad humana: el amor, el dolor, el recuerdo, la vejez, la muerte...

No deja de ser interesante, asimismo, el personaje principal de la

novela "Juvenilia"; aquel profesor que nos retrata de manera tan amena el escritor argentino Miguel Cané, en el marco bullanguero y patético del viejo Buenos Aires, entre cadencias de milonga y la clásica melodía del suburbio porteño.

La figura del maestro se ha enfocado desde todos los ángulos: la abnegación, el sacrificio, el heroísmo y, también la estupidez, la felonía... "Humano soy, y nada humano hay ajeno a mí..." También es argentino, Manuel Gálvez, uno de los novelistas más leídos, el que en su popularísima obra "La Maestra Normal", describe a la perfección la vida de honor, de dolor y de lucha de la profesora americana. Y, en el otro extremo del mundo, cerca de los "fiordos" del Mar del Norte y de las articulaciones del Báltico, es una escritora sueca, Selma Lagerlof, maestra de escuela ella misma, y Premio Nóbel de Literatura, la que ha sabido llevar, en sus páginas, la figura del preceptor a las más elevadas cimas de lo delicado y de lo bello.

Maestros fueron los príncipes de la Filosofía, desde los presocráticos a Emmanuel Kant y en sus escritos dejaron pensamientos imborrables sobre sus colegas y sobre el ejercicio de la profesión magisterial. Plutarco nos ha retratado de cuerpo entero, el tipo del pedagogo grecorromano, con sus virtudes y defectos. Los escolásticos nos hablaron de los más sabios enseñantes de las disciplinas cristianas.

Autores modernos, latinos y sajones, se han enfrentado con la presentación de personajes servidores de la cátedra. ¿Quién podrá olvidar el encantador diario de Edmundo d' Amicis, titulado "Corazón", donde un alumno de primaria va detallando las características de los distintos profesores de su curso? Recordemos, asimismo, la extraordinaria y triste personalidad del Profesor "Basura", que protagoniza la novela "El Angel Azul", de Heinrich Mann, y que ciertos críticos de la Alemania nacionalista tildaron de "apología de lo abyecto".

Las guerras últimas con toda su ferocidad no lograron destruir la grandeza épica del sembrador de cultura. El norteamericano John Steinbeck, en su novela "Se ha puesto la luna", destaca la conducta del maestro rural, en un pueblo noruego, mancillado por la ocupación teutona; allí el bravo cultor sabe inmolarse como rehén para ayudar a los guerrilleros que combaten por la independencia de su patria. Casos históricos son los apuntados por Andrés Malraux en "La Esperanza", donde se alude a los heroicos defensores de Madrid, pertenecientes a la Federación de Trabajadores de la Enseñanza, y a las maestritas de Getafe que perecían ametralladas por los aviones de caza italogermanos, al querer salvar a sus pequeños alumnos espantados por el bombardeo de una escuelita de párvulos, durante la mal llamada guerra "civil" española.

Si las novelas en que el maestro aparece como actor principal o secundario son muy numerosas, los cuentos forman una legión indefinida,

concretando cada uno un "caso" o un ejemplo; y, a veces, ambas cosas.

Uno de los más exquisitos cuentistas rusos, Artzibáchev, presenta como arquetipo del cumplimiento del deber a un normalista que, desde su "izbá" hasta la escuela donde trabaja ha de recorrer, cotidianamente, muchas verstas de estepa nevada; sin faltar jamás a sus clases, aunque muchos meses del año el frío se agudiza hasta lo horrible; los aludes son frecuentes. . . y, al fin, al regresar un día de su trabajo, muere devorado por los lobos.

Es uno de los mejores cuentistas de habla española, el cubano Alfonso Hernández Catá, quien nos refiere un caso extraordinario de pundonor profesional que hace sucumbir al maestro honrado, antes de faltar a la ética de la profesión en obsequio de los intereses creados.

"El Maestro de Escuela de Couberón" simboliza lo grotesco en el actor de este cuento del leído y comentado Paul de Kock; aunque es de observar que, si el pueblo donde labora se burla del protagonista como individuo particular, no deja de estimarlo como servidor público.

El mentor extraviado hasta el crimen es el personaje de uno de los más conmovedores relatos de Guy de Maupassant. En una aldea normanda, el titular de la escuela, enloquecido por la pérdida de sus hijos, engendra un espantoso odio hacia la infancia, y va asesinando, valiéndose de pasteliillos envenenados, uno por uno, a sus pequeños alumnos predilectos.

Contrastando con la anterior, existe otra narración cruel del escritor hispano-paraguayo Barret y que se intitula "El Señor Cuadrado". Maestro interno de una escuela de menor cuantía, el protagonista es víctima de la perversidad de unos discípulos que le odian y los cuales, aprovechando un día de borrachera del desdichado, meten en su camastro una enorme rata hambrienta que lo devora atrocemente, mientras se halla indefenso, sumido en un letal sueño de ebrio.

Uno de los mejores "Cuentos del Lunes" del genial escritor galo Alfonso Daudet se llama "La Última Clase", y se desarrolla su acción en un pueblo de Alsacia, ocupado por los prusianos, después de la guerra de 1870. El viejo profesor de lengua francesa ha de ser desplazado inmediatamente, puesto que se implanta como idioma oficial, en el país, el germánico. El anciano maestro, durante su última clase esfuerzase en inculcar a sus jóvenes oyentes el amor a la Patria. "¡Felices los pájaros que vuelan! —dice— A ellos nadie les obliga a gorjear en alemán". Y, al terminar, cae fulminado por la apoplejía, después de escribir en el pizarrón, con grandes letras: "Vive la France!".

Podríamos seguir; pero con lo apuntado es bastante para iniciar el trabajo antológico a que nos venimos refiriendo y cuya ejecución brindamos a mejor templadas plumas, como el homenaje más sentido a este servidor y guía de la Humanidad, que es el Maestro de Escuela.

Dos Temperamentos en las Letras Nacionales

Por SALVADOR CAÑAS

LA OPULENCIA VERBAL DE FELIX ANTONIO HERNANDEZ

También fué discípulo de Juan Ramón Uriarte. De los más adictos en el espíritu, en la pedagogía, en las letras. Al conversar con Félix Antonio Hernández se sentía la influencia del Maestro en cuanto a superioridad en el pensamiento y en el fervor por la literatura. Tampoco se manifestó servil al grado de ocultar la propia "almendra". Aceptaba la influencia siempre que no le hiciera naufragar. Quién, en los comienzos o en la época de plenitud, no ha experimentado el poder, suave o fuerte, de otra personalidad de iguales ritmos y soñaciones? Existe la colaboración en el proceso de desarrollo de la definición de

conceptos, de ideas y principios y del sutil acendramiento de la sensibilidad, hasta conquistar la genuina expresión en lo intelectual y en lo emocional. El verdadero artista o literato debe desprenderse a tiempo del tutelaje adquirido intencionalmente o sin quererlo, para evitar el plagio o la imitación. Félix Antonio Hernández aprovechó de Juan Ramón las enseñanzas y sugerencias sin perder nunca la trayectoria.

Desde su iniciación literaria sorprendió por su opulenta capacidad verbal. Ningún hombre de letras de mi grupo, presentado con toda cordialidad, poseyó la riqueza de léxico y de giros, como él. Inventaba palabras con facilidad inaudita. A veces se pensó que úni-

camente le interesaban el término sonoro, la frase elegante, el período pomposo, en menoscabo del fondo ideológico. En su descargo se debe opinar que en su tiempo el modernismo, entre nosotros, habíase extendido con sus características predominantes. Félix Antonio Hernández, literato de vibración tensa, lo interpretó, asimiló y expresó con las mismas modalidades sugestivas. Las corrientes anti-literarias no le alcanzaron. Cercenar, podar, recortar, sintetizar, para bien de la claridad, de la precisión y del equilibrio, no lo hizo. Torrencial era la afluencia de vocablos, como reflejo de un temperamento bullente y de una mentalidad inquieta. Cuando toda la floración de estilo se hubiese convertido en la frase ceñida, pero plástica y aterciopelada, el concepto o el estado anímico, hubiera brillado prístino. "Su juventud llena de música prometía una vejez llena de verdades", se diría de él, como vaticinio seguro. El ejercicio en letras; el penetrar, cada día, en esa cosa contradictoria y falaz pero bella, que es la vida; el tomar "la punta del velo" para atisbar el misterio, le habrían dado serenidad imperturbable.

Félix Antonio Hernández abordaba, en periódicos y revistas, los más interesantes tópicos relacionados con la vida nacional: literatura, civismo, historia, pedagogía, sociología. Su contribución en el desarrollo de estos aspectos fué constante. Los conocimientos obtenidos en la Escuela Normal de Varones, las experiencias succionadas a la vida del profesor y del hombre, la

sensibilidad aquilatada a través de los múltiples avatares y luchas, le sirvieron para el cumplimiento de una labor de docencia social en el país. Debe reafirmarse, en este punto, que la preocupación y estudio de los diversos problemas de la colectividad salvadoreña, le impulsaron hacia el empleo de la palabra, como instrumento de la idea y la doctrina. No ha de confundirse, por esta razón, su "prodigiosa capacidad verbal" con la garrulería vacua, intrascendente. En cuanta ocasión le traté supe de su quebranto, para que las cosas se dijeran e hicieran bien, como mandato de leyes ineluctables por el espíritu y la práctica. El literato, como hoy sucede, lo quieran o no lo quieran los rezagados o pusilánimes, está colocado en el estrado desde donde se ha de



FELIX ANTONIO HERNANDEZ

orientar y construir. A Félix Antonio Hernández le faltaron los años para completar la tarea en aquellos campos, ya como profesor, ya como escritor, ya como ciudadano.

Como en el caso de Manuel R. Aguilar, quien depositara en su hijo Manuel Aguilar Chávez, el amor por las letras, así Félix Antonio Hernández, legó al suyo, Mario Hernández Aguirre, la misma devoción por la palabra iluminada. A Mario le traté personalmente en Buenos Aires, Argentina. Sus amistades literarias eran y son valiosas. Visitaba los más elevados círculos artísticos. Estos son los estímulos de todo muchacho soñador. Lo fundamental es su talento de hombre de letras. Sus cuentos, sus comentarios a libros de actualidad, sus juicios acerca de poetas y novelistas de última hora, publicados en periódicos y revistas de la capital, lo revelan como tal. Una mañana, en la Embajada de El Salvador, acreditada en aquel país sureño de mi nostalgia irremediable, me leyó sus poemas. Advertí en ellos la pugna del poeta por expresarse en la dimensión del tiempo y de la estética. Sus influencias más cercanas eran las ejercidas por Pablo Neruda y Miguel Ángel Asturias. Se ha liberado bastante de esta presión. Si en el padre, Félix Antonio Hernández, admiré la capacidad verbal y el dolor de sentir, en el hijo, Mario Hernández Aguirre, admiro la sed por lo nuevo en la forma y en el fondo.

LA VOZ ÍNTIMA DE AUGUSTO CASTRO RAMÍREZ

Perteneció al grupo de poetas modernistas del país. Su obra no alcanzó mayor extensión. Periódicos y revistas publicaron con alguna intermitencia sus composiciones líricas. Augusto Castro Ramírez fué de los espíritus cultivadores de la soledad para sentirse más cercano a las grandes verdades. Cuando le encontraba casualmente y le interrogaba sobre su labor literaria, la contestación pronta e invariable era la siguiente: "pasa a tal hora por mi casa para leerte mis últimos versos; en ellos puse lo mejor de mí mismo, es decir, lo mejor de mis sueños, de mis amores, de mis dudas, de mis inquietudes". Cumplía la promesa de visitarlo. En su bufete —vivía en casa de la familia Castro Ramírez— nos reuníamos en el tiempo señalado. Extraía de una de las gavetas del escritorio los originales. A medida que leía, la emoción afloraba, ya vehemente, ya sedena, según el estado de ánimo que las hubiere inspirado. Celoso del equilibrio, de la cadencia interior, repudió lo grandilocuo o lo exageradamente dramático. Poeta de tono menor, por la voz íntima y por el procedimiento métrico, fué Augusto Castro Ramírez.

Otra de las razones de sus prolongados intervalos entre el apareamiento de sus composiciones, se debió a la inconformidad consigo mismo. Podíamos los amigos, al co-

nocerlas y gustarlas, exponer el comentario elogioso, sin embargo, para él, después de experimentar la recóndita complacencia, se decidía a no publicarlas. Ni temor ni fatuidad, ni sub-estimación ni sobre-estimación personal, le acometían y enfermaban. Sencillamente se posesionaba de él la inconformidad de todo artista verdadero. A Von Kleits jamás le satisfizo la obra realizada. Corregía y tornaba a corregir, limaba los versos y volvía a limarlos benedictinamente, hasta convertirse en manía desesperante en Augusto Castro Ramírez. Juan Ramón Jiménez afirma que "corregir es volver a crear". Anatole France —dicen sus biógrafos— enmendaba o disminuía o aumentaba párrafos o períodos, en las pruebas que de la imprenta le enviaban. Escritor o poeta, músico o pintor, arquitecto o escultor, deben sentir siempre, quizá como maldición condenatoria, pero fecunda, la inconformidad iluminadora, avancista e impulsadora en los dominios del arte y del pensamiento. Cuántos espíritus superiores murieron con la certidumbre de que dejaron la tarea inconclusa!

Como sucedió a la mayoría de literatos y poetas de mi grupo, acaso a todos, Augusto Castro Ramírez —fino cultor del verso— no dejó obra publicada. Lo mismo acontece a los de la nueva generación. La capacidad literaria y el talento quedan a merced de los vientos, perdiéndose, por fin, en la indiferencia y el olvido. Todos ellos hicieron y hacen labor de periódico o de



AUGUSTO CASTRO RAMIREZ

revista. Por consiguiente, al crítico o al compilador, no le es fácil encontrar y enlazar el trabajo disperso, para que despierte la sensación de unidad, de vertebración lógica en lo mental y emocional, y no de fragmentarismo o vaguedad. En los medios intelectuales severos exigen obra, en forma de libros y en número suficiente, para valorar con criterio exacto al hombre de letras. No obstante, sin extremar el juicio, se dirá que algunos elementos, tanto de la vieja y nueva promoción, tienen volúmenes inéditos en espera de la oportunidad favorable. El portalira de esta glosa, compañero de Carlos Bustamante, de José Valdés, de Ramón de Nufio, de Julio Enrique Avila, de José Llerena, de-

be haber legado una labor poética apreciable por la cantidad y por la calidad. Le sabía inquieto por las cosas de la belleza y dueño de las voces augurales. Tal vez escasamente conocido en las esferas de los ilusos de El Salvador y Centro América, no obstante se significó como un aeda de sensibilidad y fantasía, aunque su producción haya sido limitada.

Abogados y sacerdotes integran la familia de quien fuera uno de sus exponentes, Augusto Castro Ramírez. Como dijo un escritor: "la familia del talento". En los círculos literarios, sacerdotales, sociales, políticos y diplomáticos, la familia en mención ha hecho sentir su linaje intelectual en el país. En este nú-

cleo de personas de estudio se desarrolló el poeta de la voz íntima. A su valor intrínseco, como espíritu de excelencias en el canto y el mensaje, supo del auspicio de un medio circundante elevado. En las conversaciones revelaba cultura de raíz y de variados matices, sentimiento de la vida y de las cosas de fondo cristiano, concepto del arte y la poesía, formado a través de la meditación y del ejercicio. Era en sí y para otros una irradiación de dulcedumbre y de entendimiento diáfano a fuerza de labrarse interiormente. Más allá, en la lírica salvadoreña, hubiérase perfilado como el Juan Guzmán Cruchaga, por la prosapia de su alma y por la verdad de su dolor infinito.

El Teatro Universal en la Epoca Presente y el Teatro en El Salvador

Por EDMUNDO BARBERO

En todos los tiempos se ha hablado siempre y mucho de crisis teatral. Nos permitiremos una afirmación. No hay ni ha habido nunca crisis teatral. Podríamos afirmar rotundamente y ajustándonos más a la verdad, que el teatro siempre ha atravesado por una crisis. Es decir, que la crisis es el estado normal del teatro. Si nos remontamos a sus comienzos, a Grecia, vemos que el esplendor del teatro trágico, duró escasamente un siglo. Después vino la decadencia, con la supremacía de la comedia. El género, aun contando con figuras de la altura de Aristófanes y Menandro, no llena el vacío dejado por Esquilo, Sófocles y Eurípides. Siglos más tarde, en Roma, los destellos de Plauto y Terencio, son muy fugaces, comparados con la duración y grandeza del Imperio Romano. Los siglos de oro de España, Inglaterra y Francia, también son fugaces, si se considera que a continuación viene la insignificante producción del siglo XVIII.

Con estos datos queda demostrado, que

a la aparición de un gran autor, o grupo de autores brillantes, sigue un período mucho más largo de producción mediocre.

Al comparar el panorama anterior, la producción teatral de épocas anteriores a la nuestra, con la que vivimos, debemos sentirnos satisfechos por lo espléndido del momento presente. Desde fines del siglo pasado hasta nuestros días, la cantidad y calidad de autores universales es inmensa. Basta recordar nombres al azar para que nos falte espacio llenando páginas. Escritores como: Bécquer, Ibsen, Bjoernson, Strindberg, Hauptmann, León Tolstoy, Turguenev, Bernard Shaw, Gabriel D'Annunzio, Oscar Wilde, Lenormand, Valle-Inclán, Noel Coward, Benavente, Jean Cocteau, Cromelynck, Jacinto Grau, García Lorca, Maeterlinck, Edmundo Rostand, Romain Rolland, Waedekind, J. B. Priestley, Jean Giraudoux, Marcel Pagnol, Luigi Pirandello, Ferenc Molnar, Jean Anouilh, Alejandro Casona, Montherlant, Mauriac, André Gide, Rafael Alberti, Gabriel Marcel, Jean Paul Sartre, Paul



EDMUNDO BARBERO y JUANITA SUJO
en una escena del primer acto de "Volpone", de Ben Jonson,
en el Teatro Segura, de Lima.

Claudel, Anton Chejov, Nicolás Gogol, Andreiev, Bernanos, Albert Camus, Emmanuel Robles, Jules Romains, Achard, Eugenio O'Neill, Arthur Miller, Anderson, Kelly, Rachel Crothers, Sidney Howard, Elmer Rice, William Saroyan, Tennessee Williams, Ugo Betti, Salacrou, Julien y Graham Green, Buero Vallejo, etc. Sería interminable realmente seguir apuntando nombres de valor escénico. Con los mencionados tenemos una prueba irrefutable de lo afirmado anteriormente.

Otra de las conquistas del momento teatral presente, es el retorno a la escena de dos géneros olvidados: La Tragedia y la Farsa. El siglo XIX con el realismo y el naturalismo, había relegado estos dos nobilísimos géneros al desván de las cosas inútiles.

En ese siglo imperaba la comedia de

costumbres. Le debemos sin embargo un aporte muy serio: el teatro de ideas, que afortunadamente no ha pasado, no envejece. Con los albores de éste, empiezan a extenderse por todo el mundo, otras teorías artísticas, el teatro se ve influido por nuevas ideas estéticas. Todos los "ismos" llegan a la escena europea. A esto contribuye la aparición de un nuevo personaje, una especie de dictador: El Director de Escena. Recordamos como los más famosos a: Gordon Graig, Andrés Antoine, Stanislavsky, Copeau, Brahm, Max Reinhardt, Jorge Fuchs, Adolfo Appia, Adrián Gual, Erwin Piscator, Maeyerhol, Olivier, Bragaglia, Jacques Copeau, Lugné-Poe, Charles Dullin, Gastón Baty, Louis Jouvet, Jean-Louis Barrault y Jean Vilar.

España y los países de su idioma, han vivido y siguen viviendo casi en su totalidad, teatralmente hablando, con cincuenta años de retraso y como si todo el proceso escénico señalado anteriormente, no se hubiera producido.

Debemos señalar sin embargo, que de pocos años a esta parte, primero en Buenos Aires, después a un mismo tiempo, en Santiago, Lima, México y Cuba, se ha producido últimamente un movimiento teatral intenso, que ha ensayado diversos géneros y teorías. A esto ha contribuido en gran parte el aporte de las universidades, así como el de los no profesionales o aficionados del mundo, hoy día vocacionales. Es raro el país cuyas universidades y principales centros de enseñanza no desarrollen teatro, claro que más con carácter didáctico que como tal diversión. Resulta aun más extraño, el país que no tenga un gran movimiento teatral "amateur", de alta jerarquía. Es como una especie de protesta y defensa contra lo anodino del teatro profesional así como del mal cinematógrafo. En Argentina, se da el caso curioso siguiente: Mientras la cartelera de los teatros profesionales, salvo excepciones, no ofrece nada interesante para un espíritu inquieto, numerosos grupos de vocacionales, representan frecuentemente lo mismo teatro clásico que

obras románticas famosas o lo más atrevido y moderno de la producción universal.

Hemos hablado ya de la vuelta a la Tragedia. Guillermo de Torre en un trabajo publicado en la revista A.R.S., para afirmar su tesis, destaca como lo más interesante del teatro contemporáneo, que todos los autores importantes hayan probado este género. Escritores como: Eliot, O'Neill, Claudel, Sartre, Camus, Lenormand, Cocteau, García Lorca, Pirandello, Arthur Miller, Priestley, Green, etc., se sirven de la tragedia, bien con temas de actualidad, o bien utilizando temas tomados del archivo greco-latino.

Gentes ingenuas y mal informadas, creen que ese no es el teatro moderno. En cambio, si les ofrecen comedias, en las que los personajes salen vestidos al día y hablan de cosas de actualidad, como las grandes velocidades, la televisión o la bomba "H", aunque los caracteres sean viejos y los argumentos repetidos de siglos, para ellos ese es el nuevo teatro. Lamentamos tener que sacarles de su error. Desde hace más de cien años, desde los viejos tiempos de Scribe, todos los años, se estrenan en el mundo más de quinientas comedias, todas iguales, aunque con distinto título, que llenan los teatros de un mismo público ingenuo y deformado. De estas comedias, a pesar de su éxito en el estreno, al cabo del tiempo no queda ni el recuerdo. Últimos y brillantes cultivadores de este género son entre los más destacados, Sacha Guitry y Louis Verneuil. Los grandes autores de cada época mientras tanto, a pesar de la alta crítica y de un fervoroso grupo de admiradores, se mantienen con un público mucho más escaso, pero en cambio tienen asegurada la perdurabilidad. Bastará citar el caso de Ibsen, que es el autor que más ha influido en el teatro moderno. Nunca fué un escritor comercial. Siguiendo este mismo tema, voy a referir algo que le he oído relatar al propio Louis Jouvet, durante su actuación de Chile, en 1943. Refería que en las temporadas que realizó en su estudio de los

Campos Elíseos, nunca pudo ver llenas las cien únicas butacas que tenía la sala. Una noche se dió el siguiente caso. Se estrenaba una pieza de Giraudoux, con tan escaso público, que al final de la obra, Jouvet, dirigió la palabra a los espectadores en los siguientes términos: "Les estamos agradecidos por la amabilidad que nos han demostrado, siguiendo toda nuestra labor. Como nosotros los intérpretes sumamos mayor número que ustedes, les invitamos a cenar esta noche". Después —continuaba el gran actor—, cuando pasé al Ateneo encontré unos socios, que por amor al arte, me han ayudado económicamente. Todos los años este teatro ha cerrado con déficit, aunque a ellos no les haya importado por contribuir a realizar una bella obra. Cuando me daba pudor, para hacer menos ruinoso el negocio, echaba mano de la pieza "El Doctor Nock o el Triunfo de la Medicina", de Jules Romains, que es una tontería pero que ha estado llenando diez años el teatro.

Respecto a la Farsa, no sólo ha vuelto con todo su esplendor, sino que ha dado actualidad a otro género ya olvidado casi del todo: La Pantomima. En París, donde nunca se dejó de cultivar y donde brilla por derecho propio el gran Marcel Marceau, esta modalidad ha dado lugar a la formación de Jean-Louis Barrault, que de la Pantomima ha pasado al género serio, sin abandonar del todo el primero. Todos recordarán las actuaciones de este actor en el cine, y algunos recordarán también, la película "Los niños del Paraíso", donde al lado de Arletty interpretaba la vieja pantomima "Batisse". Tal vez a la mezcla de tan distintos géneros deba Barrault, ser una de las primerísimas figuras de la escena universal. En Italia, desde hace pocos años funciona un teatro, hoy día a la vanguardia de todos los teatros del mundo: "Il piccolo Teatro de Milán". Los actores, todos magníficos y versátiles, son al mismo tiempo, intérpretes, bailarines, cantantes y acróbatas, habiendo resucitado las antiguas piezas de la Comedia dell'Arte. Indistintamente,

lo mismo representan una comedia, una tragedia de Shakespeare, que una arlequinada. Es de esperar que se repita la historia. Que lo mismo que sus antepasados, los antiguos mascarones enseñaron a representar a todos los actores de Europa, estos de ahora, desde Italia, reformen de nuevo la escena universal.

Incorporados al teatro de nuevo, tragedia, farsa y pantomima, alternando con los demás géneros, hace que el arte del actor sea cada vez más difícil. Hasta hace 30 años, como imperaba la comedia de costumbres y el drama burgués, y galán y dama interpretaban siempre los mismos géneros, aunque cambiaran de nombre los personajes, el papel a representar era siempre el mismo, con la misma caracterización y con parecidas reacciones y complicaciones psicológicas, resultando bastante fácil ser actor. El teatro moderno con su inquietud y variedad ha terminado con este medio tan cómodo. El intérprete tiene que entrar en todos los géneros, así como en todos los estilos y caracteres. Ha necesitado valor para volver al grito, que para un actor de hace 30 años era de mal gusto. Nuestro mundo que vive la época más trágica de la historia, no admite la cursilería decadente de hace medio siglo, cuando no ocurría nada. En el tiempo presente hemos presenciado hacer jabón con millones de personas; que personalidades entre las más ilustres del mundo, son ciudadanos sin patria o han tenido que adoptar una que no es la suya. Autor y actor en el momento que vivimos, han de ser entes seleccionados por su sensibilidad, así como por intuir el momento.

Claro que todo lo que llevamos afirmado, no nos lleva a negar el valor del realismo. Se puede afirmar que éste, al pasar por la escena, ha dado sus frutos, ha dejado su huella, desterrando lo exagerado, la afectación. La verdadera naturalidad, ha sido enriquecida con lo que se puede llamar la sinceridad. Todo ha de hacerse natural. Exaltadamente trágica, la Tragedia; exaltadamente poético, el teatro del mismo nombre; exaltadamente có-

mica, la Farsa, dejando a un lado la frialdad y timidez que imponía la falsa naturalidad del realismo. No se ha molestado el autor en hacer exaltadamente poética una pieza, para que luego el intérprete la convierta en un sainete o comedia de medio ambiente.

Podemos resumir lo anotado anteriormente, con la afirmación de que en la actualidad, el teatro no se limita a un solo género y estilo, como en el período precedente, sino que se ensayan y practican todos los géneros y todos los estilos. Que por este motivo, la profesión de actor se ha tornado cada vez más complicada y difícil. Que el autor ya no puede ser aquel profesional, aquel "hombre de teatro", de escasa cultura y mediocre o nula formación estética, sino que ha sido sustituido esta vez por el poeta y el verdadero escritor. Afortunadamente, el teatro ha vuelto a manos de los verdaderos escritores, en las que había estado siempre y de las que nunca debía haber salido.

El teatro en El Salvador tropieza con innumerables dificultades. La primera de todas es la falta de tradición en el público y por lo tanto de costumbre. Este puede prescindir del teatro. No se ha convertido en un hábito, como en los países que han sostenido su producción escénica, para los cuales es una verdadera necesidad. La última guerra, sobre todo, alejó del país las pocas compañías y espectáculos vivos que se arriesgaban a venir. Al mismo tiempo dejaban de llegar publicaciones teatrales. La juventud desconoce la escena, y lo que es peor, el público ha perdido la costumbre de escuchar con atención, como exige el teatro. Las personas mayores, por la falta de hábito, y los jóvenes, por no haber aprendido. Claro que este inconveniente es cuestión de tiempo y paciencia y ya se notan algunos progresos en ese sentido. Desde que el Circuito de Teatros, cobra las entradas para las representaciones de Bellas Artes, aunque acude menos público, éste es mucho más seleccionado y celebra de una manera inteligente lo mismo lo có-

mico que lo serio, además de aplaudir con más entusiasmo, que el público por invitación.

La segunda dificultad es la falta de un teatro adecuado. El Nacional, además de antiestético, falto de acústica, está situado y abierto a la zona de más ruido de la ciudad. Está, además, en manos del Circuito de Teatros Nacionales, que se ve obligado a explotarlo como si fuera un negocio cualquiera, ajeno a toda actividad verdaderamente artística, pues como sabemos, tiene el compromiso de proporcionar una gran cantidad de fondos para hospitales. Esto obliga al organismo a presentar las películas y los números vivos que imagina van a dar más dinero, con grave daño para la educación artística del público, que por su primer coliseo ve desfilar los números más extraños de variedades, dando lugar a que un crítico espontáneo, comparara a alguno de ellos con Lope de Vega. El auditorio que siempre es formado, no tiene la culpa si luego de acostumbrarle a lo mediocre o de mal gusto, al fin prefiere esto último. Lo pintoresco y curioso es que los culpables de la deformación artística de la masa, después se disculpan siempre con el pueblo.

Una de las dificultades de mayor alcance, es la falta de una crítica especializada. Esto se agrava, por la carencia de una sección artística en los diarios. Esto evitaría que cualquier espontáneo, azuzado por gentes interesadas, dijera toda la serie de disparates que vamos a relatar a continuación, de la que no son responsables los directores y propietarios de diarios. Bastaría con una sección artística en la que podrían entrar todas las artes. Esta sección serviría no sólo para comentar los estrenos y demás novedades artísticas sino para anticipar las noticias al público, evitando las gacetillas personales, que unas veces son muy escuetas y otras ditirámicas en demasía. Además, al darlas, se corre el riesgo de que se extravíen a espaldas del director por obedecer consignas.

Antes de seguir confesaremos al lector



EDMUNDO BARBERO
representando a O'Higgins en la obra "San Martín", de
Orrejo Vicuña. Teatro Municipal de Santiago de Chile.

algo que ha de llenarle de asombro. Enterarle de que el teatro de Bellas Artes, con su modesta labor, pero de indudable desinterés y nobleza, no sólo tiene sus enemigos, que ésto entra dentro de lo humano, sino que es víctima de toda una conjuración, así como suena. No podemos por menos que enorgullecernos, al saber la importancia que se nos ha dado, mejor dicho que se ha dado al director, que es contra quien va todo. Asombra pensar, que en el momento presente, en que el mundo anda revuelto como nunca, cuando la humanidad necesita librar batallas contra tantas calamidades, injusticias y atropellos, se puede organizar una conjura contra algo tan débil, pero todo tiene su explicación. Para meterse a enderezar los entuertos del mundo, hace falta valor, porque cada vez es más peligroso entrar en ese terreno. Para atacar algo tan débil, no se necesita ningún valor. Si se dicen disparates, ni llevan a la cárcel por éso; no pasa uno por inculto, ya que el teatro está fuera del ambiente como antes hemos señalado. Para lo primero, además de valor, hace falta estar

en conocimiento de los temas, tener consecuencia ideológica, una ética firme. Para decir tonterías sobre teatro, no se necesita el menor valor, ni conocimiento de ninguna clase. Se ataca por elevación, y así se sirven los intereses bastardos de algún amigo.

Contribuye a entorpecer la labor teatral toda la serie de disparates que vamos a relatar, que se han dicho con el mayor aplomo y osadía como si fueran verdades indiscutibles. Unas veces han sido dichas por personas inteligentes y de buena fe, otras por gentes interesadas y todas parten de un mismo origen. Son verdades por personas desenfadadas, que se hacen pasar por lo que no son y que para encubrir su ignorancia, además de la calumnia y de tergiversar las cosas, se sirven de un lenguaje oscuro con lo que creen ocultar su desconocimiento. El teatro, por lo mismo que es muy difícil y complicado, tiene un léxico muy sencillo. Entre las cosas disparatadas que se han dicho contra nosotros, es que no hacemos más que teatro clásico, es decir, que la mayor parte de lo presentado, que pertenece a Sartre, Lenormand, Pirandello, Camus, García Lorca, Benavente, Bernard Shaw, etc., es teatro clásico. Además, que también es teatro clásico aquel en que los actores salen vestidos de épocas anteriores. Así pues, como casi todos los escritores modernos han vuelto a servirse de los mitos griegos y de otras leyendas, por el sólo hecho de utilizarlos, dejan de ser modernos y pasan a ser parte de generaciones anteriores. Si se trata de un escritor, genial como Pirandello, pero incorrecto como escritor, con sólo haber vestido algunos personajes de otra época, ya se convierte en clásico, es decir, en autor correcto. A propósito de Pirandello, se ha dicho de la pieza que se presentó, que era antirreligiosa, porque el protagonista al creerse Enrique IV de Alemania e imaginarse que vive la lucha con el Papa, dice las frases del Emperador que se sabe de memoria. Se ha dicho entre otras barbaridades, que hacíamos teatro monárquico-europeizante. Este cantinflis-

mo es de difícil explicación. No podemos dejar de sonreír, al pensar en la cara que habrían puesto Sartre, Camus, Lenormand, Bernard Shaw, etc., al descubrir que eran monárquicos. Respecto al euro-peísmo, nosotros no tenemos la culpa, si la mayoría del buen teatro del mundo se encuentra allí. Lo más gracioso es, que cuando se hacía esta afirmación tan pintoresca, había sido anunciado para aquel año el estreno de "La Muerte de un Viajante", de Arthur Miller, que el "crítico" y sus asesores ignoraban que fuera americano. Como somos generosos, vamos a darles un dato, para que en otra ocasión no resbalen. Arthur Miller es un gran autor dramático americano que con un crecido número de escritores, forma parte del reciente y ya grande y esplendoroso teatro norteamericano. La pieza después de preparada no se pudo representar, por dificultades escénicas. Necesitábamos dos días, libre el escenario del teatro de todo espectáculo. No nos lo pudieron conceder. Otra cosa disparatada fué una conminación, que se nos hizo desde las columnas de un diario. Se acusaba de que todo lo importante lo hacían el director y una actriz del elenco. Que no se daba ocasión a los demás. Como este disparate es tan infantil y no se puede admitir el duelo con un niño, naturalmente la tontería quedó sin contestar. Confundía el atacante, un grupo de aficionados con una formación, aunque modesta, de profesionales. Entre los aficionados es natural que se quieran lucir por orden, aunque a veces suceda lo contrario. Con la calidad de las obras que se han presentado, cualquier papel, en Madrid o Buenos Aires, hubiera sido el momento soñado para cualquier actor. La escuela de arte escénico de Bellas Artes presenta todos los años dos veces a sus alumnos de todos los cursos con obras importantes de autores universales, cosa que no hace ninguna escuela dramática del mundo. Sabe el lector, que la formación de un actor es obra de muchos años —20 según Diderot—, y naturalmente sería ridículo al mismo tiempo que una gran injusticia, postergar

siempre a los que valen, demuestran afición y condiciones, además de haber adquirido oficio, para que cada vez hiciera uno distinto el protagonista.

Se ha criticado que el director trabaja en las obras en vez de dedicarse únicamente al montaje de las piezas. Este, por ser uno de los mayores disparates, conviene aclararlo bien. Se puede quedar sin trabajar el director, sólo cuando el cuadro de actores es muy competente y con mucho oficio. Cuando los actores son inexpertos, por falta de práctica, por no haber visto antes a ninguno o a muy pocos actores, mal puede llevarse una interpretación sin guía. En todas las obras hay siempre un personaje, por lo regular el protagonista, que es sobre el que cae la responsabilidad de toda la pieza, encargado de mantener el tono y ritmo de la misma, además de su propio papel. Este compromiso sólo puede adquirirse mediante una gran experiencia, a veces comprometiendo la calidad del intérprete en beneficio de la pieza en general. Por eso se repite el caso muchas veces de que mientras actores admirables no son primeros actores, otros más grises sí lo son. Terminaremos este tema afirmando, que además de estos datos, un actor sin experiencia necesita además de las explicaciones teóricas, el ejemplo total de cómo se enfocan los distintos géneros y caracteres. Esta afirmación ha quedado demostrada a través de toda la historia. Aprovecho el hablar de este detalle para hacer una aclaración. Existe la creencia muy extendida en los países de habla española de que se puede ser director de teatro sin ser intérprete. Ese error nos ha llevado al desolado panorama de la producción escénica en nuestro idioma. Cuando llegó por primera vez a la Argentina Jean Louis Barrault, en una entrevista un reportero le preguntó si creía posible que el director fuera un señor que nunca hubiera actuado. A lo que contestó el gran comediante francés: "Ya ve usted si sería extraño que me dijera que una batalla iba a ser dirigida por un cabo: pues todavía me resulta más extraño lo que me

dice". En Francia, en Alemania, en Rusia, en Inglaterra, en fin, en todos los países donde se conserva la tradición teatral, los directores proceden de los intérpretes, salvo excepciones, como Gastón Baty, que era escenógrafo, pero que pasó toda su vida en el escenario haciendo, como los actores, su existencia entre bastidores. Todos los grandes directores que han dejado escuela han sido actores, actores tan maravillosos como Moisi, modelado por Max Reinhardt. Lo mismo ha ocurrido con los demás grandes directores que nombramos al principio de este artículo. Los que no fueron intérpretes como Gordon Graig, no dejaron escuela.

Como sería interminable relatar todos los disparates, nos limitaremos a dos más solamente; las críticas a las clases de esgrima, es una. Como sabe todo el mundo, no existe una sola escuela de crédito de arte teatral que no tenga esta clase, además de gimnasia rítmica y ballet, ya que muy pocas personas están en condiciones físicas de estética y agilidad para exhibirse en un palco escénico; según Stanislavsky, ni un sólo actor. La clase no es, como decían los detractores, para alguna comedia en la que haya un desafío, aunque dé la casualidad de que esta obra sea nada menos que Hamlet. Decía el mal informado cronista, que en el Tenorio se podía escamotear la escena del desafío entre bastidores. Cómo se conoce que ni el autor del artículo ni sus asesores saben leer teatro! La escena del desafío del Tenorio es al final del cuarto acto: una vez que ha matado a D. Gonzalo y D. Luis, D. Juan desafía al cielo haciéndole responsable de aquellas muertes. Es toda la esencia del personaje, y ¡querían hacerlo entre bastidores! Se ha dicho por último que lo que hacemos no es teatro para el pueblo. Es decir que lo que es para el pueblo en todos los países del mundo, no es para el pueblo de El Salvador. Es una injuria tan injusta que más que dar indignación, da ganas de reír. Cuando se ha visto, no sólo al público de la capital sino a los miles de espectadores de Jucupa y de Chinameca escuchar y aplaudir

a Calderón, así como en San Vicente y otras ciudades a Lenormand, se sabe que como siempre los falsos educadores, por tener ellos mismos deformado el gusto, juzgan el del pueblo también estropeado. No cuentan que el del pueblo siempre es más agudo, no ya que el de ellos, sino que el de muchos hombres de excepción.

Cada vez que un escritor notable del país hace algún artículo elogioso para el teatro de Bellas Artes, los conjurados y sus asesores se permiten regañarles de una manera severa.

Cada vez que se va a presentar una pieza nueva, los conjurados, para crear inquietud en los intérpretes, amenazan con represalia, como cuando se preparaba el estreno de la obra de Gavidia. Como los asesores tienen un concepto muy extraño del valor de las piezas, cuando preparábamos "Los Intereses Creados" dijeron a una actriz, que cómo íbamos a tener la audacia de representar una obra tan importante. Les parecía que era más importante que lo que habíamos ya representado de Molière, Calderón, Lenor-

mand, etc.

Mientras tanto, para alentar al departamento de teatro, llegan con frecuencia comentarios favorables de los diarios y revistas de diversos países del mundo, sorprendidos de que se pueda representar un repertorio tan importante, atrevido y moderno, en un país chico; que las autoridades del mismo sean tan sensibles e inteligentes que lo apoyen y, sobre todo, que tenga un público en el interior, tan entusiasta, ya que en la capital no es sorprendente. Revistas como La Revista de París, en Francia; El Drama, de Turín, en Italia; Correo Literario, en Madrid; Tiempo, en México; Ecran, en Chile, y los diarios Noticias Gráficas, de Buenos Aires; El Comercio y La Prensa, de Lima.

Y, sobre todo, un público cada vez más amplio, compuesto de personas cultivadas y sensibles, en el que entran todas las clases sociales, sigue con interés la labor de nuestro teatro, dejando entrever, que el camino a recorrer será menos largo, que en los demás países del globo.



EDMUNDO BARBERO
en el "Avaro", de Molière. Teatro Nacional de San Salvador.

La Inestabilidad de la Historia

Por ARNOLD J. TOYNBEE

La historia ni es uniforme, ni permanente. La misma palabra historia ya es tan inestable como las cosas a que se refiere. El vocablo griego original "historia" significaba "una investigación". Pudo representar una investigación acerca de todo lo que existe en el mundo, pero acabó por significar de manera especial una investigación de los sucesos humanos, dando a estas dos palabras un valor limitado. La naturaleza humana tiene un aspecto físico, pero la palabra historia nunca se ha empleado para hablar del estudio del cuerpo humano. Ciencias tales como la anatomía, la neurología, la fisiología y la biología han quedado excluidas del dominio de la palabra "historia". El término "historia" ha quedado re-



ARNOLD J. TOYNBEE

ducido a representar el estudio de las experiencias y de las acciones de determinadas personalidades. Pudiera creerse que el alcance de esta palabra ha quedado delimitado de manera definitiva, pero fácilmente se advierte que no es así, ya que apenas confinada dentro de esos límites, los rompió y adquirió una significación distinta. Se empleó para representar las acciones y las experiencias humanas propiamente dichas, además de referirse al estudio de las mismas, y continuó ampliando cada vez más su significación.

Una de las características de las experiencias y de las acciones humanas es que son acontecimientos que discurren aguas abajo de la corriente del tiempo. Pero los hechos humanos no son las únicas cosas conocidas de los observadores humanos, que avanzan a través del tiempo, siguiendo una corriente imposible de remontar. Así es como el término historia ha llegado a representar todos los movimientos que siguen una marcha ineluctable. La fauna no humana que puebla la tierra podría tener su historia; como podrían tenerla también la flora, el sistema solar y el conjunto del cosmos. No es forzoso que la historia sea todo aquello que ha sucedido exclusivamente a la humanidad o a los seres humanos aislados. Una cosa entra en la historia, cuando progresa por una ruta del tiempo, en la que no es posible el retroceso; y nuestros hombres de ciencia modernos parecen creer que la mayor parte de las cosas del universo avanzan por este sendero "histórico", en contraposición con la teoría de Aristóteles, según la cual todos los cuerpos celestes —desde la Luna, tomando a la Tierra como centro— se mueven en órbitas circulares en las que cada ciclo completo es una repetición exacta de cada uno de los que le han precedido.

Así, la palabra "historia" tiene una gama completa de significados, cuyos dos extremos se hallan extraordinariamente alejados. En uno de esos extremos, la historia representa el estudio de los hechos humanos, y en el otro, ya no significa un estudio, sino un movimiento que, mientras sea irreversible con respecto a la corriente del tiempo, puede ser el movimiento de cualquier cosa del mundo.

¿Acaso existe alguna analogía entre la historia "subjetiva", que es una observación y una crónica del historiador, y la historia "objetiva", que es el movimiento que el historiador trata de seguir? Pues, sí existe. En primer lugar, la historia "objetiva" y la historia "subjetiva" son inseparables. Sin objeto no puede haber investigación y sin investigador no puede haber objeto, o por lo menos la inteligencia humana no puede conocer ningún objeto, si no es a través de las observaciones que de él haya hecho el investigador. En segundo lugar, el sujeto de una investigación histórica es, al mismo tiempo, carne y hueso del objeto que está estudiando, puesto que el historiador, lo mismo que las personas o cosas

que está observando, flota en la corriente del tiempo y como ellas es arrastrado por el curso irreversible del tiempo.

Este doble papel del historiador se hace evidente, por ejemplo, en el caso de Tucídides, que actuó como combatiente en la guerra entre Atenas y el Peloponeso, antes de llegar a ser el gran historiador de la misma. Tucídides probablemente no hubiera tenido nunca la oportunidad de escribir esa historia si no hubiera tenido la desgracia de fracasar en una operación naval, en la que él tenía el mando de las fuerzas atenienses. Al no poder evitar la caída de Anfípolis, sus compatriotas desahogaron su resentimiento, enviando al exilio al desdichado comandante de sus escuadras; y en este apartamiento forzoso de la vida pública, Tucídides encontró el sosiego necesario para estudiar y escribir, así como la oportunidad de hacer averiguaciones históricas, dirigiéndose a los beligerantes de ambos frentes militares. Como historiador, Tucídides ha hecho un relato detallado de la fracasada operación naval que él mismo había dirigido como oficial de marina; y, en este caso, ningún lector dejará de reconocer que este oficial historiador ha sido a la vez actor y espectador de los hechos que relata. Tucídides es objeto y sujeto de la historia del episodio naval del río Estrimón, en el año 424 antes de Jesucristo. Pero todo historiador se encuentra, lo mismo que Tucídides, dentro de la historia que observa y registra, pues aunque un historiador no escriba la historia de su propia época y de su propio país, escribe sobre hechos humanos que sucedieron en una fecha y en un punto determinados de la superficie de este planeta; y él, al igual que las personas cuyas experiencias y acciones está investigando, es un ser humano que vive en un mundo habitable.

En realidad, cada historiador registra algún movimiento anterior que ha tenido lugar, aguas arriba del mismo río, cuya corriente le conduce; y aun cuando la pasada época concreta que él estudie puede hallarse relativamente próxima o relativamente alejada de su propio tiempo, esta diferencia es de menor importancia. En todos los casos, el historiador y sus objetos de estudio avanzan por el mismo río, impulsados por la misma corriente. Como se ve, el historiador está empeñado en la misma empresa que el astrónomo. Tanto el historiador como el astrónomo, han supuesto a veces ingenuamente que están observando los movimientos de las estrellas o de las personas desde un punto fijo de la orilla de ese río del tiempo, cuya corriente avanza sin cesar. Pero un observador que se encontrase en esta posición privilegiada, no formaría parte de la fauna humana de la tierra. Sería Dios mismo. Y ningún historiador, ni ningún astrónomo tendrán la audacia de sostener que dominan ese panorama, que sólo Dios tiene la posibilidad de contemplar. Ambos saben muy bien que se encuentran enredados en las mallas inextricables

de la relatividad. La única perspectiva de tiempo y de espacio que podrán tener siempre, será la que perciban desde un punto determinado y en un momento transitorio dentro del sistema que estén tratando de observar.

La perspectiva del historiador está condicionada, siempre y en todas partes, por su propia situación en el tiempo y en el espacio; y teniendo en cuenta que el tiempo y el espacio cambian continuamente, ninguna historia, en el sentido subjetivo de la palabra, podrá ser nunca una crónica permanente que relate un suceso de manera definitiva, en una forma que sea igualmente aceptable para los lectores de todas las épocas, o de todas las regiones de la Tierra.

Por esta razón, en nuestro mundo occidental y en cada una de las seis o siete últimas generaciones que se han sucedido, nuestros historiadores han escrito de nuevo la historia de Grecia y de Roma. No es porque los griegos, ni los romanos hayan cambiado, ya que estando tan muertos en 1954 como en 1854 era imposible que hubiesen experimentado cambio alguno, sino que, a pesar de continuar muertos, el interés que suscitan esos pueblos no se "ha agotado"; ninguna de las generaciones que les han sucedido en los tiempos modernos ha logrado satisfacer su curiosidad. Y como, a su vez, cada una de estas generaciones modernas ha vivido y se ha encontrado arrastrada por la misma corriente, la historia de Grecia y de Roma ha tomado aspectos distintos, según el punto de vista en que cada una de estas generaciones estuviera situada para contemplarla, en el breve espacio de su vida.

Cualquiera que sea actualmente el lugar de la corriente del tiempo en que se sitúe el observador, éste verá emerger y elevarse siempre algún aspecto de la historia de Grecia o de Roma, en tanto que otros aspectos desaparecerán en la oscuridad. Al contemplar el pasado, no podemos desprendernos de nuestras experiencias, acciones o pasiones y prejuicios. Debemos suponer que éstos no pueden afectar al pasado, que nunca se nos revela por completo; pero es seguro que podrán decidir cuál de los múltiples reflejos parciales del pasado nos será posible observar, en el lugar y en el momento actuales.

Uno de los más grandes historiadores modernos de Grecia y Roma, de la última generación, fué Michael Rostovzeff, un ruso blanco emigrado, que acabó sus días en los Estados Unidos de América y allí escribió sus dos grandes obras. Algunos historiadores contemporáneos de Rostovzeff le reprochan haber descubierto en la revolución de Roma, acaecida en el siglo III de la era cristiana, algunas de sus propias experiencias vividas durante y después de la revolución rusa de 1917. Estas acusaciones contra un hombre de una inteligencia tan privilegiada, tal vez no sean absolutamente injustificadas; pero todos los historiadores, sin excluir a los que acusan a Rostovzeff, merecen el mismo veredicto. Puede

diferir el grado en que la visión de un historiador está dominada por el accidente de su propia situación en el tiempo y en el espacio, pero ésta es una servidumbre de la que ningún historiador podrá estar nunca totalmente exento.

Si existiera algún aspecto del pasado que el historiador pudiera estudiar sin que su visión quedase alterada por su propia experiencia de la hora presente, cabe la esperanza de que se encontraría en la historia de una de esas civilizaciones remotas, que la azada del moderno arqueólogo ha desenterrado después de haber permanecido sepultadas y olvidadas durante siglos y hasta milenios. Es más, hasta en los modernos descubrimientos de la historia del antiguo Egipto, nuestra forma de enjuiciar el pasado puede verse afectada por nuestros sentimientos presentes. El faraón filósofo y herético Iknaton, que durante su vida, en el siglo XIV antes de J. C., ya fué objeto de tantas controversias, ha vuelto a suscitar apasionadas discusiones, desde que en 1880 se descubrieron documentos relativos a su época, después de un intervalo de unos 1.400 años en que no se tuvo el menor conocimiento de su existencia. Los eruditos occidentales del siglo XX de la era cristiana, lo mismo que los eclesiásticos y los funcionarios egipcios del siglo XIV antes de J. C., han tomado posición apasionadamente en la controversia alrededor de esa personalidad compleja e irresistiblemente interesante.

Esta inevitable objetividad de nuestra visión del pasado, hasta del más remoto, hace muy inestable la realidad objetiva, tanto del universo humano como del astronómico. ¿Es posible observar los hechos humanos sin alterar la forma del pasado en el acto mismo de la observación?

No se puede salir de la corriente de la historia y estacionarse en la orilla. El historiador y las personas que él observa hacen inevitablemente el mismo viaje, en la misma dirección única, por la corriente del tiempo. Tanto el uno como las otras siguen idéntico movimiento. Pero este hecho es una experiencia humana que les es común. Ambos tienen el mismo destino y la misma naturaleza humana; y esta medida de la uniformidad de nuestra condición humana nos permite penetrar en los pensamientos, los sentimientos, las decisiones, las acciones y la experiencia de otros seres humanos, por su analogía con los nuestros. Por otra parte, al analizar las semejanzas y las diferencias que existen entre nosotros y los demás seres humanos, tenemos la posibilidad de aprender algo acerca de nosotros mismos. Podemos descubrir algunas de nuestras propias peculiaridades, de nuestros prejuicios o inclinaciones. Y esto es lo que tiene valor, pues si tenemos razón al creer que cada uno de nosotros está sujeto a un prejuicio incorregible, el mejor remedio, en vista de que su eliminación es imposible, es conocerlo y decirlo francamente. El historiador honrado no es el que pretende estar exento de prejuicios, sino el que comunica al lector el prejuicio que cree tener. Pero es tanta nues-

tra limitación intelectual, que ni aun la sinceridad más completa llega a ser absolutamente reveladora. Incluso en el caso de que un historiador comunicara a su lector, sin la menor reserva, todos los prejuicios de que tuviera conciencia, uno y otro seguirían siendo víctimas del prejuicio de que el historiador no se hubiera percatado, y estos prejuicios que nos pasan inadvertidos son, con frecuencia, los que más desfiguran la realidad.

Sin embargo, la uniformidad de la naturaleza humana nos permite romper, en dos direcciones por lo menos, las barreras de la subjetividad que separan a un alma humana de otra. En efecto, el animal social humano tiene ciertas experiencias personales que son decisivas, tales como el nacimiento, el matrimonio, la paternidad y la muerte, y que constituyen una base uniforme de la vida, situada por debajo de la superestructura infinitamente matizada que la educación y las costumbres superficiales han depositado; y estas experiencias fundamentales forman el tema de las obras de arte más importantes. En otro nivel menos profundo, la uniformidad da lugar también a la reaparición de situaciones mentales y sociales, que a su vez se prestan al estudio científico. En ciencias como la psicología, la lógica, la teoría del conocimiento, la antropología, la sociología y la economía, la inteligencia humana puede tratar ciertos aspectos de los hechos humanos valiéndose de los métodos científicos que han sido tan eficaces para el estudio que el hombre ha hecho de la naturaleza no humana. No obstante, hay también experiencias que son sin duda intrínsecamente inclasificables e imprevisibles. La mayor parte de los acontecimientos trascendentales de la vida son los encuentros entre dos personalidades. De esos encuentros parece que brotan todas las acciones creadoras. Pero nadie puede predecir cuál será el resultado de esos encuentros.

Así, pues, la uniformidad de la naturaleza humana no es una solución aplicable a todos los casos, y ni siquiera la propia naturaleza humana es un elemento permanente del universo. Conocemos lo bastante su historia para saber que, en comparación con otras formas de vida, es un fenómeno aparecido muy recientemente en la superficie de este planeta, y sabemos también que un día desaparecerá de la escena terrestre, la misma corriente del tiempo que la ha traído acabará finalmente por llevársela, y no tenemos conocimiento de que exista en ningún otro astro. Sabemos que, a excepción de una breve fracción de tiempo, la historia del universo ha discurrido sin la existencia de historiadores humanos, y podemos prever que en el porvenir, a excepción de una fracción de tiempo, la historia seguirá de nuevo su curso sin la existencia de historiadores. Pero, aun cuando nos sea posible ensartar estas palabras y ponerlas en circulación, una historia sin historiadores es en realidad una cosa incomprensible e inconcebible para la inteligencia humana.

Entonces, ¿existe alguna cosa verdaderamente permanente en el universo, con la que nosotros, seres humanos, podamos estar en comunicación? Esta es una pregunta con la que la inestabilidad de la historia habrá de enfrentarnos; pero es también una pregunta cuyo alcance rebasa el concepto de tiempo y por consiguiente el de historia. La mitad del género humano que está sometida a la tradición judaica dirige esta pregunta al Cielo (o al Infierno); y la otra mitad, sometida a la tradición budista, la dirige al Nirvana.

Tanto el Nirvana como el Cielo son concepciones de una realidad que se halla fuera de la historia: una realidad que es mucho más real que cualquier otra realidad meramente histórica. ¿Tienen esas concepciones de una realidad trascendente garantías de alguna experiencia que sea accesible a los seres humanos? La mayor parte de los seres humanos, en su experiencia corriente de la vida, se hallan confinados en el curso del tiempo de manera tan estricta como el pez lo está en el agua. Pero hay un número reducido de personas que han comunicado a los demás mortales la experiencia de evadirse de los límites del tiempo, para penetrar en otra dimensión de la existencia espiritual, totalmente distinta. Expresada en términos de tiempo, la duración de esa experiencia puede ser de una brevedad casi infinitesimal; sin embargo, una experiencia que de no haber salido de los cauces del tiempo no hubiera ocupado sino una fracción de momento, puede ser eterna en su propia dimensión, precisamente porque esta dimensión se halla fuera de la corriente del tiempo.

Aquí salimos del dominio de la historia, y entramos en el de la experiencia religiosa; y todos los que han tenido esa experiencia de la eternidad, nos la describen como un arrobamiento. Pero, si bien conservamos todavía la perenne esperanza del hombre de evadirnos de la historia para penetrar en un éxtasis, también en la vida diaria nos obsesiona el temor de vernos deportados fuera de la historia. Ya hemos visto que la historia "objetiva" es siempre inestable. Las tentativas más sinceras del historiador para asirla se ven siempre defraudadas, en parte, por la subjetividad inevitable de su propio punto de vista. ¿Acaso un dictador omnipotente, armado de nuevas armas de técnica psicológica, sería capaz de aislar por completo a sus súbditos de todo contacto con el pasado objetivo? Y ¿no podría imponerles una visión de la historia totalmente subjetiva, en la que el punto de vista subjetivo no fuese el de sus súbditos, sino el suyo propio? Si esta pesadilla pudiera convertirse en realidad, en beneficio de un gobierno autoritario, la futura humanidad podría verse reducida a la condición de sus antepasados más remotos. Se encontraría en la historia, sin tener ningún conocimiento de ella; y esta ignorancia de la historia, en un mundo cuya fauna viva comprendiese seres humanos, sería aún más fantástica que la ignorancia de la historia

de las primeras y de las últimas edades del universo privado de habitantes humanos.

¿Es posible que ese paraíso dictatorial llegue nunca a convertirse en una política efectiva? ¿Existe alguna probabilidad de que la visión histórica que tiene la humanidad pueda adaptarse a la visión que sus dirigentes estimen políticamente oportuna? El solo hecho de sugerir esa posibilidad nos produce escalofríos; pero, afortunadamente, en la vida real hay por lo menos dos obstáculos que se oponen a la realización de tan diabólico designio.

El primer obstáculo se halla en la imposibilidad de mantener a todos los seres humanos vivos simultáneamente sometidos a la misma condición psicológica. Tal vez sea concebible, en teoría, que todos los seres humanos vivos a excepción de uno puedan mantenerse en un estado de hipnosis, pero esto presupone ya que hay por lo menos un hipnotizador en acción; y para poder hipnotizar a sus congéneres, el hipnotizador habría de permanecer no hipnotizado. Pero si él no está hipnotizado, se encontrará en la situación normal de libertad humana, y si él es libre, no puede hacerse invulnerable a la posibilidad de cambiar un día de criterio y de modificar su propia línea de conducta.

Esta consoladora conclusión se halla en la obra de Darwin *The Next Million Years*; pero mucho antes de que nos veamos acorralados en esta última línea de defensa contra la tiranía, es probable que podamos parar los pies a ese enemigo secular de la libertad humana; porque en la naturaleza humana hay un elemento ingobernable —un elemento análogo a la obstinación de nuestros primos el camello, el asno y la cabra— que es la perdición de los dictadores. Es indudable que todos nosotros estamos hasta cierto punto amoldados por el “tipo de cultura” tradicional bajo el cual nos hemos formado, debido al accidente de tiempo y de lugar de nuestro nacimiento; y las diversas culturas difieren profundamente en el grado de eficacia con que inculcan la sumisión a los pueblos. Pero, hasta ahora, la historia no registra ningún método de enseñanza que pueda garantizar a los tiranos que sus súbditos no acabarán por rebelarse cuando la opresión ya resulte intolerable. A este estado de rebelión pueden llegar antes los irlandeses que los alemanes, y los alemanes antes que los rusos o los chinos; pero hasta ahora, se ha visto que todos los seres humanos pueden resistir hasta un punto determinado, pasado el cual saltan si se siguen apretando las clavijas. Aun cuando hayamos consentido hasta el máximo la aplicación de las nuevas técnicas psicológicas al servicio de la tiranía, la experiencia del pasado muestra que es improbable que los tiranos humanos consigan mantener al género humano indefinidamente apartado de la historia, en tanto que la vida humana—y con ella, la terquedad natural del hombre— siga sobreviviendo en la tierra.

(De CUADERNOS, Revista Bimestral del Congreso por la Libertad de la Cultura. Mayo-Junio 1955).

Ricardo Latcham Habla de Historia y de Crítica Literarias

Por HUGO LINDO

Tarde fría de un otoño que ya quiere ser invierno. Exigen ya las nieves que se avizoran desde la ventana, el recatado e íntimo ambiente de la estufa encendida, la pipa humeante y la taza de té. Así conversaremos mejor, bien al margen de los ajetreos urbanos, sobre cosas que, por su naturaleza, no pueden ser pensadas ni expresadas en el centro, hoy brumoso, de Santiago.

La figura recia de don Ricardo Latcham ha perdido aquí en este ambiente íntimo, sus duros lineamientos doctorales, esos que tanto, con o sin razón, temen los estudiantes del Instituto Pedagógico cuando llega el momento de probar, ante el sínodo, la sabiduría adquirida en el término docente.

Vamos a hablar de algo que nos atrae y absorbe, quizá desde diferentes ángulos y con propósitos distintos. El es un profesor, un crítico, un historiador de las letras hispanoamericanas. Los círculos especializados del Continente, lo conocen,

lo respetan, lo admiran. Se sabe que prepara una obra vasta, monumental, de esas que sólo son capaces de hacer los verdaderos hombres de gabinete, en la cual estudiará históricamente las letras americanas desde la Colonia hasta los días que corren, y, dada su autoridad, la obra se espera con impaciencia.

Entre las cosas que de Ricardo Latcham sabemos, hállase el que es poseedor de tres impagables tesoros para el estudioso: una biblioteca especializada, tan numerosa como bien dispuesta; un fichero de anotaciones histórico-literarias, como difícilmente haya otro en manos de un particular, y una memoria monstruosa, que torna el fichero casi innecesario. Precisamente la memoria que, conforme a su propio decir, le permitirá responder "sin aliño" a las preguntas que le iremos formulando.

Sin libros ni anotaciones, sus respuestas van siendo tan seguras como fluidas. *Redacta*, diríamos, de viva voz. Tal vez

para transcribirlas al público, sus contestaciones requieran algún retoque; pero será el mínimo.

Ya estamos indagando:

—Para el investigador, ¿cuáles son los principales problemas que plantea la Historia de la Literatura Americana, y en qué estriba su importancia?

En lo que asciende el humo de su pipa, va diciendo:

—El problema más fundamental que yo he encontrado en mis propias investigaciones es la diferencia de las cronologías habituales, que son europeas, con las que encontramos en nuestro propio ambiente. Voy a citar algunos ejemplos. El romanticismo en Europa se calcula que es entre 1800 y 1850; en América, tenemos un pre-romanticismo, que ya se ve en Fernández de Lizardi, en México —*Noches tristes y día alegre*—, y que abarca un período que llega hasta aún después de Darío. Por consiguiente, cualquiera visión del fenómeno romántico en nuestro continente, tiene que partir de una cronología totalmente diversa del que lo ha estudiado en Europa. Aparte de esto, hay muchos problemas diversos que un investigador tiene que encontrar. Descubrir cuándo aparecen las primeras vivencias americanas. En ese campo tenemos problemas apasionantes... Escritores españoles que se van americanizando... El idioma, el problema del idioma: cómo ya, en tiempo de Nebrija, llegan los primeros americanismos... Antes de que el gran humanista muera, han llegado a Europa esos americanismos. En seguida, entre otras cosas de interés, la aparición de los escritores que podemos denominar criollos... ¿cuándo aparece el criollo verdaderamente?... En seguida, otro problema interesante: cuando se comienza a estudiar la literatura hispanoamericana en sus orígenes, encontramos elementos humanos muy diversos, que en literaturas nacionales europeas no se conocen, por una misma proyección: españoles y no españoles que escriben sobre América... Nacimiento de los primeros americanos... Presencia del criollo... En se-

guida, el escritor mestizo (Garcilaso es mestizo) y el indio puro, (Huamán Poma de Ayala, Tito Cussi Yupanqui, o bien, en la literatura mexicana, Alva Ixtlipochtli, Fernando de Alva, uno de los grandes productos... ¡ya indio puro!)... El indio puro desaparece prácticamente como escritor en la literatura hispanoamericana: algún caso hay, alguna excepción. Todavía tenemos el problema, más moderno, de la poesía mulata, que algunos confunden con la negra. Más bien me parece a mí una poesía mulata, que ya se ve en el siglo XIX, y que se afina más en este siglo, ya se estiliza...

—¿Con Nicolás Guillén?— interrumpimos.

—Y con otros, anteriores, como el colombiano Candelario Obeso, y posteriores a Guillén. Guillén es en realidad un estilizador de motivos populares cubanos, con cierto genio poético, con cierta musicalidad...

—¿Y no hay problema de consecución de textos, de fijación de fechas de las ediciones príncipes, de cosas por el estilo?

Se detiene un breve instante, para tomar aliento. Sorbe un poco de té y otro de humo, y continúa:

—Ese problema está siendo superado... No es el problema que a mí me ha preocupado más, ese de las ediciones príncipes. Por ejemplo a veces una edición príncipe es la peor: tenemos un caso concreto para contestar esa pregunta: la edición príncipe de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso, la hecha en Lisboa, me parece que en 1609 (no me acuerdo el año exacto), es la más plagada de erratas que existe. Y la edición mejor de Garcilaso es la que hizo Rossemblat, que editó Emecé, la moderna: es la edición paleográfica. Ese es un caso bien notable. Hay otras veces que no hay más que un texto, cuya escasez impide casi estudiar a un autor. Voy a citar un caso de este tipo. Es la *Corónica moralizada* del Padre de la Calancha, gran cronista barroco del Alto Perú, que abarcó todo el Virreinato, de cuya obra, que consiste en dos volúmenes, hay un volumen del que sólo

se conocen dos o tres en el mundo, y del otro, más o menos una media docena. De manera que ahí ya no es un problema de fijar textos, sino de encontrar este libro tan raro. Yo, para poder leer los textos de Calancha, los vi en el Museo Británico...

Pero el investigador de estas materias no puede evadir, con frecuencia, la necesidad de asumir posiciones críticas. Entre lo histórico-literario propiamente tal, y lo crítico-literario, hay una profunda simbiosis que ningún conceptualismo podrá jamás escindir. Ya en nuestra charla volverá —así lo tenemos previsto dentro de la táctica de la entrevista— a reaparecer el binomio historia-crítica. Por el momento nos limitamos a preguntarle si, al desplazarse de la posición original hacia la zona crítica, se presenta al investigador algún problema específico.

La rapidez mental es una de las características de nuestro interlocutor. Apenas si concluimos de plantear el punto, y ya él contesta:

—Indudablemente que se presentan, a cada paso. Porque, ¿hasta dónde un historiador de la literatura deja de ser crítico?... Y un crítico de una literatura tan rica y tan vasta, tiene que tener algo de historiador. Necesariamente, para cualquier ensayo crítico sobre Hispanoamérica, hay que conocer el medio, el ambiente, particularidades geográficas, modalidades psicológicas, etc., etc. Más que en ningún género, se requiere en estos estudios, me parece.

—E incluso viajes...

—¡Viajes!— ratifica de un modo casi vehemente.

Hace entonces un gesto tan afirmativo y seguro, que no podemos sino pensar en la ilustración de esta entrevista "sin aliño", para que alguno tenga... y como entre nuestras aficiones, quizás excesivamente variadas, se halla la de la fotografía, esgrimimos la cámara, que ya tenemos apercibida desde que sabemos que Latcham va a llegar, y lo deslumbramos por unos instantes con el fogonazo de rigor.



RICARDO LATCHAM

—¡Qué bárbaro! ¡Qué luz más...!

Reímos del in promptu, que ha sonado como una campana escolar llamando a recreo después de la primera clase. Recreo con "pelambre". Habla Latcham, sin inhibiciones, de literatos y políticos, chilenos y no chilenos, y muy pocas títeres van quedando con cabeza... ¡Es temible este hombre de ideas claras, opiniones monolíticas y expresión soberanamente libre!...

En este interín regocijado van perfilándose en nuestro interior otras preguntas. Es un tema importante, fascinante y ya elaborado por muchos autores, en el cual cabe aún escuchar otras voces. Es el tema de lo nuestro, de lo que puede redimirnos, frente a Europa, del vasallaje literario. Lo planteamos de esta manera:

—¿Hay actualmente, ya, una o varias modalidades americanas en la literatura?

¿Algo que se pueda llamar *Literatura Americana*?

—El asunto ha sido muy discutido. La polémica provocada por Papini puso eso en el tapete de la actualidad. Modalidades americanas, indudablemente que hay algunas. Como historiador, yo no voy a entrar en lo ensayístico. En general he mantenido en mis trabajos un criterio objetivo. Pero modalidades americanas, algunas hay.

—Bueno, esto da lugar a dos preguntas: ¿qué especifica las modalidades americanas: lo geográfico, o lo humano?

—Las dos cosas.

—¿Qué prima: lo descriptivo o lo psicológico?

—Ha privado, indudablemente, lo descriptivo. El medio sobre el hombre. Y no hay que olvidar que gran parte de nuestra literatura es una descripción de la lucha del hombre con el medio, y ese hombre debe tener alguna psicología.

—Y el común denominador, dijéramos, de todas estas modalidades nacionales que se van dando ya en Bolivia, en Guatemala, en México, en Cuba, en Colombia, en Perú, en Ecuador o Argentina... El común denominador de esto que hace llamarlas americanas, ¿cuál sería?

—Vamos a tratar de precisar. Se ha dicho que el hombre americano tiene cierto sentido de lo telúrico. Pero en el orden psicológico —prescindamos por un instante de lo telúrico— hay también algunas características o modalidades nacionales en las literaturas. Por ejemplo, el mexicano tiene cierta finura lírica, cierta cortesía, cierta frase pulida. No sólo en su literatura escrita, sino en la expresión oral de su pueblo. Es una literatura, también, con una característica que no presentan siempre otras, de gran permanencia de las formas populares, desde Lizardi hasta los escritores actuales, como Abreu Gómez, José Rubén Romero, Revueltas, etc... los más nuevos...

Recordando un artículo que hemos leído recientemente (*Fronteras de la novela*, por Hernando Téllez, en *Cuadernos del "Congreso por la Libertad de la Cultura"*,

Nº 4, París, Enero-Febrero de 1954, págs. 31 a 34) decimos a Latcham:

—Refiriéndose puramente a la novela, indica Hernando Téllez que la diferencia específica entre la novela americana y la europea, estriba en que América ha tenido que empezar el camino con 400 años de rezago frente a la novela europea. Que lo que allá es cultura, aquí es todavía primitivismo, y que en consecuencia el hombre ha tenido que enfocar un ambiente... digamos... más brutal, más rudo, para el comienzo de su labor artística. ¿Es esto aceptable?

Pero nuestro interlocutor está pensando por su cuenta, y sus ideaciones, en este instante, no calzan en todas sus partes con la pregunta formulada. No importa. Lo que él dice es de especial interés, y sería una lástima perderselo por el hecho de no coincidir plenamente con lo interrogado. Por lo demás, ¿qué derecho nos asiste para forzar el pensamiento del investigador, a seguir la línea precisa que a nosotros se nos ocurra trazar? He aquí su respuesta, tal y como él la expresó:

—Como toda teoría, tiene base de verdad; pero, en realidad, la causa de que no exista una novela muy rica en la época colonial, tiene distintas explicaciones. Primera: las leyes de Indias en general, miraron con antipatía el cultivo de este género. A pesar de que se leyeron muchas obras de romance, como lo ha probado modernamente Irving A. Leonard... existió bastante difusión de la literatura narrativa, desde México hasta las regiones más distantes del territorio hispanoamericano, como Potosí, Lima, y aun en Chile, donde en general encontramos muy poco libro narrativo en los inventarios de bibliotecas coloniales. Pero, aparte de esto, se ha dicho —y hay cierta base para sostenerlo— que la crónica reemplazó a la novela. Los cronistas vivieron la peripecia vital de su época, la más grande que se le presentaba al hombre europeo —el español, principalmente— al venir a América, y el hecho de que el cronista viviera lo que relataba, reemplaza un poco la novela. Todo ese ambiente de las

novelas de caballerías, lo vivieron los cronistas. Bernal Díaz lo dice tácitamente. Y lo encontramos en muchos de los testimonios más antiguos de nuestra literatura. De ahí, pues, que la inexistencia de la novela, en realidad se explica un poco en Hispanoamérica. Pero desde luego, nos deja siempre algunos problemas pendientes o algunas lagunas. ¿Por qué, cuando se leyó tanto la novela, se escribió poca novela? Yo no he podido inventariar en toda la literatura colonial, más de 10 ó 12 libros que sean pre-novelas, que puedan merecer alguna definición, alguna categoría narrativa.

—Dando de nuevo un salto al siglo XX, ¿qué modalidades nacionales, por su importancia intrínseca o por su difusión, tienen prevalencia en el cuadro general de América?

—Nuestra literatura en general ha preferido el paisaje al hombre, lo que no significa que no exista la expresión psicológica. Yo creo que algunos críticos han exagerado estas afirmaciones y no han hecho un estudio minucioso del problema. Al través de lo narrativo se pueden situar ciertas modalidades nacionales de algunos pueblos.

—Bien: quizá no situé bien mi pregunta. Digamos: dentro de este cuadro general de América en que estamos buscando lo típicamente americano, sin duda juegan un papel específico México, Perú, Ecuador, Argentina... Ahora, preguntamos: de estos países, ya sea por su importancia intrínseca, ya por su difusión, ¿cuáles logran estampar más firmemente el sello en lo que pudiéramos llamar *modalidad literaria americana actual*?

—A mí me parece que México, en cierto modo. En la Argentina, se ha querido ver en la soledad del hombre argentino una expresión de su literatura. La literatura reciente argentina, no alcanza a expresar un testimonio documental adecuado para sacar una conclusión categórica. Yo tendría que atenerme a antecedentes más definidos. Se ha insistido mucho en esa nota de la soledad del hombre argentino, de las dos Argentinas de que habla

Mallea: la visible y la invisible. Pero un diagnóstico sobre los últimos diez años, me resulta difícil. Hallo más acusada la literatura mexicana. Tiene una modalidad más dramática. El hombre mexicano es patético. Tiene una peripecia vital más intensa. Tiene notas muy concretas: la idea de la muerte está presente en esa literatura, no desde la Revolución, como se ha dicho, sino desde la propia época colonial. Yo podría citar testimonios muy antiguos sobre esa idea de la muerte que está tan elaborada dentro de la mentalidad mexicana. Y a la vez, es una de las literaturas más fascinadoras de América.

—¿No sólo en lo épico, no sólo en lo novelístico?

—No: en la poesía también: tiene una nota afinada, lírica. Es un pueblo lírico, esencialmente lírico, con tradición lírica indígena e hispánica, con influencia popular y con una modalidad muy significativa: tal vez el poema que pinta más la poesía actual mexicana es *Muerte sin fin*, de Gorostiza. Me parece que es el que define mejor esa actitud ante la vida del mexicano. Es un poema realmente clásico.

Si la entrevista se hubiese limitado a este punto último, tenemos la certeza de que a don Ricardo Latcham le habría sobrado material para una exposición mucho más amplia. Mas ya que lo tenemos aquí —y éste es un privilegio que apreciamos debidamente— hemos de aprovechar su presencia para indagar sobre otros aspectos, e, incluso, para hacerlo derivar hacia detalles que tengan una relación más directa con la vida intelectual de nuestra Centro América, y que puedan, incluso, ser de utilidad a nuestros escritores, de manera especial a los de las promociones últimas, que todavía se encuentran en la posibilidad de disciplinarse más de lo que nosotros lo hicimos, y hacer de los métodos de trabajo, un hábito enraizado. Por eso forzamos un tanto el fluir de la plática.

—Pasemos a otro punto. Esto es una entrevista, y una entrevista va siempre a brincos. Para el empeño de escribir una

Historia de la Literatura Hispanoamericana Contemporánea, primero, ¿con qué historias nacionales de auténtico valor cuenta el hombre que investiga?

—Tenemos historias nacionales de casi toda Hispanoamérica, desde el Norte hasta el Sur. Algunos países no la tienen...

—Centro América no la tiene.

—No... No conozco ninguna... Conozco estudios parciales sobre Centro América. México tiene algunas historias, pero ninguna está a la altura de su riqueza literaria. La de Jiménez Rueda, la de González Peña... Hay estudios parciales de José Luis Martínez, muy notables... Pero no hay una historia compacta como lo exige un país de una cultura tan intensa. Debe citarse la *Historia de la Literatura Colombiana*, de Gómez Restrepo... Aunque incompleta, es de las pocas buenas que hay... Yo las tengo todas...

—¿Y con qué antologías verdaderamente útiles se cuenta?... ¿Qué países presentan antologías aprovechables para este trabajo?

—Hay varias: Por ejemplo, la *Antología del Centenario de México*. Es un modelo de lo que debe ser una antología para conocer una literatura.

—¿Quién la formula?

—Intervinieron en ella muchas gentes; pero uno de sus directores espirituales fué Pedro Henríquez Ureña. Intervino Alfonso Reyes, Caso, etc. Mucha gente... Es un trabajo colectivo que realmente se anticipó a otros que todavía están en cierto modo... por hacerse...

—Aquí, en Chile, ¿hay alguna antología de literatura chilena que sea digna de tomarse en cuenta?

—Hay muchas antologías, pero ningún trabajo que se pudiera llamar ejemplar. Son fragmentarias...

Vieja y muy discutida cuestión, es ésta de la objetividad o subjetividad en la crítica y en la historia literarias. Para que Dios nos libre de aparentar una erudición que no tenemos, dejamos hoy tranquila una multitud de anotaciones que sobre el asunto hemos venido acumulando

al discurrir del tiempo. Se ha presentado hasta una problemática de segundo grado, muy compleja y sutil, que podría parecer bizantina si uno la enfocase en momentos de pereza mental, y que aquí, en gracia de la brevedad, podríamos resumir en un par de preguntas: ¿hasta qué punto es posible en estas comarcas, una objetividad pura?, ¿cómo aplicar a las letras criterios inflexibles y casi matemáticos? Pero no vamos a meternos —al menos por ahora— en tan estrechos laberintos. Ni vamos a preguntar su opinión al ilustre Latcham, porque ya la ha expresado por escrito y reiteradamente. Al comentar la *Historia personal de la literatura* que presentase Alone, bajo el sello de Zig-Zag, hacia fines de 1954, escribió nuestro interlocutor:

“... Pero es peligroso dejarse arrastrar exclusivamente por las reacciones personales, por un individualismo unilateral que enrede al observador de la realidad inmediata en una malla de prejuicios y confunda su tedio hedonista con la misión de orientar al público, después de desentrañar lo auténtico de cada espíritu”.

Más tarde, glosando una obra de Salvador Bueno, Latcham hizo que el linotipista levantara estos lingotes:

“Al tipo de interpretación exageradamente individualista se prefiere hoy el estudio cauto de los problemas derivados de una evolución literaria a veces compleja y no siempre manipulada a través de recetarios y de sistematizaciones capciosas”.

Esto nos lleva, como de la mano, a otro planteamiento, que, por especiales circunstancias, tiene que hacerse en la odiosa primera persona del singular:

—Yo estoy preocupado, en cuanto escritor centroamericano, y en consecuencia, como hombre que advierte los defectos de nuestro hacer literario allá, por el problema de los métodos de trabajo. Creo que nosotros solemos carecer de método en Centro América, de disciplina. Ahora bien: ¿qué métodos de trabajo resultan los más aconsejables, dada su experiencia, primero, en la investigación

histórico-literaria, y segundo, en la tarea crítica?

—Por lo que a mí toca, que también he estudiado Centro América y he reunido todos los materiales que he podido, creo que el problema de Centro América es primero el de reunir los materiales. Todavía no se ve un trabajo previo a los estilísticos, o a métodos de investigación más modernos. Todavía está por hacerse una historia, o general o parcial, de lo que comprende la literatura de Centro América.

—Los trabajos de Toruño?

—Son fragmentarios.

—¿Los míos?

—Todos. Todos son fragmentarios... Falta una Historia de la Literatura Salvadoreña. Yo no conozco ninguna...

—¿Qué método hemos de seguir para llegar a esa historia?... Ese es mi problema. Estos trabajos fragmentarios, ¿pueden considerarse como un trampolín para dar ese salto?

—Naturalmente. Pero yo creo que por ahí debe empezarse. No soy partidario de empezar por la cúpula, es decir, por el método estilístico. Hay que empezar por reunir el acervo nacional... Hay una excepción en Centro América... Hay un libro didáctico, de cierto valer, que no reúne toda la literatura nacional, pero es meritorio: el de David Vela sobre Guatemala. Es un esfuerzo serio...

—Dos tomos.

—Sí. Se quedó a fines del siglo XIX...

—Y en la tarea crítica, ¿qué métodos serían los más aconsejables?

—Empezar por ejercitar la crítica organizada. Carecen de crítica periodística.

—¿Qué se llama crítica organizada?

—Que tenga continuidad y seriedad. En general he visto que en Centro América la crítica todavía no tiene el carácter que, por ejemplo, posee en nuestro país, donde tiene cierta tradición en la prensa y en las revistas. La encuentro un poco esporádica en Centro América. Por ejemplo, no he visto que los diarios y revistas tengan una crítica permanente y de cierta objetividad... Esa sería una crítica que hago yo a la crítica de allá.

Aquí ha terminado lo modular de esta conversación vespertina. ¿Servirá de algo el haber anotado las palabras, sabias de información y de juicio, con que Latcham ha tenido la gentileza de responder a nuestra insaciable curiosidad? ¿Aprovecharán esas palabras a nuestros escritores del Istmo? ¿Suscitarán en nuestros periódicos, como estadio previo a elaboraciones integrales, la formación de secciones críticas permanentes?...

Porque lo consideramos necesario y factible, hilvanamos ahora todos estos conceptos, vertidos al calor de una estufa. Acojámoslos con un calor diferente: el del reconocimiento al magistral y generoso historiador que nos los brinda.

Santiago de Chile, mayo de 1955.

Hacia un Concepto Económico de la Historia Literaria

Por JUAN A. AYALA

En el número 1 de la Revista CULTURA (Enero-Febrero, 1955), el escritor guatemalteco César Brañas analizaba el arduo problema del dinero y del escritor, en un sutil comentario titulado *"De la pobreza y la riqueza"*. Me llamó la atención, en dicho comentario, su párrafo final en el que apunta una sugerencia para un nuevo estudio o, mejor dicho, concepción de la Historia Literaria. Copio textualmente:

"Podríamos preguntarnos aún si la pobreza ha de ser forzosa condición del triunfo literario, de la vida del escritor. No debe serlo, evidentemente. Lo indispensable, lo esencial, es que el escritor nuestro —todo escritor, puede agregarse— logre equilibrar su vida en las circunstancias que le sean dadas y no entregarse maniatado a las solicitudes capaces de extraviarlo: desaliento, bohemia, espejismos de la política, apetitos desordenados de riqueza, a los que sacrifique vocación y nombre; que como hombre luche a tono con su época por cuanto haga posible su mejoramiento social, pero que no cifre en la riqueza —ni en la pobreza en sí, al fin de cuentas— el secreto de su felicidad y su perduración..."

El punto de vista de César Brañas es eminentemente filosófico. Trata de sentar una teoría o una doctrina o de formular un código de conducta

para el escritor. Nunca como ahora ha estado urgido el escritor y sobre todo tentado para buscar ese pan amargo del "vivir de su pluma". Decía Franklin que: "Nada en este mundo es seguro, salvo la muerte y los impuestos". Y sobre todo esa muerte por inanición que amenaza constantemente al hombre de letras, al profesional de la literatura. Se da, en este tiempo, la paradoja insospechada de ver que los aficionados, los poetas sintéticos, los novelistas de truculencia vivan de las letras —profesión ocasional— opíparamente, mientras el hombre auténtico, el profesional muere o vegeta, quizá empujado fatalmente a este destino por su honestidad o su sentido del verdadero gusto creador. No queremos nosotros sentar una doctrina ni promulgar decálogos. El hombre come o se muere de hambre. Y son demasiados los ejemplos que nos proporciona la Historia Literaria para que nos atrevamos a sentar teorías. He aquí algunos.

Podemos adelantar un dato. Los buenos escritores, los mejores escritores han pasado hambre, necesidad, penuria; han sentido en sus rostros la vergüenza de vestir andrajos, de mostrar una estampa macilenta y rota ante un público que siempre ha tenido hacia ellos la actitud curiosa y cruel del espectador. Se rompe el alma al escuchar los tristes acentos de Cervantes en el prólogo de la segunda parte de Don Quijote. Digo tristes, porque hasta en esas líneas, se le nota al escritor el gesto trágico de quien tiene que alabar a quien le ha sacado mil veces de la pobreza:

"Viva el gran conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie, y vivame la suma caridad del Ilustrísimo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas . . ."

Lo mismo le ocurre a Góngora, a quien su temperamento literario, le llevó a soportar las inherentes angustias económicas. Se doblega ante el dinero, le rinde culto, es una especie de melodía dominante en toda su obra. Abriendo al azar su epistolario encontramos el siguiente texto, en una carta dirigida a Don Francisco del Corral:

"31 de marzo 1620.

Muy Sor. mío y mi amo: Abrióme V.m. ventana a el purgatorio con la libranza de los dos mil reales, de que le he dado gracias al amigo y besado las manos a V.m. por lo que escribí el martes pasado. Ahora lo vuelvo a hacer tantas veces como tenía maravedís la póliza, y aun quedo debiendo agradecimientos al cuidado de V.m. por el que tiene de solicitar sufragios a las penas que se padecen debiendo y esperando.

.....
Al fin, Señor mío, por cualquier camino de aquí a Pascua se me provea lo restante de los seis meses, advirtiéndome que seiscientos ni setecientos reales son migaja en capilla, como dicen, porque no hay mes que no gaste ochocientos reales y a no tener pagada la casa hasta 20 de septiembre no pudiera pasar con ochocientos, porque un coche es el grifo de las manzanas y a veces de las caperuzas, cuando no es avestruz, como lo ha sido esta semana en digerir hierro..."

No sé si alguna vez se hará una antología del dinero; del dinero que no han tenido los escritores y las angustias que su ausencia les ha hecho pasar. Creo yo que se podrían deducir de esta ideal antología consecuencias trascendentales para historiar la literatura, consecuencias que tendrían un significado excepcional relacionadas con la producción, el estímulo y la altura poética de muchas obras literarias. No decimos nada nuevo al afirmar que los grandes ciclos de la poesía popular primitiva tiene ese sabor de pobreza sin angustia que se refleja en su alegría, en su bullicio y en las carcajadas que se le escapan al juglar cuando comenta el boato y el lujo de los señores. Es la época de la literatura naciente bajo un signo completamente popular, admirativo. Suele ser ley universal que los pueblos culturalmente atrasados veneran a sus poetas y procuran que los goces de la vida les sonrían con frecuencia. Cuando se pierde este sentido de veneración hacia el fenómeno literario es cuando las urgencias de la vida convierten al escritor en un especialista de tantos. Los pueblos mecanizados, endurecidos por el trabajo físico y por la angustia del vivir cotidiano, apenas reparan en esos tejedores de mitos que pudieran ser el lenitivo de muchas fatigas y de muchas desilusiones. El dinero, traducido en angustia, en carencia, en hambres, comienza a perfilarse en la Literatura con el Renacimiento. Todavía quedan algunos señores que protegen al escritor con un sentido de coleccionistas de fenómenos raros; pero esto dura muy poco; inmediatamente el hombre de letras tiene que comenzar a valerse por sí mismo; ha llegado a la mayoría de edad. Y la mayoría de edad supone, en la mayor parte de los casos, privaciones, hambre, el mendigar vergonzosamente de puerta en puerta...

La relación sería compendiosa y no nos quedaría más remedio que tocar una vez más el tópico cervantino. Nos basta con sugerirlo. Un caso interesante de la pobretería literaria podría ser el de Don Diegos de Torres y Villarroel, pícaro pobretón que inventa todos los oficios y beneficios para lograr acallar los lamentos de su estómago vacío. Va dando piruetas por la vida, traspiés que se convierten en rápidas épocas de abundancia para caer después en las simas del hambre... Y desde aquí saltaríamos a Bécquer, muerto de hambre, paseando su adelgazada figura por los claustros de Veruela. Y a Zorrilla, que en su pobretería, escribe con los mimbres y el barniz de un cesterero su elegía a Fígaro...

Y a los de ahora mejor es no mencionarlos...

Un caso típico del literato hambriento es el de Poe. Ramón Gómez de la Serna ha descrito en una página incomparable de su biografía de Poe el encuentro de los dos extremos en la vida del escritor: un Dickens opulento y un Poe harapiento. No me resisto a copiarla:

"A una de esas revistas va a verle Dickens cuando viaja a Norte América y se debe esa visita a que Poe en el "Correo de la Tarde del Sábado" previó cómo se desarrollaría una novela que Dickens había comenzado a planear cosa que asombró al gran escritor inglés y le hizo escribirle preguntándole si tenía tratos con el diablo.

Aquel sentimental inglés estrechó con mucho afecto la mano del joven que inventaba por otro camino intrincado y cuya fatiga de tormento comprendía el gran escritor de vida plácida pero de mucho trabajo, el trabajo en que no podía sustituirle ni ayudarle nadie.

No se sabe por qué Dickens le miró con tristeza dentro de su simpatía, pues vió en él al artista difícil de vida pobre que estaba ya medio destruido bajo el traje cepillado y dominguero de aquella mañana. Conocedor de personajes novelescos vió en aquel joven al malogrado en la vida, al que no peinaría cabellos blancos, al postumal con cabellos negros...

El escritor de gran cadena de oro y traje inglés nuevo abrumó con su optimismo vital de banquero literario al escritor de traje traspillado, pero Poe estaba contento de haberle tenido en la redacción almacenaria, sentado en visita inolvidable bajo la mirada de los cristales ovales que ponían ojos de curiosidad periodística en la puerta forrada de hule negro...

El escritor pálido y con las ojeras marcadas —condición del americano preocupado— bebió de la botella de los lentos tragos durante la pobreza, alargando la inclinación de la copa en los labios..."

El escritor, cualquiera que sea su categoría, ordinariamente pasa hambre. La han pasado todos. El problema que se nos plantearía al hacer un estudio sobre escritores acomodados y escritores opulentos, sería descubrir en qué casos la pobreza, la miseria y el hambre actúan o han actuado como un estímulo y fermento y qué relación habría entre el alcance poético de la obra y la vida económica del escritor. Sería un poco aventurado asentar como principio general la necesidad de la pobreza para que la obra literaria fuera de altos alcances, pero disminuyendo y atenuando todo el rigor de la expresión, creemos que en el escritor necesitado y casi mendigo se da una fuerza, una intensidad de belleza y de pasión que no destaca tanto en la de los escritores acomodados. Es lo que

constantemente hemos notado en Ortega y Gasset, en Benavente, en el mismo Erasmo. A veces su frialdad y su elegancia está deshumanizada. Si Poe hubiera gozado de las comodidades de la gloria literaria —mejor dicho de las comodidades que trae actualmente la gloria literaria— no hubiera sido el signo de toda una zona poética de América con el derecho con que lo es ahora. Hansum supo de la abundancia después de haber escrito sus mejores obras. Quizá lo mismo haya pasado a Hemingway, Cronin y Maugham. . . . Cervantes nunca la tuvo y hasta la víspera de que las campanas doblaran por su alma mantuvo en alto el recio tono de su producción humana. Y no queremos hablar de los pobres muertos de hambre a los que resucitó el reconocimiento tardío, pero que dieron el gran paso con los estómagos vacíos. . . .

La vida literaria en los países de América Latina presenta un magnífico panorama para la experimentación en este sentido. Exceptuando países como la Argentina y México, donde el escritor puede hallar medios de vida por medio de su profesión, el resto todavía nos ofrece el caso, demasiado frecuente por desgracia, del escritor que no puede vivir de las letras, que tiene que andar en busca del empleo que le permita vivir desahogadamente y de este modo dedicar a las letras un tiempo sobrante, en condiciones psicológicas de cansancio, abrumado muchas veces por las preocupaciones del alimento y del vestido. El medio para ellos es tan amargo que no pueden dar el suficiente impulso a su obra y se dispersan en esfuerzos casi inútiles. Cuando se pueda observar con la debida perspectiva el panorama de esta época literaria, entiendo yo que ha de ser un factor importante, digno de ser tenido en consideración, el estado o situación económica de los que tuvieron la fuerza de voluntad para vivir una vida literaria eficaz, digna y, sobre todo, sincera.

San Salvador, Junio, 1955.

“Santo Tomás Frente a la Ciencia”

Por el Pbro. MARIO MORO,
Salesiano, Doctor en Filosofía.

El siglo XIII es sin duda el siglo más rico en grandes figuras de filósofos: basta recordar los nombres de Alejandro de Halés, San Buenaventura, Alberto Magno, Tomás de Aquino, Gil de Roma, Duns Scoto, Rogelio Bacon, Raimundo Lulio, Durando de Saint-Pourcain, para presentarnos a nuestra mente el panorama más hermoso en materia filosófica que la historia nos pueda ofrendar. Creo que no podremos encontrar una mayor riqueza en los tiempos de la pagana Atenas, o en los tiempos en que el mundo filosófico se enfermó con el romanticismo tenebroso de los idealistas alemanes.

Pero si el siglo XIII tiene este primado indiscutible, no se lo debe igualmente a cada una de las figuras recordadas: bastaría un Santo Tomás de Aquino para concederle el record. Todas las otras figuras han cooperado para crear la atmósfera propicia; para que el Doctor Angélico se remontara a las máximas alturas del pensamiento, o para dar mayor brillo a sus doctrinas.

Su aparición sobre la cátedra universitaria de París dió inicio a una nueva era de la filosofía: a sus alumnos les pudo llamar la atención aquel joven fraile, de una calma y serenidad constante, corroborado por la gravedad de su contextura somática, que no fué gordura exagerada, de una taciturnidad extraordinaria, que podía parecerles fruto de escasez de palabras, aunque muy pronto tuvieron que atribuirle a una reflexión continua y profunda, a un hábito de pesar todas las palabras con la balanza de una lógica implacable y a un deseo de solitud de claustro, en donde el

joven clérigo había sabido conservar su espíritu dispuesto a captar las manifestaciones profundas del ser.

Pero pronto aquella juventud cosmopolita e inquieta se agolpó alrededor de la cátedra de Tomás como subyugada: finalmente había encontrado al maestro. Sí, había encontrado al maestro: porque Tomás de Aquino vino al mundo para enseñar: su espíritu y su fisiología, de una sensibilidad finísima, hacían de él un hombre excelentemente predispuesto para la enseñanza: espíritu siempre lanzado hacia las conquistas, abierto más a las soluciones, que él alcanzaba casi por intuiciones, que a la problematización.

Casi diríamos que Santo Tomás tenía el instinto de la verdad: a la cual se remontaba con una facilidad que llamaríamos natural y espontánea si no supiéramos que tales adjetivos pueden falsear la exactitud del concepto que debemos tener de la elevación habitual de pensamiento que tenía el Doctor Angélico. Elevación habitual a tal punto, que para Santo Tomás alcanzar las cumbres no quería decir subir: él vivía constantemente en las alturas: allá había hecho su nido: allá su pensamiento escurría recto y suave: allá era su camino llano. Somos nosotros que debemos subir si queremos alcanzarle: y cuando le alcanzamos sentimos el vértigo de las alturas, pero también sentimos que allá él piensa por nosotros, da alas a nuestros pensamientos, suscita vivencias como si él nos hablara en la misma interioridad de nuestro ser.

Esta tarde, sin embargo, renunciamos al placer de acercarnos al pensamiento metafísico o teológico de Santo Tomás, en donde hallaríamos los argumentos más seductores, y podríamos experimentar el sabor místico de la contemplación filosófica; considerándome incapaz de entrarme muy adentro en el rico y hermoso edificio del pensamiento tomista, me limitaré a observarlo desde afuera, presentando el pensamiento menos tomista de Santo Tomás; quiero referirme a los andamios destinados a perecer, pero aprovechados prudentemente para construir un edificio eterno.

Hablaré de Santo Tomás frente a la ciencia. Alguien podrá pensar que el parangón es peligroso para el Doctor Angélico, que sería para sentarlo en el banquito de los acusados. No, Santo Tomás es un maestro que no vacila; su pensamiento conserva su robustez frente al ciencismo moderno: las renunciaciones que tendrá que hacer son superadas con creces por los contributos que aportó al adelanto de las mismas ciencias.

Santo Tomás no fué hombre de ciencia. A lo menos no fué hombre de ciencia a lo siglo XX. Nacido en un siglo de poca inquietud científica, ha gozado de posesión estática de los conocimientos sobre el mundo que su generación había heredado de siglos más preocupados para escudriñar las leyes que se escondían en las manifestaciones de la naturaleza, pero siempre primitivos en sus métodos.

Su misma índole lo inclinaba poco a las preocupaciones de los alquimistas o investigadores, de su tiempo, obligados, por la escasez de instrumentos y medios, a respirar y oler gases poco agradables, a vivir entre humo y a chamuscarse las cejas sobre hornillos. Esto, que era más arte que ciencia, debía repugnarle un poco.

Si Santo Tomás hubiera vivido en nuestro tiempo, hubiera sido siempre Santo Tomás, pero habría, seguramente, manifestado mayor interés por las ciencias modernas, que en su aspecto teórico satisfacen las exigencias de un espíritu riguroso. Santo Tomás fué una personalidad profundamente científica, pero a su manera, como filósofo, como contemplativo, como místico.

No es que su espíritu viviera constantemente en la esfera de lo metafísico, aunque en todos los problemas científicos buscara un resquicio que le permitiera lanzar siquiera una mirada al mundo de los valores trascendentales, porque su espíritu no podía estar sin respirar apasionadamente la atmósfera de la metafísica: sus maestros Aristóteles y San Alberto Magno, le habían enseñado a conservar los pies en el suelo. El siempre ha respetado y admirado las ciencias profanas: también él había vivido en las aulas, había apreciado la dedicación de muchos hermanos y alumnos suyos, amantes de las ciencias de los números, de la astronomía, de la medicina; admiración unida a la sed de saber, tan connatural a los hombres genios, y no fruto de una simple curiosidad espontánea, indispuesta a los sacrificios de la investigación, sino producto de la conciencia de la necesidad de los conocimientos científicos para elevarse a más altas esferas. La victoria definitiva obtenida por Santo Tomás en el problema de la relación entre razón y fe, es una victoria que ha contribuido eficazmente a la valorización de la razón y el adelanto de la ciencia.

No considero de utilidad extenderme en la relación de los conocimientos de Santo Tomás, que modernamente llamaríamos conocimientos científicos. Sabemos que en el campo científico Santo Tomás fué hijo de su siglo: por lo tanto es frecuente encontrar ideas astronómicas fundadas en el sistema geocéntrico, aunque es notorio que Santo Tomás haya admitido este sistema como simple hipótesis —“non est demonstratio sed suppositio quaedam”—, cautela previsoras que no fué tomada en mucha cuenta; y así, la teoría geocéntrica llegó a formar parte integrante de la filosofía tomista. No se puede negar que el mismo Santo Tomás dió motivo con sus comentarios y con las referencias en sus inmortales Sumas; así como elementos integrantes del tomismo, encontramos teorías absurdas sobre los cielos, sobre las formas sublunares, sobre la gravedad debida al peso, sobre los meteoros, sobre las manchas de la luna, sobre las cometas, sobre el trueno y el rayo, sobre el relámpago y los fuegos aéreos, sobre el arco iris, sobre los movimientos de la tierra, sobre la incorruptibilidad de los cielos y de los astros. Actualmente teorías definitivamente superadas, como han sido superadas otras teorías sobre la generación espontánea, sobre la reproducción, y en general, sobre la anatomía y fisiología.

El conjunto de estos conocimientos constituyeron la piedra de escándalo de los hombres del Renacimiento: bien conocidas son las luchas que tuvo que sostener el grande Galileo Galilei para corregir las ideas de ciertos filósofos: recuerden aquel profesor que se negó a mirar en el anteojo astronómico instalado en Roma por el mismo Galilei para no exponerse a la necesidad de admitir manchas en el sol y negar la incorruptibilidad de los astros.

Por esto podemos decir que Santo Tomás fué objeto de injusto aprecio, tanto de parte de sus admiradores como de sus adversarios: él nunca tuvo la veleidad de

subordinar sus principios filosóficos a sus creencias científicas: su pensamiento aspiró siempre al plano filosófico; la ciencia misma, como "conocimiento por las causas", para él está siempre en línea vertical con la filosofía, aunque admita grados.

Los físicos modernos no se preocupan de las causas o razones; les basta, a veces, conocer la constancia y uniformidad en las manifestaciones de la naturaleza; la ciencia moderna es pragmática. El concepto de ciencia se ha vuelto tan impreciso que los mismos sabios quizás no sepan lo que es ciencia, aunque sepan bien lo que conocen; como ejemplo, basta citar la física, la ciencia moderna que ha invadido todos los campos de la técnica: sus leyes generales y básicas son datos de experiencia que nos obligan a decir: "el fenómeno sucede así", y no es lícito pensar diversamente. Se establecen definiciones que permiten fijar relaciones universales y constantes representables con expresiones algebraicas o trascendentales: el físico cree de haber ya cumplido en gran parte con su cometido.

La ley de Ohm, por ejemplo, no tiene mayor explicación y justificación que la experiencia de los electrotécnicos; la gravitación y la gravedad ocupan capítulos extensos de la física y no conocemos su naturaleza. El saber físico es naturaleza empírica.

El teórico no queda satisfecho con la simple constatación y medida del hecho o fenómeno; busca una mayor exactitud en un lenguaje preciso, no sujeto a las imprecisiones y ambigüedades del idioma corriente; él ama sólo las fórmulas matemáticas, que se enlazan, a veces, en una complejidad inaudita.

Pero el lenguaje riguroso de la matemática, lenguaje siempre simbólico, ¿descorrerá acaso el velo que cubre los misterios de la naturaleza? ¿No sucederá, más bien, que el entendimiento perdido en el piélago de las fórmulas matemáticas pierde de vista lo concreto de lo que estudia?

El descubrimiento del cálculo infinitesimal, con sus numerosas aplicaciones, y más recientemente, el análisis vectorial y tensorial, la teoría de la probabilidad y la estadística han proporcionado al físico moderno unos métodos de estudio de primera importancia; en el entusiasmo inicial los sabios habían creído de haber superado todas las dificultades habiendo entrado decididamente en la senda segura de la verdad. La física y la química habrían sido las únicas ciencias que nos habrían revelado los misterios del cosmos. Uno de los grandes iniciadores del movimiento científico moderno había proclamado decididamente el triunfo: dadme a conocer el estado del universo en un instante y yo os voy a contar su historia.

Este ciencismo tomó proporciones más amenazadoras por las plumas de los vulgarizadores, los cuales, impreparados filosóficamente, y muchas veces también científicamente, han divulgado generalizaciones o extrapolaciones infundadas, peligrosas para las mismas ciencias positivas. La quinta esencia de sus afirmaciones consiste en no querer admitir otro conocimiento que no sea el proporcionado por la ciencia positiva, que es conocimiento puramente fenomenológico, y un generalizar sus conocimientos dándoles valor filosófico, sin tener presentes los principios epistemológicos de una sana filosofía.

Pero la rectitud de los hombres de ciencia ha, finalmente, corregido tales

excesos: la crítica de la ciencia ya iniciada por Boutroux, Rankine, Mach, Ostwald, Milhaud, Meijerson, Poincaré, Duhem ha producido la crisis que iniciada en los albores de nuestro siglo todavía no ha sido totalmente superada: la teoría de la relatividad, la de los cuantos, la mecánica cuantitativa y probabilística han revolucionado el campo de la física llamada clásica, fundada sobre un determinismo universal y el mecanicismo, filosóficamente insostenible.

Supuesto eliminado el peligro de una supervalutación de la matemática, grave sólo para los inexpertos, quedan siempre las limitaciones naturales a las leyes de orden físico; ellas, aunque nos hablen indirectamente de la naturaleza de los cuerpos, no nos hablan de la causalidad eficiente: se contenta con exponer la mutua concatenación de fenómenos: las leyes enuncian una relación algebraica, cuantitativa, entre dos o más medidas; tales relaciones son siempre simétricas, recíprocas, reversibles: lo contrario de lo que sucede con la relación causal, que es asimétrica. La matemática da fórmulas de relación, y no causas. Lo mismo, en menor escala, se puede repetir de las leyes cualitativas. Todas, leyes cuantitativas y cualitativas, pretenden ser precisas y son provisorias, aproximadas, esquemáticas; todo esto debido a la perfectibilidad de los medios de medida y los artificios de cálculo que nos permiten alcanzar siempre más exactitud en establecer los valores de las medidas y sus relaciones algebraicas.

Las leyes que Santo Tomás buscaba no eran de esta clase: estas leyes son leyes que rigen la acción de los seres; él, cuando estudiaba los seres, se preocupaba de las leyes del ser, del existir, y no tanto del obrar, y menos del modo preciso de obrar; buscaba los principios últimos implícitos en los conocimientos que los físicos iban adquiriendo: son, cabalmente, los principios metafísicos, las leyes metafísicas fundadas sobre el ser de las cosas, los que le revelaban la naturaleza del mundo físico. El conocimiento físico era un simple momento de la dialéctica tomística que tendía a conocer la naturaleza en su constitución ontológica para resolverse en la meditación metafísica de lo trascendente. Esta dialéctica es desconocida por el físico: las fórmulas matemáticas, aunque tengan cierto valor metafísico, no se resuelven nunca en un conocimiento ontológico.

Si quisiéramos examinar los conocimientos científicos de Santo Tomás a la luz de la nueva ciencia y con sus mismos criterios no podríamos ahorrarle las críticas, comunes que se hacen a la ciencia primitiva del siglo XIII. Quizás se podrían usar términos más severos de los usados en la crítica filosófica a los sabios modernos: estos últimos salvan muy frecuentemente las apariencias con la modestia científica impuesta por las experiencias de los últimos siglos, mientras los conocimientos científicos del siglo XIII han perdido el valor epistemológico, y no dispensarle consideraciones puede parecer señal de entereza y honradez científica. Pero no es así que debemos juzgar la ciencia de Santo Tomás: debemos sintonizar con su espíritu, cogerlo en la atmósfera en que se movía. El estudio de los fenómenos era un pretexto para remontarse a las meditaciones metafísicas, que no exigen de por sí gran desarrollo en la investigación positiva del mundo físico. El fenómeno más sencillo e inmediato nos revela la naturaleza del mundo físico, como nos la revela la más compleja reacción nuclear.

Cualquier fenómeno tiene el mismo contenido filosófico, aunque sea de un

particular alcance físico. La inteligibilidad del ser buscada por el filósofo no se manifiesta totalmente en el aspecto sensible y puramente fenoménico, o en el aspecto cuantitativo, términos de la abstracción física o matemática.

El filósofo aspira a una mayor complejidad y a un conocimiento más radical de la fenomenalidad del mundo material; su reflexión prescinde de la particularidad física y de la generalización matemática, siempre que demos a los términos "física y matemática" el significado familiar a los filósofos de la edad media, porque justamente los teóricos modernos pueden sostener que la matemática y la física teórica no se agotan totalmente en la abstracción intelectual de segundo y primer grado, respectivamente.

La filosofía estudia los aspectos universales presentes en toda la realidad; la ciencia considera los aspectos particulares, que se manifiestan sólo en partes reducidas de la misma.

Los dos *saberes* no se *compenetran*; el hombre se encuentra frente a un dilema: o conocer las razones últimas y universales y renunciar a las particularidades, o conocer detalladamente los fenómenos, renunciando a conocer, por el mismo camino, las causas últimas. Nada impide que un hombre sea a la vez filósofo y hombre de ciencia; pero deberá usar siempre dos métodos distintos de investigación: tendrá en sus manos dos extremos de cadenas que no podrá entrelazar. Como filósofo sabrá que en Dios está la razón de todo devenir; como físico sabrá que dos cuerpos se atraen con una fuerza directamente proporcional a sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia, pero no sabrá científicamente *cómo* la acción divina determine en el universo un movimiento regido por la ley de gravitación. Sabrá que todo cuerpo consta de materia prima y forma substancial y que el oxígeno y el hidrógeno se combinan sólo en proporción de uno a dos volúmenes para formar agua, pero no sabrá por qué la forma substancial informe la materia sólo cuando se realizan las proporciones citadas.

Ciencia y filosofía son dos formas del saber humano que no tienen mutua dependencia ni se entrelazan recíprocamente.

Santo Tomás había intuido esta diversidad de saber: queriendo ser decididamente filósofo no se dejó arrastrar por el entusiasmo que podía despertar el conocimiento científico; se interesaba del mundo fenoménico, tanto de la fenomenología, del determinismo físico, como de la fenomenología de la vida, tanto cuanto le sirviera para auscultar, con su alma supersensible, las ondas profundas que le traían resonancias del mundo misterioso del ser. Y bien sabía que de sus principios metafísicos no podía inducir leyes o principios físicos, de exclusiva competencia de la ciencia positiva. Hegel y los románticos, con sus filosofías apriorísticas de la naturaleza, o Descartes, con su mecanicismo, no han resistido a la tentación de crear una naturaleza fundada sobre los apriorismos de sus filosofías, y la historia, no sólo de la Filosofía, sino de la misma ciencia, nos atestiguan el mal que estos hibridismos filosófico-científicos han causado a la ciencia, que todavía en nuestros días fatiga para librarse del mecanicismo determinístico. Sorprende que filósofos modernos, después de haber despreciado las concepciones científicas del Siglo XIII hagan alarde

de filial sumisión a filósofos que han cerrado los ojos al mundo de los fenómenos, el verdadero objeto de estudio de la ciencia, para crearse una filosofía de la naturaleza, inspirados en los principios de los propios sueños románticos.

Asimismo un gran número de sabios modernos, envalentonados por sus descubrimientos sensacionales, han pretendido agotar todo saber en el conocimiento científico.

La recta filosofía heredada del grande maestro de las escuelas nos impone una grande cautela: la superioridad especulativa de la filosofía no nos da el derecho de pronunciarnos sobre los datos y las leyes físicas, ni la filosofía proporciona al físico y al matemático métodos de cálculo y experimentación; ni siquiera comunica conocimientos que aumenten nuestro caudal de saber físico.

El físico no aprende nada útil para sus investigaciones estudiando el hilemorfismo, ni le interesa si esta teoría filosófica sea verdadera, simplemente probable o totalmente falsa. Pero tampoco el filósofo necesita para sus reflexiones y conclusiones el conocimiento detallado de los principios y de los datos de las ciencias positivas, porque el fenómeno más sencillo le basta; la complejidad del fenómeno no influye en su valor filosófico. El fenómeno es a la base de la reflexión filosófica no por su valor científico, sino por su valor ontológico. De lo dicho no se deduce que el filósofo pueda prescindir del adelanto de las ciencias y continuar filosofando sobre ciertas incipientes científicas de siglos pretéritos. El filósofo se haría responsable del *descrédito* en que caería la filosofía. El estudio de los conocimientos contribuyentes a la visión integral del universo y a una síntesis de la ciencia se hace indispensable a lo menos para una más consciente responsabilidad de las propias opiniones filosóficas; y más en estos tiempos en que la frecuencia e importancia de los descubrimientos científicos y de las teorías de cálculo ha exaltado tanto los ánimos de los sabios que las extrapolaciones científicas son casi cotidianas, en manera particular cuando el sabio abandona su lenguaje natural, el matemático, para usar un lenguaje que sólo el filósofo sabe usar rectamente.

¿Quién no conoce las obras de esta clase escritas por un Einstein, un de Broglie, un Fermi, un Amaldi, un Eddington, un García Bacca...? Cito a éstos, para citar algunas eminencias en el campo físico. Para citar un ejemplo: cuando Fermi, hace unos pocos años, proclamó al mundo que había podido convertir la energía en materia, obteniendo el fenómeno inverso del que se realiza en la ruptura nuclear, usaba una terminología muy inteligible para un físico que tiene de materia y energía una definición algebraica recíproca que puede dar razón de una reversibilidad; pero el filósofo tiene todo derecho de alarmarse, si no tiene una buena base de conocimientos físicos, e interpreta las palabras del físico a la luz de sus conceptos filosóficos de materia y energía.

Esto se repite en muchos campos de la ciencia moderna, en donde a primera vista se producirían unas innovaciones tales que parecerían exigir cambios radicales, revolucionarios en la ciencia humana. A primera vista también el filósofo puede pensar que se le impone una revisión de sus ideas, un cambio de ideas: pero un examen atento y detallado del valor de la ciencia nueva y de sus límites, le convencerá de

que la filosofía ha adquirido en ella un nuevo material abundante y rico para sus meditaciones, pero no se verá obligado a renunciar a sus principios metacientíficos y metatécnicos.

Así la filosofía tomista ha salido airosa, no sólo de las luchas del Renacimiento y del siglo XVIII, sino que puede afirmar que sus principios se han visto implícitamente reivindicados en los adelantos de la ciencia, en que ésta se ha desvinculado del mecanicismo determinístico y del positivismo o neo-positivismo materialístico.

Naturalmente, para resolver todo conflicto entre la filosofía y las ciencias hay que precisar bien los términos. No basta establecer una distinción entre filosofía y ciencias, fundada sobre una definición adecuada de las mismas y sobre los distintos métodos que ellas siguen. Es más urgente establecer el valor filosófico y científico de un saber intermedio entre filosofía y ciencias, e. d. la filosofía de las ciencias, que amalgama los dos términos en una síntesis conciliativa. Podremos establecer, pues, el trinomio "filosofía de la naturaleza, filosofía de la ciencia (llamada por muchos, epistemología), y ciencias".

Aunque no sea difícil establecer cierta continuidad entre estas tres disciplinas, la tarea del físico es distinta de la tarea que corresponde al epistemólogo y al filósofo. Así, el físico analiza con los medios físicos los datos experimentales para fijar las leyes que manifiestan relaciones constantes, sin que estas relaciones iluminen la mente humana en orden a la inteligibilidad de las mismas. Verdad es que, para llegar a tal inteligibilidad, el físico establece sus hipótesis auxiliares sobre las causas próximas de los fenómenos, y busca de unificar sus conocimientos por medio de sus teorías; pero entonces el físico cesa de ser sólo físico, para convertirse en filósofo de su saber físico, para ser epistemólogo.

El epistemólogo tiene como objeto el análisis del saber físico, de sus hipótesis, de sus teorías, la distinción entre los elementos ciertos y los simplemente probables: e. d. es un análisis de orden filosófico que parte del saber científico para valorizarlo, sin penetrar en la esfera de la metafísica, como hace el filósofo de la naturaleza. La mayor parte de los autores definen bien la distinción entre ciencias naturales (Físico-químicas y biológicas) y filosofía, sin determinar claramente si entienden hablar de una filosofía pura o de un análisis filosófico del saber humano. Y esto puede causar confusión.

Refiriéndonos a Santo Tomás, hemos ya dicho que no fué hombre de ciencias. Podemos afirmar que tampoco fué filósofo de las ciencias o epistemólogo. El fué un filósofo de la naturaleza: en esto estriba la perenne vitalidad de su pensamiento.

Los Problemas de la Metafísica en la Exposición de los Drs. Luna Arroyo

Por LUIS RIVAS CERROS

La palabra metafísica viene asociada a un mundo de ideas abstrusas, hasta imposible de penetrar para la generalidad. Y, en efecto, como la metafísica no se detiene en el reino objetivo, sino que explora una realidad metanatural, resulta una materia abstracta en grado sumo. Asimismo, por esa su condición, surgen al paso de la metafísica otros adversarios que no son perezosos mentales ni analfabetos. Nos referimos a los filósofos de la escuela positivista, marxista, criticista, etc. ¿Por qué, dicen éstos, hemos de preocuparnos por viejos problemas sin sentido, por antiguas doctrinas carentes de prueba?

Tanto, pues, de legos como de filósofos la metafísica es atacada por la misma razón: su naturaleza esencialmente abstracta.

Sin embargo, los tradicionalistas, con renovada energía defienden sus puntos de vista, teniendo siempre seguidores. Y es que el ansia, la necesidad de un "más allá", de una realidad absoluta, es eterna en el hombre y supervivirá sobre sistemas filosóficos que se derrumban después de un transitorio dominio.

Como sea, siquiera para impugnar, se debe conocer. Guías expertos en este campo son los hermanos Doctores Francisco y Antonio Luna Arroyo. Obra de ciencia y de arte didáctico consideramos las exposiciones de esta materia, en las que se torna claro lo nebuloso, concreto lo intangible, a la mano lo inaprehensible. Los doctores Luna Arroyo han hecho un sencillo y sintético ordenamiento de las cuestiones capitales planteadas desde

la antigüedad. Tan sencillo que más parece un esquema.

Comienzan por dividir los problemas de la metafísica en dos grandes grupos: los generales y los especiales.

Entre los primeros se encuentran: 1º—La existencia real del mundo meta-natural, por así llamarlo; 2º—el camino que hay que seguir para descubrir los objetos metafísicos y 3º—el que pregunta la esencia de ese mundo. Cuatro posiciones han surgido en torno del primer asunto: la que admite que el “ente metafísico” existe y que su conocimiento es posible. Sus defensores pertenecen al dogmatismo. Afirman éstos que es factible un sistema de juicios sobre la esencia de las cosas transobjetivas. Diferente actitud asumen los agnósticos. Ellos defienden la idea de que si bien existe la “cosa en sí”, no es posible conocerla.

Una posición radical presenta aquí el criticismo. “Como resultado de un análisis de lo que es el conocer, así como de lo que se entiende por “ente absoluto”, declara con los recursos de la crítica científica que no solamente es imposible el conocimiento de las “Cosas en sí”, sino que semejantes seres no existen fuera de la cabeza de los metafísicos. Más que otros pensadores les corresponde a éstos el calificativo de anti-metafísicos”. Por último tenemos a los escépticos. Estos se limitan a dudar de la existencia como de la inexistencia del mundo metafísico, así como de la posibilidad o de la imposibilidad de su conocimiento. 2º) Como segun-

do problema general de la metafísica se menciona la cuestión acerca del camino que haya que seguirse para descubrir el mundo metanatural. Es éste el problema del método porque se trata de fundar un procedimiento adecuado para hallar la esencia y ley del ser absoluto. Sobre el particular, el racionalismo afirma que por un procedimiento deductivo puede encontrarse el “ente metafísico”. El intuicionismo, en cambio, propone la intuición como medio de conocimiento. Se debe de entender por intuición una especie de penetración inmediata. Ultimamente se ha defendido la idea de que el método inductivo (proceder empírico que va de lo particular o lo general) es factible para fundar la disciplina de la “cosa en sí”. Esto es la metafísica inductiva. También se defienden los métodos psicológicos (psicologismo) y hasta los biológicos (biologismo) como adecuados para llegar al conocimiento metafísico.

3º) El último problema general es el que pregunta acerca de la esencia de los objetos metafísicos y el principio de su desarrollo. En lo que concierne a la esencia o estructura de la última causa de cosmos (problema óntico) se ha dicho por diversos filósofos que es ya *materia*, ya *vida*, ya *espíritu*, etc., dando lugar al materialismo, vitalismo y espiritualismo metafísicos; o que *dos* de estas substancias: materia y espíritu constituyen la propia esencia (dualismo). También se defiende el llamado paralelismo metafísico, esto es, que lo corporal y espiritual, si bien son di-

ferentes entre sí, se corresponden en virtud de ser manifestaciones de un principio diferenciado, pero idéntico a sí mismo (teoría de la identidad). Por último se puede dividir los intentos del problema óntico, teniendo en cuanto el número de sustancias que se admiten: singularismo y pluralismo.

En relación a la ley que preside el desarrollo de la sustancia metafísica, unas veces se ha pensado que obedece a una ley mecánica (mecanismo). Otros afirman que semejante ser transubjetivo impulsa al mundo hacia una finalidad (finalismo) o bien hacia una meta divina (providencialismo).

Dentro de los temas especiales de la Metafísica se consideran generalmente cuatro:

1º) El relativo al concepto del sér supremo. Como en todos los asuntos de la materia los filósofos dan soluciones encontradas. Politeísmo, monoteísmo y ateísmo son las doctrinas corrientes predominantes, según se admitan múltiples dioses, uno sólo o ninguno. A su vez el monoteísmo ostenta las siguientes formas: deísmo si se defiende que Dios es el creador del Universo, pero no su causa directriz y persistente, así como si se rechaza el pensamiento de la revelación, esto es, la manifestación milagrosa de Dios; el teísmo cuando se sostiene que Dios, a modo de un sér personal, es el creador y el guía perpetuo en el destino del Universo; y el panteísmo que afirma que Dios y el Universo son uno y lo mismo.

2º) La cuestión acerca de la liber-

tad metafísica de la voluntad donde se puede ser indeterminista si se reconoce que la voluntad es libre o determinista si se piensa lo contrario.

3º) El tema de la inmortalidad del alma, que los sustancialistas admiten porque consideran que la esencia del espíritu es una sustancia simple e indivisible y por lo tanto eterna; y los que la rechazan dicen que en la vida psíquica sólo existe el cambio, el movimiento, el devenir, no una esencia persistente.

4º) Un cuarto problema especial de la metafísica que algunos lo consideran general, es el que se refiere al valor metafísico del Universo (Metafísica valorativa) cuya solución oscila entre el optimismo y el pesimismo.

Por fin, el conjunto de los problemas metafísicos especiales se ha ordenado en dos ramas suficientemente comprensivas: la metafísica teórica y la valorativa. Esta última se propone descubrir el valor inconmensurable de Dios. La metafísica teórica polariza, en cambio, su atención a problemas del sér, no del valor; considera la totalidad de los hechos como manifestaciones o apariencias de la "cosa en sí", haciéndose la siguiente subdivisión: a) Cosmología o metafísica de los seres inorgánicos y metafísica de la vida; b) Metafísica del espíritu o psicología racional (también metapsicología) que a diferencia de la psicología empírica no dirige su atención a los hechos de conciencia psíquica (sensación, percepción, asociación, etc.), sino que pretende llegar a un

principio metapsíquico; y c) la teología natural, que a través de la razón especulativa, no por los recursos de la fe, aspira a conocer la esencia de Dios. La teología natural o especulativa se distingue, pues, de la teología de la revelación.

* * *

El lector advertirá que los doctores Luna Arroyo no cerraron su exposición asociando las posiciones de cada escuela de los problemas generales entre sí y también con su correspondiente dirección dentro de los problemas especiales. No obstante, esa falta la suple por su cuenta cualquier lector atento, y si la señalamos es porque en tan metódica lección es visible hasta el más pequeño olvido.

En el siguiente cuadro puede apreciarse los problemas metafísicos y los puntos de vista que al respecto se han defendido.

A.—Problemas Generales:

I.—Al problema de la posibilidad de la metafísica como ciencia:

1. Dogmatismo.
2. Agnosticismo.
3. Criticismo.
4. Escepticismo.

II.—Al problema del método de la metafísica:

1. Racionalismo.
2. Intuicionismo.
3. Metafísica inductiva.
4. Psicologismo.

5. Biologismo.
6. Metafísica evolucionista.

III.—Al problema de la constitución íntima del universo:

1. En relación a la esencia (problema óntico).

- a. Materialismo.
- b. Espiritualismo.
- c. Hilésmorfismo (materia y forma).
- d. Vitalismo.
- e. Paralelismo metafísico.
- f. Doctrina de la identidad.

2. En relación con el número de principios:

- a. Monismo.
- b. Dualismo.
- c. Pluralismo.

3. En relación a la Ley de su desarrollo:

- a. Mecanismo.
- b. Naturalismo.
- c. Finalismo.
- d. Providencialismo.

B.—Problemas Especiales:

I.—Al problema de la esencia del sér supremo (Dios).

1. Politeísmo.
2. Monoteísmo:
 - a. Deísmo.

- b. Teísmo.
- c. Panteísmo.

3. Ateísmo.

II.—Al problema de la libertad metafísica:

- a. Indeterminismo.
- b. Determinismo.

III.—Al problema del alma (metafísica):

- 1. En relación con su inmortalidad:
 - a. Substancialismo.

- b. Teoría de la actualidad.

2. En relación a su capacidad esencial:

- a. Intelectualismo (la función básica del alma es la razón).
- b. Voluntarismo (la función básica del alma es la voluntad).

IV. —Al problema del valor del mundo (Metafísica valorativa):

- 1. Optimismo.
- 2. Pesimismo.

Andrés Bello; Nueva Edición de sus Obras

Por DOMINGO BUOCONORE
Santa Fe, Argentina.

En los tiempos que corren, duros tiempos de crisis moral y de preocupaciones materialistas, no es común el homenaje a los hombres de pensamiento y de acción civilizadora. La ingratitud, el olvido, la injusticia, en una palabra, son más o menos frecuentes y generales para los valores intelectuales. Los trabajadores del espíritu, bien se sabe, son los que verdaderamente gobiernan las sociedades y moldean el alma de los pueblos. La obra tesonera y silenciosa del educador, del escritor, del artista, del intelectual, del pensador, crea, por encima de grupos y de fronteras, un ideal de vida y de conducta, de sentido más trascendente que las realizaciones prácticas y los convencionalismos políticos de los gobiernos y de los Estados.

En América, por ejemplo, cada uno de sus países ha contado siempre con hombres representativos, verdaderos exponentes del espíritu continental, que han batallado incesantemente con la pluma y la palabra para legarnos el tesoro magnífico de sus ideas creadoras.

Algunos nombres adquieren significación universal y simbólica, como Hostos, Martí, González Prada, Rodó, Sarmiento, Montalvo, y Lastarria.

Glorificarlos es deber de patriotismo y de reconocimiento. Los pueblos se enaltecen cuando rinden tributo a sus pensadores y maestros. "Honrar, honra", ha dicho lapidaria y hermosamente un poeta americano. Es lo que acaba de hacer Venezuela con uno de sus hijos más ilustres: Andrés Bello.

El homenaje, decretado por el presidente Rómulo Gallegos en 1948 y continuado por las juntas de gobierno militar que se han sucedido hasta hoy, consiste en la publicación de sus "Obras Completas", publicación que pretende ser un "monumento de perpetuidad más sólido que el bronce y el granito", según el anhelo de la comisión editora, expresado en el prólogo general de la obra.

En presencia de los cuatro primeros volúmenes aparecidos, cuya distribución efectúa el Ministerio de Educación de Venezuela dentro y fuera del país, podemos afirmar, sin incurrir en hipérbole, que este alto propósito ha tenido una realización ejemplar. En efecto, las páginas de la vasta colección del insigne humanista americano, valen tanto por la calidad de su fondo doctrinario como por la belleza formal del texto que contienen.

La empresa de editar las obras completas de Bello constituye, pues, un acontecimiento extraordinario, digno de ser señalado en la historia cultural de nuestro continente. No, desde luego, por la novedad de la iniciativa, ya que, como se sabe, la República de Chile mucho antes había honrado la memoria del ilustre caraqueño con una publicación similar, en quince volúmenes, que vieron la luz del año 1881 —centenario de su nacimiento— a 1893. Posteriormente, otras tentativas se dirigieron al mismo propósito: una en Madrid, debida a la devoción entrañable de Miguel Antonio Caro, en una Colección de Escritores Castellanos que imprimía Mariano Catalina; y otra emprendida en Santiago de Chile bajo los auspicios de la Universidad. Ambas quedaron a medio hacer: de la primera sólo salieron siete tomos; y de la segunda, simple reimpresión de la colección de 1881-1893, alcanzaron a aparecer únicamente nueve volúmenes desde 1930 hasta 1935, ignorándose por qué razones no se continuó.

Ahora se inicia la edición venezolana, para cumplir "un viejo proyecto de la intelectualidad nacional y anhelo común de todo el país", según declara la larga "advertencia editorial" que figura en el primer tomo.

Al poco tiempo de haber comenzado sus tareas, la junta editora advirtió las imperfecciones y lagunas de las ediciones anteriores y decidió acometer una revisión sustancial de las mismas.

La edición príncipe, con todos los méritos que tiene —y no son pocos, pues ella se hizo bajo el cuidado amoroso y la competencia intelectual de los hermanos Amunátegui— adolece de graves fallas, tanto en la ordenación de las materias como en su presentación.

Por otra parte, esta edición había envejecido —lleva ya tres cuartos de siglo— y sus páginas exigían, por consiguiente, un examen atento y minucioso. Además, no era completa, ya que faltaban muchos escritos y algunas lecciones del texto carecían de fidelidad y autenticidad.

Estas razones indujeron a la comisión a emprender una investigación a fondo para dilucidar y resolver, a la luz de la técnica moderna, los problemas que planteaba una nueva edición. De esta manera, este organismo se convirtió en un verdadero instituto especializado en el estudio y crítica de la obra bellista. Contaba para ello con la colaboración espontánea y entusiasta de numerosos intelectuales de todos los países de América. Además, para facilitar la compulsa directa de las fuentes documentales, la comisión realizó una intensa labor heurística de rastreo y acopio de libros, manuscritos, reproducciones en microfilm y fotocopias. Logró, de este modo, reunir una vasta biblioteca y archivo que en el futuro podrán utilizarse como base para la creación de un centro de investigaciones de la vida y la obra del maestro venezolano.

El éxito de la empresa constituye un ejemplo admirable de cooperación espiritual y de síntesis de esfuerzos mancomunados para ofrecer a América el pensamiento de uno de sus exponentes más altos.

Además del valioso aporte auxiliar de asesoramiento, es justo destacar la labor realizada por los miembros de la comisión editora. Sus nombres constituyen, de por sí, una garantía de acierto. La integran: Rafael Caldera, presidente; Pedro Grases, secretario, humanista español residente en Venezuela desde 1937, quien

se ha dedicado al estudio de Bello y muchos otros aspectos de la historia y las letras venezolanas; y Augusto Mijares, escritor y sociólogo.

Las características y alcances de esta tarea aparecen expuestas en la introducción general. Para valorar debidamente el esfuerzo que ha demandado ésta, es necesario tener presente los múltiples problemas que suscita la edición de una obra tan extensa y tan variada como la que nos legó Bello.

En efecto, la lectura de los manuscritos originales ha sido penosa, no sólo por las condiciones de deterioro material de muchos de ellos, sino, también, por el carácter a veces indescifrable de la letra, de rasgos confusos y pequeños. A esta dificultad se agrega otra, no menos seria, derivada de las múltiples correcciones del autor. Bello era, como se sabe, un trabajador sin prisa, tenaz, reposado, que corregía y rehacía porfiadamente sus borradores. Y esto se advierte tanto en los manuscritos como en los trabajos impresos. Cuando estaba aún la tinta fresca en el papel, empezaba la interminable labor de autocritica y rectificación, ya en las mismas páginas, ya en largas banderillas de papel sucesivamente adheridas a los márgenes del texto. Por otra parte, una curiosa modalidad de trabajo del autor, entorpecía aun más la lectura de sus originales. Bello nunca se sintió urgido por afanes de publicidad. Muy al contrario, dejaba reposar por años sus escritos inéditos y luego los iba reelaborando en el curso del tiempo, de tal suerte que un mismo manuscrito ofrece, en algunas ocasiones, distintos tipos de letra mezclados desordenadamente. Tal cúmulo de enmiendas y agregados ha planteado a la comisión el difícil problema de las variantes de texto, las que han sido cuidadosamente analizadas y registradas en forma de notas.

Por último, debe tenerse en cuenta que muchas publicaciones de Bello, por escrupulo de modestia, han aparecido sin su firma, lo que ha suscitado delicados problemas bibliográficos. Los editores han debido proceder con cautela pues, para establecer, de manera incontrovertible, la paternidad y autenticidad de los textos dudosos.

En síntesis, destácase en esta edición la pureza y correlación orgánica de los textos, clasificados con un criterio más sistemático; muchos otros que habían permanecido ignorados, que no figuran en la colección de Santiago de Chile; y el "Epistolario" de Bello, formado tanto por las cartas escritas por él como por las que le fueron dirigidas, y que abarcará un par de volúmenes. En ese epistolario, que fué publicado fragmentariamente en algunas revistas venezolanas, se puede apreciar de manera más íntima la personalidad de Bello, como así también, la época, el ambiente y los escritores con quienes mantuvo trato, entre los que se hallan varios argentinos, como Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, Sarmiento y Mitre.

Estas "Obras Completas" se ajustan a un plan que consulta los escritos fundamentales del gran humanista caraqueño. Los trabajos principales están precedidos de un estudio preliminar de acuerdo con los siguientes criterios: qué significación tuvo la obra de Bello en su época, y qué sobrevive hoy de esa obra o cuál es la estimación que puede alcanzar en nuestros días. Así, el tomo de "Poesías", que es el primero, lleva una extensa introducción de Fernando Paz Castillo, poeta venezolano y profesor de literatura; el tomo tercero, "Filosofía", contiene un prólogo del filósofo español David García Bacca, catedrático actualmente de la Universidad Central de Venezuela; la "Gramática", que constituye el tomo cuarto, está precedida de un hermosísimo ensayo de Amado Alonso; y el tomo quinto, que versa sobre "Estudios Gramaticales", contiene una erudita monografía de Angel Rosemblat sobre las ideas ortográficas de Bello.

A continuación de los cuatro volúmenes publicados hasta ahora, aparece-

rán otros sobre crítica e historia literaria; derecho, política y sociología (sección que incluirá el "Código Civil de la República de Chile", que será publicado por primera vez en texto concordado); las obras de historia, geografía y ciencias; y, al final, el epistolario.

No se crea, sin embargo, que con ello quedará cerrada la obra, pues el proceso de investigación continuará su curso con la mira de allegar nuevos materiales. Teniendo en cuenta esto, la junta editora ha dispuesto la publicación de una serie abierta de "Anexos" para que pueda recogerse todo aquello que facilite la interpretación y aclaración del pensamiento de Bello. A ello se debe, también, que se haya acordado la edición de otros volúmenes, como una nueva biografía de Bello y la bibliografía crítica de él.

Se advierte cabalmente, pues, la magnitud extraordinaria de la empresa. Nada más lejos del propósito de la misma, que el deseo "de acumular tomos, fríos como bloques de mármol. El designio ha sido, por el contrario, más alto y fecundo. Se ha exhumado la obra escrita de Bello en una edición auténtica de sus textos, reanimándola en todas sus facetas con el soplo vigoroso de una nueva valoración, para que su pensamiento constructivo, su fe en los ideales y su conducta moral sigan iluminando los destinos de América y del mundo.

Sus páginas, ilustradas con eruditas glosas y láminas magníficas, renacen, como Fénix, de sus cenizas, para vivir de nuevo y enseñar a los hombres.

Por último, debemos referirnos a un aspecto aparentemente secundario de la obra, pero que tiene gran importancia y no ha sido descuidado. Se trata de la hermosa y sobria presentación tipográfica de los volúmenes. Es grato saber que la impresión de la obra ha sido confiada, después de una larga encuesta, a los talleres gráficos de la casa López, de Buenos Aires. Este hecho es indicativo del amplio espíritu de hermandad americana que rige las deliberaciones de la comisión editora, que coincide con el carácter continental de la vida y la obra del polígrafo venezolano. "A Bello —dice con acierto la referida comisión— no podríamos servirle con la mezquina postura de un patrioterismo cerrado. Ello sería desconocer su espíritu, borrar su figura, traicionar su lección, sepultar su mensaje".

Su mensaje, alto "exponente de un genuino humanismo americano", que tiene hoy sorprendente vigencia en muchos de sus aspectos, ha de difundirse de nuevo a través de las páginas de esta magnífica edición.

(Tomado de *Revista Interamericana de Bibliografía*.
Washington, D. C., Julio-Septiembre de 1954).

LA TRAGEDIA DE LOS PRECOCES

Por JOSE BRUIN

Las revistas ilustradas recibidas últimamente se refieren a un caso de precocidad psíquica de un niño apellidado Brian Van Dale que ha despertado la atención de psiquiatras y educadores.

Se está especulando mucho acerca de ese pequeño genio solitario (como le llaman líricamente) y los estudiosos en los campos educacionales hacen alrededor de su extraña personalidad las más diversas elucubraciones, exponen puntos de vista defensores de determinadas escuelas psicológicas, o bien vierten teorías recesivas en extremo o notoriamente vanguardistas.

Los unos se apoyan en las leyes psicogenéticas; los otros se basan en las doctrinas de Galton, Mendel y sus secuaces.

Resulta previamente indispensable conocer los procesos de la conducta de Brian Van Dale para analizarla objetivamente y desmenuzar desde un punto de vista psicológico y pedagógico las enseñanzas que de ella pueden deducirse para el maestro actual, cuya profesionalización está hoy tan apartada de la tradicional pedagogía empírica de antaño y analizarla como pieza de laboratorio experimental.

La moderna concepción del educador de nuestros días considera al niño en todos los procesos de la conducta como el ser compuesto de alma y cuerpo respondiendo normal o anormalmente a los estímulos del medio cósmico que le rodea.

Ese niño de ocho años que tiene casi el mismo coeficiente de inteli-

gencia que Einstein, constituye una página aleccionadora en la moderna pedagogía, la cual, sabiendo leerla, llegando a interpretarla eficientemente, habrá de marcar orientaciones decisivas en el concepto magisterial acerca de lo que es la precocidad infantil, las causas que la provocan y el remedio adecuado para combatirla en el supuesto, claro está, de compartir con nosotros que la precocidad constituye la presencia de la anormalidad en el medio escolar y consecuentemente en el medio social.

Los comentarios noticiosos que nos hablan del pequeño genio y qué se refieren al primer día de clases de Brian Van Dale, en una escuela de Lincoln, estado de Rhode Island, a los 6 años, fué casi desastroso. Al principio estaba más inquieto que los otros alumnos del primer curso, luego se mostró completamente aburrido y finalmente se levantó y salió corriendo de la clase. "No me gusta lo que enseñan ahí", dijo a su madre, con firmeza. Y ese fué el último día que pasó Brian en una escuela pública.

Esto era previsible. Brian no trató de hablar hasta los tres años, pero cuando por fin lo hizo, se dió a leer periódicos en voz alta. Cuando tenía 4 años, sus padres, de regreso a casa, encontraron sumamente nerviosa a la muchacha que acompañaba a Brian. El niño no sólo se puso a leer (en vez de dormir) el texto de biología de aquélla, sino que además se impacientó cuando la chica no pudo contestar las preguntas cuyas respuestas él ya había aprendido.

Después que Brian rechazó el primer curso, sus padres fueron a consultar a un psiquiatra de Boston. Los tests que éste hizo demostraron que el coeficiente de inteligencia del chiquillo era de 185 (los genios alcanzan a 140 y se estima que el de Einstein era de 192). El psiquiatra recomendó una enseñanza especial para Brian, y ahora, a los 8 años, está en el 10º curso de una pequeña escuela —Hamilton Country School— de Chartley, Massachusetts. Su profesor espera que Brian, que puede concentrarse en dos materias al mismo tiempo y entender ambas, y manejar una clase, quedará listo para ingresar a la Universidad cuando tenga 10 años. Entonces estará más maduro, pues ahora, con toda su extraordinaria brillantez, la mente de Brian ha dejado muy atrás su desarrollo social.

Todavía es un niño de 8 años fantásticamente más inteligente que la mayoría, pero, también, inevitablemente mucho más solitario que los demás.

Aunque la biología es su materia favorita y tiene un interés casi irresistible por todo lo viviente, también fascinan a Brian los objetos inanimados.

De acuerdo con el psiquiatra que midió su inteligencia, esto significa que se siente completamente cómodo con su osito de juguete y con ladrillos y cubos de construcción porque —contrariamente a lo que ocurre con la gente— no perturban su pensamiento.

Con su capacidad para concentrar-

se, Brian ha ajado dos diccionarios que hay en la casa y ha aprendido los alfabetos griego y hebreo.

Habiendo concluido sus estudios de física en el ciclo secundario, trabaja en el primer curso universitario de biología.

Para satisfacer sus necesidades, la escuela le permite preparar las materias de una en una. Brian tiene todavía caligrafía infantil, principales teorías que nos deslumbran, pero que mente porque durante mucho tiempo empleó una especie de taquigrafía de su propia invención. El profesor ha puesto ahora fin a esa taquigrafía, pensando que es tiempo de que Brian, que está ya en el 10º curso, aprenda a escribir.

Hasta aquí cabe observar a ese genio del cual nos hablan ponderativamente solamente en su parte externa, viendo la luz que se desprende cegadora como el paso de estos men en su corto recorrido desaparecen hundiéndose en la sombra de la muerte, del no ser, de la nada.

Porque no hay que olvidar que cada uno de los seres vivos, y en esto el hombre no se distingue de los demás, al ser lanzado a la existencia recibe un cierto impulso capaz de hacerle recorrer una especie de línea curva que groseramente pudiera ser comparada con la parábola que describe una bala al salir de un mortero. Según la fuerza de la carga se eleva el proyectil más o menos sobre el horizonte, después parece un instante como estacionario, comenzando luego a caer y precipitándose más adelante hasta chocar con el suelo y

quedar inerte. Por muy burda que resulte la comparación de la bala con un ser vivo, no deja de darnos una idea del impulso inicial que cada uno de los vivientes lleva al nacer, y de la curva que recorrería si nada viniese a mermar o a aumentar el impulso inicial.

En esta curva del ser vivo figurarían diferentes etapas o períodos cuyo conjunto formaría el trazado completo de la evolución; períodos de incremento, de apogeo, de decadencia, y por fin, la disolución de aquel ser viviente, reflejados en las diferentes edades de la vida: el crecimiento, el estado adulto, la declinación, la muerte.

Podrá objetarse que todo ser viviente encierra un principio de indeterminación; es de una manera, pero puede ser de otra; tiene plasticidad suficiente para adaptarse a condiciones y medios los más diversos y aun opuestos, mudando si es preciso para ello de forma y constitución. Así todo ser vivo varía constantemente, pero varía de dos maneras: en primer lugar por la evolución orgánica natural, por aquel impulso interno que le hace seguir las diferentes etapas de su existencia; y en segundo lugar por efectos de los agentes modificadores externos: aire, temperatura, elementos nutritivos, sensaciones, y en el hombre: sentimientos, ejemplos, educación, afectos, todo lo que constituye el medio en que vive, todo influye en la manera de ser, desviándolo en uno o en otro sentido del patrón que le correspondía a un tiempo determinado. No obstante, a medida

que vamos ascendiendo en la escala de los seres, parece disminuir esa plasticidad, esa ductilidad y maleabilidad del cuerpo vivo, por más que del todo no desaparezca nunca, ni aun en el ser que se halle en la cúspide de la escala zoológica; el ser dotado de razón y de vida espiritual, el hombre. Pero, y vamos a nuestro asunto, ¿es posible producir en el hombre un aceleramiento de su evolución como se produce una aceleración de ciertas plantas para que den frutos primerizos? ¿Cabe la prematuración del niño, o bien ocurre que si se da un niño precoz es más bien el resultado de una aberración de la naturaleza por causas incógnitas que obraron tal vez sobre los genitores o sus antepasados?...

Si observamos la conducta de nuestro pequeño genio citado veremos que éste actúa contrariamente a la norma de los niños de su edad. Actúa, bien puede afirmarse, como el adulto. Ante este hecho, no podemos olvidar que el niño no es un adulto en miniatura, sino un ser cualitativo y cuantitativamente diferente. Cuantitativamente es menor en peso, en talla, en fuerza muscular, en capacidad para el trabajo físico y mental. Cualitativamente el niño se distingue del adulto, no sólo por numerosos rasgos anatómicos y fisiológicos, sino por el carácter o naturaleza de sus actividades psíquicas. Según las opiniones antiguas, la transformación del niño en hombre se explicaba como un desplegamiento cuantitativo de gérmenes determinados, como un proceso de adición de propiedades. Así, por ejemplo, el ni-

ño no pensaba tan lógicamente como el adulto, ni actuaba tan precisamente como éste; sus emociones eran más fugaces, así como su atención, y su voluntad era más impulsiva que la del adulto.

El niño, en cada una de las etapas de su evolución es distinto de lo que era antes y de lo que ha de ser después. El medio que le rodea es extraordinariamente complejo, y para adaptarse al mismo necesita adquirir experiencia. La niñez le sirve para adquirirla. Es ésta precisamente la significación de la infancia del hombre. O sea que en el caso del niño Brian se han roto todas las reglas de la naturaleza, esas etapas maravillosamente regularizadas por la Biología y que constituyen el normal desenvolvimiento del decurso feliz de la vida humana.

Ante este hecho insólito cabe preguntarse: ¿Es feliz la existencia de ese genio que las Agencias y los periódicos ilustrados nos presentan como un regalo de la naturaleza? Yo creo que no. Y siento una infinita piedad y una infinita tristeza por ese y por otros niños, a quienes la sociedad y aun algunos padres y maestros muestran con orgullo, sin darse cuenta que tales niños sufren la tragedia de actuar como hombres, sin haber pasado por el maravilloso aprendizaje de la vida de los niños.

Recordemos los epígrafes que relatan la conducta de Brian: "Brian a la hora del almuerzo se queda en su banco comiendo solo". "Los mayores discuten problemas de la adolescencia". "Pasajero pensativo y diminuto, Brian se acurruca en un

rincón del ómnibus durante un paseo que hizo con sus compañeros a una finca vecina". "Estudiando solo, mientras los otros muchachos juegan cerca". "Brian lee un libro de texto junto a la puerta del granero"...

En un raptó de energía Brian corre sobre una vereda de la finca. Lleva en la mano una de las muchas piedras que recogió allí para su colección. Cambiándose de ropa, Brian, libro en mano, permite a su mamá que le ponga los pantalones. Antes de acostarse, Brian se recuesta en el sofá de la sala apoyando la cabeza en el regazo de su madre y lee a media voz un libro de biología.

Es decir, la actividad de Brian se reduce a estudiar, siempre estudiar... Con ello vemos que la naturaleza ha madurado antes de tiempo torciendo no sólo las leyes físicas sino más bien atropellándolas que es mucho más grave. El proceso del juego no ha sido cumplido por nuestro pequeño "genio" y con ello se ha infligido el curso normal de la conducta humana. Porque el juego es, como dice Buytentyk, un suceso prodigioso. Preside las manifestaciones de la actividad infantil y es para el niño de un interés vital tan inmediato como el hambre y la sed.

Juegan los niños impulsados por una necesidad que tiene su origen en el equipo de tendencias con que vienen al mundo todos los hombres. La distinción que establecemos los adultos entre el juego y la seriedad es muy diferente. Aun cuando el niño no juegue propiamente, su mundo siempre tiene caracteres de juego. En el caso concreto de Brian, ese esca-

moteo sufrido al no conocer los juegos infantiles, significa que tanto la sociedad como la misma naturaleza permanecen con él en estado de quiebra. Ese tipo de daltonismo moral que hace que continuemos indiferentes frente al referido problema, hace también que no comprendamos la vida infantil, porque juzgamos los actos de los niños como si éstos vieran en nuestro mundo.

El caso Brian presenta a los educadores nueva ocasión de meditación y de estudio. Y nos advierte el peligro de dejarse llevar por el impresionismo y por el halago de la vanidad que representa la presencia de esos niños prodigios a quienes yo les apellidaría más propiamente niños "frustrados".

Es hora ya de demostrar que la precocidad infantil en lugar de constituir un bien para la sociedad y especialmente para el afectado por ella (verdadera enfermedad tanto o más grave que la tuberculosis o la poliomielitis), significa un signo de decadencia y de muerte por corresponder a una esfera de la pedagogía patológica donde se confunden, a la vez que se encuentran por la ley del hegelianismo de los contrarios, lo mismo el genio que el idiota profundo, el superdotado que el inferdotado.

Cualquiera precocidad entra de lleno en el estudio de la pedagogía especial, porque apartándose de la norma general es causa de innumerables conflictos de la actitud del enfermo frente a la vida.

La precocidad, tanto física como

psíquica, es flor temprana que se marchita antes de tiempo, astro refulgente que deslumbra un momento desapareciendo en el ocaso, dejando

tras de sí la sombra de una negra noche, vida desgraciada y compleja de cuya cabeza pende amenazante la espada de Damocles.

MISS SANDRA 1930

Por LUIS GALLEGOS VALDES

1

En una de las terrazas de a bordo hay un grupo de pasajeros que se entretiene en ver cómo la quilla del barco va rompiendo suavemente las aguas del mar. Las olas lamen con sus picos verdeoscuros la línea de flotación. Una gaviota va y se posa sobre una enorme ola. De cuando en cuando se las ve reunirse en bandadas y perderse en el aire. Inmensidad del cielo e inmensidad de las aguas oceánicas. En esta tarde de junio ¡qué grato es echarse en una "chaise-longue" y dormitar con los músculos laxos, el espíritu distenso!

Otro grupo de pasajeros se entretiene jugando a las cartas. Los niños alborotan con sus carreras y travesuras. La mayor parte de las personas mayores lee o conversa apoltronada en las sillas de extensión. El médico de a bordo pasa conversando animadamente con Mr. Roberts, uno de los oficiales. Como ocurre siempre en un viaje largo, casi todo el mundo se conoce y trata con cierta familiaridad. Hay una familia alemana: el padre, la madre y cuatro muchachas. Algunos holandeses viajan también procedentes de Curacao. Se les ve siempre con sus pipas frente a los bocks de cerveza. Algunos yanquis, unos cuantos suramericanos y Fernando Granados, oriundo de una de las pequeñas repúblicas de la América Central.

Fernando Granados acaba de doctorarse y va a completar estudios

en la Sorbona. Hijo de familia muy rica, todo le sonríe. El café tiene buen precio y nada mejor que haberlo enviado a él, que tiene un brillante porvenir —en el foro y en la sociedad— a darse un baño de cultura, también de vida, sobre todo de vida, en el París de sus ilusiones.

El joven es serio y observador, pese al ambiente de molicie y de holgura en que se ha criado; pese también a los amigos parranderos. No ha perdido el tiempo estúpidamente. Tampoco se le ocurrió liarse con una querida como más de alguno de sus amigos, o entregarse de lleno a la bebida como lo han hecho los más de ellos. El trago y las mujeres, he ahí el enemigo, le decía con frecuencia su padre. "Cuidate, hijo, de la botella y de las faldas". Efectivamente, él supo seguir tan sabias enseñanzas. El éxito profesional no había que malograrlo. Una fortuna no se levanta todos los días en aquellas tierras donde los terremotos, las revoluciones y los precios del grano de oro con sus bajas dan de pronto al traste con familias distinguidas. No, él debe prepararse en Europa; saturarse de refinamiento, sacudirse el "bayunquismo" del país y pensar en la forma como va a iniciar su nueva vida en un ambiente completamente desconocido hasta ahora, si no es a través de vagas lecturas novelescas y de la información sumaria y superficial de otros ricos, que, al regresar de Europa, no le cuentan a uno más que de los cabarets y almacenes elegantes. Jamás se les oírán comentar nada interesante. Repiten casi todas las mismas frases hechas, los mismos juicios de confección sobre las costumbres de los franceses. Sobre todo del encanto de las francesas. Lo divertido del caso es que casi todos los centroamericanos que van a Francia juzgan a la mujer francesa no como ella es realmente, sino como se la encuentra en los lugares de vicio.

El innato buen gusto y asentado juicio de Fernando le hace contemplar, no sin cierta ironía, el espectáculo grotesco de gentes que pudiendo darse el lujo de una cultura, porque según él ha leído por ahí "la cultura es hija del ocio", cometen el pecado imperdonable de aprovechar su privilegiada situación en esas sociedades semif feudales, casi patriarcales, para holgar y divertirse, olvidándose que tienen una responsabilidad ante el país y que si quieren ser la clase rectora deben comenzar por amueblar la inteligencia y no sólo la casa. No se ha hecho nunca cuestión Fernando del origen de la herencia patrimonial. Señorito típico, sabe por instinto que si se escarba un poco en la historia de la mayor parte de las familias ricas, se topa con algo que no está claro en la adquisición de fincas, casas, haciendas. ¿Para qué analizar las causas de los contrastes que presentan aquellas sociedades del trópico? Háganlo en buena hora los sociólogos. Esto es peligroso para su tranquilidad. Más bien su propósito es afirmarse con el estudio en su personalidad de miembro de una clase. El se merece ser un doctor, viajar, disfrutar a sus

anchas del espectáculo del mundo. Su padre, que no tiene un pelo de tonto, si bien se crió en el campo y habla como campesino, aunque haya estado en Europa y en los Estados Unidos, ya le ha explicado muchas veces que los haberes patrimoniales hay que defenderlos no sólo con habilidad de negociante, sino con las armas del derecho. Por algo se tiene una situación espectante y se es respetado: el dinero es la clave de todo. Pero es preciso saber administrarlo. Estar en guardia contra las asechanzas de los que no poseyéndolo tratan de engañar y robar a los que lo poseen. Es una lucha de vida o muerte en la que hay que estar constantemente alerta como en la guerra. No es fácil ser rico. Cuántos no han derrochado tontamente el caudal familiar en torpes especulaciones, siendo engañados como niños. El está dispuesto a ser un representante digno de su clase. El sacrificio de su padre no será en vano. El volverá un día a su tierra. Las muchachas se lo rifarán. "Es un buen partido" dirán las mamás en los bailes mientras él, apuesto, elegante, sacará a las señoritas más bellas de la ciudad, entusiasmándolas con sus relatos de París, Londres o Berlín.

Fernando piensa en todo esto; la tarde va cayendo lentamente. Un día menos a bordo, se dice, y ya se ve en París paseando por los bulevares, mirando la vida extraordinaria de la gran ciudad en sus escaparates, en sus teatros, en sus paseos y enormes avenidas, en sus edificios majestuosos, en los ojos de las lindas francesitas.

2

Avanza el paquebote por el oceánico. Fernando consulta el mapa de singladura. Observa la distancia recorrida. Cada día Francia viene a él como una realidad que va creciendo, tomando contornos precisos, saliendo de una nébula. "Dulce Francia, dulce Francia" —se repite al dejar el libro o la revista a un lado y dejar que la mirada se espacíe en el horizonte igual, infinito. De vez en cuando un barco se cruza con el suyo. Alegría a bordo como si dos desconocidos se encontrasen de pronto en una tierra desértica. El humo que se pierde al poco rato de nuevo en el cielo, en el mar. Y la fácil meditación en torno a la grandeza humana que ha creado este hotel flotante donde se está tan a gusto. Envuelto en sus ensoñaciones, luego de echar el vistazo al océano, Fernando cae en delicioso sopor. Los pasajeros pasan frente a él, conversando; pasa el Doctor en animada charla con Mr. Roberts, el oficial; pasan las chicas alemanas alborotando con sus risas; otros pasajeros dormitan como él o leen estirados en las tumbonas. Pero, tras largo dormitar y ensoñar, despierta; se acuerda en este momento de que se acerca la hora del "five o'clock tea" y que es preciso ir al camarote a arreglarse. Fernando se despereza y se levanta.

En la terraza hay ya animación. Van llegando los habituales al té. Los músicos afinan los instrumentos. Entre un grupo de amigos está una joven alta, blanca, elegante. Pelo oscuro, vestido claro, con un gran sombrero blanco de alas planas y una pluma de avestruz. Es Miss Sandra, la norteamericana, a la que rodean el Doctor, Mr. Roberts, uno de los jóvenes ingleses que regresan de sus vacaciones en los Estados Unidos, y un diplomático sudamericano que ejercita el inglés siempre que puede. Todas las tardes Miss Sandra atrae a sus amigos con su simpatía, sus vestidos claros, sus maravillosos ojos negros. Las faldas le caen hasta la espinilla; lleva una pulsera en forma de sierpe y de su bolso saca la petaquera de plata y enciende un cigarrillo. El vestido de seda le ciñe el cuerpo. Los brazos blancos, largos, se apoyan en la baranda. La mano tiene un momento pensativa el cigarrillo turco. Luego se oye una carcajada armoniosa.

Miss Sandra es de California y viaja sola. La Sra. Malvina, la madre de familia alemana, la critica porque fuma. La gringa lo hace desafiando todo convencionalismo; pero como fuma con soltura, a los hombres les hace gracia su "sans facon" y su buen gusto por el tabaco de marca; más de alguno se ve en aprietos cuando le ofrece corrientes cigarrillos de Virginia y ella saca su linda petaquera con los cigarrillos turcos. El hombre se ve obligado a guardarse los suyos y a aceptarle en cambio a ella uno de boquilla dorada, de excelente sabor y humo aromático. Miss Sandra ríe más que habla. Una sonrisa suya cuando entra en el comedor, llena el ámbito, decapita prevenciones. Tiene el don de la sonrisa y sabe guiñar un ojo con inocente malicia para saludar. Su compañía es por eso tan agradable. Sabe "flirtear" y escucha los elogios de los hombres sin creerse. Es una mujer afirmativa, liberada. Ha estudiado y lee buenos libros y discute de política. Y, sobre todo, baila flexible, ondulantemente.

Mr. Roberts y ella son buenos amigos. Juntos se pasean por el puente de popa. Mr. Roberts fuma su pipa; ella fuma cigarrillo tras cigarrillo. Mr. Roberts le cuenta de sus diversos viajes y ella le narra cosas de su tierra; le habla de su vida en la Universidad de California, de las algaradas estudiantiles y sobre todo de deportes. Le gusta a ella evocar los grandes naranjales, las pomaredas inmensas. Ríos de naranjas, ríos de manzanas, todas iguales, bien cultivadas, que luego son envueltas en papel y colocadas, para la exportación, en cajas de madera. "No hay nada más agradable a la vista que esos mares de frutos de oro en primavera a los que el viento mueve con suavidad" —exclama Miss Sandra, dejando que su imaginación viaje hacia allá rápidamente.

Mr. Roberts es alto, musculoso, cenceño. Se pasea con una mano generalmente metida en uno de los bolsillos de la chaqueta azul, mientras

que la otra aprieta la pipa. Su rostro completamente rasurado muestra dos grandes arrugas que le bajan de la nariz y dan a su rostro cierta tirantez de máscara. Es joven pero su piel, tostada por los soles del mar, por los innumerables viajes a través del océano, aparece curtida y áspera. Su afición es el tennis y la ginebra; colecciona además estampillas. Con Miss Sandra, que tiene sus veleidades filatélicas, repasan el tema con frecuencia, y no es raro verle a él ir en busca de su álbum de sellos para mostrar sus últimas adquisiciones. El joven inglés, amigo de ambos, se les agrega y les toma de cuando en cuando una foto. Miss Sandra ríe y Mr. Roberts da largas chupadas a su pipa.

Cerca de ellos, doña Malvina y su esposo contemplan el mar. Doña Malvina ya se ha cansado de ver el mar y le interesa ahora observar a Miss Sandra por el rabillo del ojo para criticarla por lo bajo. Ella es una señora criada en la severidad pietista y esto de la libertad femenina la saca de quicio. Va envuelta en su chal de lana gris. Su marido es gordo y aparece siempre con una gorra y de chaleco, fumando un cigarro puro, mascullando el tabaco cuando se le apaga la lumbre y lanzando breves gruñidos en respuesta a las palabras, que a veces se le vuelven insoportables por lo insistentes, de su esposa. "Deja ya a la yanqui que haga lo que le dé la gana...", le dice. Y se endereza a una de las sillas de extensión para recostarse. Lo sigue su mujer un poco mosqueada de tener que abandonar su puesto de escucha. El matrimonio lee y cuida a las hijas que corretean sin cesar. Para ellos el viaje no modifica en absoluto las costumbres caseras, aburridas, uniformes.

El diplomático suramericano lleva un sombrero de Montecristi. Impecablemente vestido de blanco de la cabeza a los pies. Se enfrasca con uno de sus compatriotas en apasionadas discusiones sobre política local de su país. El, por supuesto, defiende al gobierno que le paga y premia con un puesto en Europa; esto es lo importante: lo demás es circunstancial. Agita los brazos, lanza exclamaciones, habla con locuacidad incontenible. Los holandeses levantan su tarda mirada de niños de los bocks de cerveza y lo miran como a uno de esos loros traídos de las colonias. Ellos prefieren beber y jugar.

Fernando ha llegado ya a la terraza. Toma asiento frente a una mesa. Inmediatamente un camarero se le acerca. Fernando pide un Martini seco. La orquesta calla un rato. Se oyen las voces de la gente: Miss Sandra ríe rodeada de sus amigos. Fernando la contempla. Está espléndida la gringa con su collar de perlas, con su sombrero alón, con su ademán de mujer deportista. ¡Qué distinta ella de sus paisanas: tímidas, inseguras. "Nuestras mujeres, piensa, son inermes ante la vida..." Fuera de las monótonas tareas que les enseñan en los colegios: coser, bordar, cocinar un poco, no sienten curiosidad si no es por el novio que ha

de desposarlas. ¿Cómo será éste? ¿Guapo? ¿Feo? ¿Más o menos rico? ¿Las hará dichosas o desdichadas? Pasan años con las monjas y salen completamente inadaptadas al medio en que les tocará vivir y actuar. Recuerda aquella tarde en la pequeña ciudad provinciana. Había ido a ella acompañando a un amigo que estaba enamorado de una chicuela de un colegio de religiosas. En las calles empedradas, sólo un carruaje saltando sobre las piedras. La hierba creciendo en las aceras de laja. ¡Qué tristeza en el ambiente y qué fastidio más denso, más pesado! Las chicas cruzaron el parque rumoroso de árboles, seguidas por las monjitas. Su amigo y él se hicieron los encontradizos y el primero cambió una expresiva mirada con su novia. Y eso fue todo. ¿Amor romántico eso? El no creía en esa clase de amores. La implacable separación entre muchachas y muchachos traía como consecuencia un desajuste en el trato, una desconfianza mutua y, en los hombres, la evasión hacia la copa y las mujeres venales. Ni una experiencia auténtica, de tú a tú con la mujer de la misma clase. Siempre la barrera insalvable, el prejuicio, la tontería ambiente. Miss Sandra era lo nuevo, lo franco, lo sano. Ella simbolizaba a la mujer de la postguerra dispuesta a afirmar sus derechos.

La figura de Miss Sandra tiene por fondo el mar y la tarde; la tarde, el mar y la música. La terraza resume el pequeño gran mundo del trasatlántico. Y Miss Sandra es para sus amigos el centro de atracción de la fiesta. Baila con unos y otros. Se inicia un vals. Miss Sandra lo bailará con la misma seguridad que los foxes y otras piezas de moda. Su cuerpo alto, fino, lleno de "souplesse"; su vestido claro, su sombrero de alas anchas, el desmayado ademán de su brazo sobre el hombro del Doctor y el movimiento de su pulsera —todo en ella es personalidad, plena, irradiante, magnética. ¿Por qué esta muchacha que viaja sola se siente tan segura? Es que en su país, piensa Fernando, la mujer constituye una fuerza. Ella manda. "Los Estados Unidos, según le ha explicado un amigo educado allá, son un matriarcado..." Claro, Miss Sandra irá por el mundo sin preocuparse del amor, del sexo contrario, riendo cuando le digan un piro-po, dueña de sus actos. Mandará a paseo al inoportuno; acogerá con su guiño sonriente al caballero maduro que se le acerque galante; atraerá, como sólo las mujeres seguras de sí mismas saben hacerlo, al jovenzuelo incipiente.

Ahora Miss Sandra sale a bailar un tango. Ha cambiado de compañero. Tenía que ser el diplomático sudamericano quien la invitase. La orquesta toca "El choclo". Recuerda Fernando haberlo oído antes. Es un tango que le remueve —no sabe él por qué— cierto poso sentimental. La gringa y su "partenaire" se lucen ante la mirada de los espectadores. Las parejas les abren paso y, finalmente, les hacen rueda. Los danzantes se desplazan con movimientos rápidos, apasionados. Ella se inclina hacia

atrás, cimbreante, flexible como un junco. "El junco pensativo de Pascal, piensa Fernando, transformado en una bella mujer, indiferente, pero segura de atraer las miradas..." El diplomático está en sus glorias. Su obsequiosidad habitual, sus sonrisas, sus discusiones a gritos, se olvidan al verlo atacar un paso difícil, girar con Miss Sandra violentamente, conducirla por el piso como se llevaría a una flor delicadísima y opulenta a la vez. Fernando piensa en esta otra imagen vegetal. Hijo del trópico, para él las mujeres son frutos, flores, lianas; a veces son profundas y peligrosas como la selva. Y Fernando echa un vistazo al mar, tan profundo y peligroso también.

3

Mr. Roberts, el Doctor, el diplomático y Fernando se alejan del bullicio de la terraza donde la orquesta ameniza la tarde, para ir a tomar unas copas al bar. Invita Mrs. Roberts, quien siéntese un poco anfitrión. Lleva a sus amigos a una mesita. No lejos de ellos están los holandeses consumiendo su invariable cerveza, fumando y cambiando cartas. El diplomático y Fernando comentan a voces el último baile.

—Usted se ha lucido, amigo.

—No cabe duda de que la yanqui es estupenda, ¿no le parece?

—Estoy de acuerdo con usted. La yanqui es magnífica, superior.

—Y baila como una gitana. Me encanta esa mujer. Su elegancia, su apostura, su aplomo, sus perfumes, sus sombreros, todo. Tiene un cuerpo recio y delicado a la vez... El sport, mi amigo, el sport. El sport y la dieta. Nada de adiposidades. Músculo y gracia nada más.

—Una diosa, le interrumpe Fernando.

—Sí, señor, una diosa, remacha el diplomático, echando una bocanada de humo y volviendo la vista hacia atrás como queriendo buscar la figura de Miss Sandra perdida en la terraza y entre las notas saltantes de la orquesta.

Mr. Roberts aprueba con un movimiento de cabeza las palabras de los dos entusiastas. El Doctor sonríe sin decir nada, masticando el habano. Brillan sus ojos tras los lentes al oír el nombre de ella. Es alemán, calvo y moreno. Un alemán bávaro y católico. Siempre se le ve pasear en silencio por el puente, leyendo. Parece un clérigo empeñado en sus oraciones. Mr. Roberts y el Doctor suelen conversar con los dos latinoamericanos. Jorge Barrera ha servido a su país en varias partes del Continente. Es un hombre de unos treinta y cinco años, muy preocupado de la sociedad de buen tono, de los tabacos finos, de los pañuelos. No se le puede llamar culto en el sentido pleno de la palabra, pero se permite opinar sobre literatura y arte y pretende conocer de navegación mejor que Mr. Roberts.

—Chico, estos "gringos" me cargan con su lentitud, le dice a Fernando al oído. Mira a esos holandeses, parecen morsas, ¡qué fastidio pasarse la vida ingiriendo toneladas de cerveza y dándole a la baraja! Jorge gesticula cuando habla y le echa a Fernando el brazo sobre el hombro. A Fernando le simpatiza este hombre que habla de todo y a propósito de todo, a veces sin saber lo que dice; pero lo hace con tal desenfado, que aun en el peor de los apuros, sabe que Barrera se saldrá con la suya a fuerza de hablar.

—¿Te gusta la gringa, muchacho? Confiésalo. Atrévete. Al toro bravo, a los cuernos. Yo te confieso también que me gusta una barbaridad; pero aunque se ríe de mis cosas y me celebra mis cumplidos, bien echo de ver que le importo un pepino... ¿Sabes que Miss Sandra ha seguido un curso de periodismo? Escribe tan bien como baila. He leído sus impresiones de viaje. Creo que sólo a mí me ha confiado su diario... a lo menos en lo que se refiere al paisaje exterior; que el paisaje interno, el secreto, es decir, dónde está su preferido, esto, imposible averiguarlo. Es muy ladina, no suelta prenda. Pero, ¡qué encanto de chica! Has visto, me he lucido con ella.

Fernando quisiera tener un poco de la frivolidad locuaz de Barrera. Junto a él se siente mudo. El otro le quita la palabra cuando trata de redondear una frase, de explicar algo. Barrera salta al momento y sigue él por su cuenta como si tuviese a Perico de los Palotes enfrente. Al principio esto enfadaba un poco a Fernando, mas ya se ha convencido de que Barrera es incontenible y que así es con toda la gente. Locuacidad a toda hora, conversación inacabable con quien topa, sonriente banalidad, superficialidad simpática, inofensiva. Mr. Roberts consulta su reloj de puño como aludiendo a lo precioso del tiempo que corre en fútiles palabras. A él Miss Sandra —no obstante ser su amiga— le tiene sin cuidado.

—Señores, les dice a Fernando y a Barrera, se trata de tomarse un trago, no de Miss Sandra.

—Tomémoslo a su salud, exclama inmediatamente Barrera, animado por la frase intencionada del oficial.

—Bien, dice éste, pero sin hablar de ella...

—¿Por qué no?, dice Fernando tímidamente, como esforzándose por cumplir con un deber caballeresco.

—Brindemos por Fernando y Miss Sandra, grita Barrera alzando su vaso de *whisky and soda*.

Cuatro vasos tintineantes se alzan como en pleito homenaje a la ausente. En el ámbar de la bebida, sobre los cubitos de hielo, se quiebra la luz eléctrica, que acaba de ser encendida. Los cuatro hombres callan ahora, pensando unos en Miss Sandra —sus admiradores— y otros en el "roast beaff". En efecto, acaba de oírse el gong anunciando la cena.

CUNNINGHAME GRAHAM

La pasión de espacio

Por FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI

I. LA PAMPA DE LOS VIAJEROS

En los ojos pequeños y oscuros, que las mejillas descarnadas y los pómulos levantados parecen hundir más aún en sus cuencas, ha quedado grabada la visión de los jinetes en la Pampa: "Centauros delante del Señor, torpes a pie como caimanes embarrancados; tenían, sin embargo, agilidad de relámpago cuando era necesario". El *laird* escocés rememora, después de más de cuarenta años, aquellas impresiones que a él mismo le tocó vivir. Era un joven, venido a América en busca de aventura, su móvil; aunque para las decaídas rentas de la casa y la intención de los padres ese viaje en el *Patagonia*, en 1869, tuviera el dorado nombre de fortuna. Venía a la Argentina, al Río de la Plata como la llamaban en ese entonces; a la estancia de unos compatriotas, para comerciar en ganado o ver lo que se podía hacer en estas tierras. Dos espuelas lo incitaban, podríamos repetir con un poeta napolitano del Seiscientos: la poca

edad y el prepotente amor a lo desconocido. Sólo que la poca edad fué avanzando en este varón intrépido, y la larva de la aventura, depositada en él por la abuela española, cobró alas que le rasgaban, con una comezón imperiosa, esas paredes del alma demasiado realista, crítica, siempre insobornable. Cunninghame Graham describe a los gauchos: "Al cruzarse se gritaban un saludo; si la distancia era demasiado grande, sacudían la mano levantada en señal de reconocimiento, y se hundían en la llanura, como barcos en el mar; primero desaparecía el caballo, luego el hombre, el poncho y por último el sombrero; parecía que las ondas de paja se los tragarán..." Así se nos ocurre verlo a él mismo con ese otro gran contemporáneo suyo, Guillermo Enrique Hudson: como barcos saludándose en alta mar. Uno en el Londres de cielo sucio por las chimeneas, y el otro en la Pampa, a caballo, sobre las altas yerbas; en un lapso en el que aun ni siquiera se conocían. Pero ambos hermanados por esa co-

munión de naturaleza que hizo que el uno la abandonase para poder evocarla desde su desposeída libertad, y el otro cruzárase en el espacio, más afortunado, en busca de una Arcadia de la que podía volver a su siglo, como de un *week-end* admonitor para la salud del hombre.

En Hudson la aventura nunca tuvo retorno; como esos objetos naturales a los que la fatalidad les fija una forma, el ser adánico que había en Hudson se desplazó —piedra o árbol— para caer en otro lugar donde proseguiría su destino. El poder de contemplación lo abstraía, dondequiera que estuviese, sumergiéndole en un goce propio, singular, en una especie de alegría radiante por la que se sentía vivir, él, tan solo y pobre, como si dispusiese de todos los bienes de la Creación: "...sí, libre hasta de los placeres de la vida", le confesaría más tarde a su amigo. Este, Cunninghame Graham, posee otra tonalidad de espíritu. Se diría que está más al nivel de los hombres, que es su tónica la simpatía humana; mientras que Hudson mira más arriba, sólo a los pájaros y al encaje de las ramas dibujado por la luz, o más abajo de sus pies, a la brizna de pasto que lo obliga a tenderse para observarla y advertir la mínima existencia de insectos y seres olvidados que lo conmueven. El alma de Hudson vagabundo podría identificarse, acaso —en este balance de aproximaciones y diferencias que intentamos—, con aquel deslumbramiento o ilusión infantil que lo llevó a tomar por ángeles a esas criaturas de vuelo rosado, los flamencos, que por primera vez veía. El "impetuoso y pelirrojo" Cunninghame Graham —para usar los adjetivos que se le aplicaron en 1888, poco después de su actuación como diputado— tenía, en cambio, alma de señor o mejor aún de caballero andante, sobre todo por su altivez ("Nunca retiro nada", como rezaba su famosa frase en el Parlamento). Pero de señor o caballero andante al que le gustaba compartir las penurias y el riesgo de los desheredados, intervenir en esa hazaña que consiste en probar la fuerza física, lu-

chando contra los elementos; poner a prueba la destreza, esa esgrima de la inteligencia en la que el hombre se torna maestro de sí mismo y para la cual se requiere coraje, extraña y suprema ecuación de "individualidad intensa y desprendimiento", calidades que supo ver Hudson en su amigo el noble, *el no coronado* señor de Escocia.

Roberto Bontine Cunninghame Graham de Gartmore fué, antes de los veinte años de su vida, un gaucho más entre los gauchos; él, el hidalgo, se volvió tan anónimo como ellos, vióse arrastrado por una partida revolucionaria y aprendió en la escuela salvaje de los degüellos de animales y hombres esa lección cálida e inolvidable de jugar la propia sangre para merecerla. Tuvo que dorársele la piel, fortalecerse los músculos y adquirir esa agilidad felina y dominio de sus sensaciones que hacen del hombre de a caballo de nuestras Pampas la encarnación bárbara de uno de aquellos semidioses mitológicos cuyo desafío a los poderes ocultos y latentes han deslumbrado siempre a la imaginación. Al cabo, ésta posee también la libertad del sueño que, como el de Jacob, se convierte en escala de ángeles y es violencia contra las puertas celestes.

II. EL PERSONAJE INCREIBLE

Una y otra vez atraído por estas tierras, en las que aprendiera "a tirar el lazo y las boleadoras, a montar de un salto, a resistir los rigores del calor y del frío" en la soledad de sus llanuras, Cunninghame Graham iba a recoger experiencias durante su vida en tres, por lo menos, de los cinco continentes, y llegaría a conocer palmó a palmo sabanas, esteros, selvas, montañas y ríos, escenario del hombre de todas las latitudes y mapa del alma humana con todas sus anfractuosidades y destellos. Pero su espíritu no era el de un conquistador, a la manera española, ni el de un filibustero o aspirante a amo. Si las empresas eran comenzadas aparentemente, o a lo menos revesti-

das para los ojos de los demás, por un afán de acrecentar sus recursos —como el comercio de caballos que intentó cierta vez, trasladando una tropilla desde la campiña uruguaya al Brasil, o estableciéndose más tarde en una ya arruinada hacienda de las Pampas del Sur— pronto veíanse frustradas por esa racha a la que ni siquiera podría ponerse un nombre o cargársele una culpa, pues se trataba de elementos, de circunstancias que emanaban de una naturaleza virgen a la que él, en el fondo, no quería dominar sino acercársele amigablemente, entenderla, dejar que lo envolviese en su abrazo hondo y cruel de Lincomilla que, al fin, retornaría a sus desiertos, a su salvaje existencia que era preciso amar, antes que pretender, neciamente, modificarla. Lo que Cunninghame Graham quería que cambiase era la atmósfera mental del europeo medio, la opinión política y moral del hombre que se creía civilizado porque despreciaba a los indios del Nuevo Mundo, ya sea aprobando su exterminio, como en el caso de los Sioux de Dakota del Sur, o infatuándose de la “victoria gloriosa” de las tropas blancas sobre los indios nativos de las colonias. Su palabra, entonces, se tornaba sarcástica, vindicativa, como en sus famosas cartas al Daily Graphic —entre ellas la titulada “Danzas de fantasmas”, tan admirada por Hudson—; se convertía en el defensor de unos fueros cuyos rigores a él mismo le había tocado soportar, en el Adelantado de una inocente y ruda barbarie. En su elocuencia parecían hallar voz todo el silencio y la soledad contenidos en esas comarcas desde el primer día de la Creación. Con esas matanzas innobles “la majestad de la civilización quedará vindicada —decía—; se habrá logrado un paso más hacia la fealdad universal”. Y no era sólo la palabra o la pluma lo que empleaba este joven aristócrata socialista, este vehemente parlamentario que poseía todos los recursos: los del señor sin vasallos y advenedizo a ninguna corte, los de hombre que citaba a los clásicos en sus fuentes y narraba las excelencias

del caballo, como un gaucho con su tema en las pulperías del Sur; también había sido cow-boy en el Norte y sería más tarde explorador en Marruecos y buscador de minas inhallables en Galicia. Empleaba, además, para jugarla, su propia libertad en las luchas por la independencia de Irlanda, afrontaba a la policía en la “batalla” de Trafalgar Square y la prisión en Londres, abogaba por los mineros de Escocia y demostraba a toda hora, en el Parlamento y fuera de él, que estaba solo y era dueño de sus actitudes, aunque el socialismo lo tuviera por suyo. Bien dijo G. B. Shaw que había tomado lo principal del libro *Mogreb-El-Aksa* —relato del viaje de Cunninghame Graham por Marruecos—, protagonista y ambiente, para su *Captain Brassbound's Conversion*, pero que no hizo de él el héroe de su obra “porque un personaje tan increíble hubiera destruido su verosimilitud”. Y Hudson, el contemplativo, afirmó en una carta su asombro: “Para mi alma enferma, es casi demasiado plena su vida, demasiado amplia y grande su actividad, demasiado vasto su alcance en este planeta...”

Esa desmesura de proporciones parecía levantar un aura de irrealidad en torno a Cunninghame Graham. Es que empezó temprano su tarea de honrado aventurero, y durante el curso de una larga vida iba a emplear a fondo ese color, como si se hubiera propuesto ser el héroe indudable de una novela fantástica que se llamaba la propia vida. Sin embargo, sus sencillos amigos de la Pampa, Angel Cabrera, Pancho Pájaro o Exaltación Medina, hubieran sonreído “con aquella sutil ironía de los gauchos, que no deja adivinar si hablan en serio o en burla”, si alguien alguna vez les asegurase que Cunninghame Graham no era un hombre como ellos, a su nivel; sólo que no le gustaban ciertas mañas de su capataz Cabrera, como la de marcar el ganado mostrenco... Le reconocía, eso sí, sus méritos en la guitarra y los refranes.

En ese escocés acriollado, que era Cunninghame Graham, todos habían visto

a su igual; ni siquiera se daban cuenta que los observaba, admirando su precisión y delicadeza cuando doblaban la rodilla y pasándola sobre la mitad del recado, sin apoyarse en el estribo, "quedaban a caballo, con la facilidad con que resbala una gota de agua sobre un vidrio, y sin hacer más ruido"; o cuando, después de hacerlas girar sobre su cabeza, lanzaban *las tres Marias* ⁽¹⁾ para cazar aves-truces, a la carrera desenfrenada de un petro "con boca como de seda", tal como no hubiera soñado jamás ningún jinete en Europa. Cunninghame Graham amaba esa vida ruda, de goces crudamente varoniles; sus ojos rápidos sabían analizar y valorar las proezas del gaucho en el rodeo; la paciencia y la maestría que implicaban el arrear ganado, tumbar la res, marcarla, o desjarretar a la más bravía en ese sacrificio húmedo y salvaje de la Pampa. También sabía observar el repentino furor, las pupilas inyectadas de sangre, los horrendos juramentos que interrumpían una payada —en la que el cantor prolongaba su voz con ceceadores falsetes—, y el duelo impensado, silencioso, que "desgracia" a un hombre, o aquel otro "a primera sangre", simplemente, como si se tratara de una apuesta. La calma que sucedía a esas tormentas en el alma del gaucho le recordaban las horrascas en el mar, y los despojos que brillan al sol sobre la playa desierta. Parecía dibujar en su memoria todos esos movimientos, esas escenas de un paisaje humano y físico en el que se encarnaría para siempre la Ruritania ideal de sus años maduros, la de sus más queridas sensaciones. Porque los sentidos en Cunninghame Graham se mantuvieron larga y plenamente despiertos. El vió en un rancho, a orillas del Yí, bailar el tango y otras danzas pampeanas, como lo recordaría más tarde en un relato, y las actitudes que reflejan sus palabras valen casi tanto como las líneas que podría dibujar un pintor que, además, comunicase la at-

mósfera sentimental y agreste, la circunspección de esos hombres incultos y la gracia primitiva de esas mujeres en un salón de baile con piso de tierra dura: "Los hombres se alzaron, y quitándose las espuelas, se retiraron al rincón de la pieza, donde las mujeres se habían amontonado como para protegerse las unas a las otras, y con un cumplimento las trajeron al espacio destinado a la danza... las ropas sueltas les daban a los movimientos del gaucho, cuando giraba con su pareja, un aire de desenvoltura y facilidad, en tanto que los ojos miraban por encima de los hombros y las caderas se balanceaban de un lado a otro".

III. TESTIGO Y PROTAGONISTA

¿Y qué mejor cuadro de conjunto, parecido a un film, por el relieve del primer plano de los personajes y el fondo sonoro de los animales en la selva, los árboles gigantes, coronados de flores brillantes —ese "Laocoonte vegetal, luchando por su vida"— y las tonadas quejumbrosas que acompañaban a los ejércitos paraguayos, todo un pueblo famélico en su éxodo con Francisco Solano López, el déspota del hundimiento? Pero su paleta y su retina poseen también otros colores, y su oído percibe más sutiles matices. Describe en el Chaco paraguayo una función litúrgica, del culto que sobrevivía a la expulsión de los jesuitas, con la entrada de los fieles en el humilde templo: "...sus pies descalzos, de plantas tan duras como la suela, producían un extraño ruido de aleteo en el piso de madera de la iglesia, tal como el que produce un caballo sin herraduras al galopar en terreno blando"; la hamaca, a la que el hombre imprimía su vaivén tocando el suelo con la punta del pie descalzo; las mujeres paraguayas, vestidas de blanco, en largas filas filtrándose a través de los bosques, como si hubiera cobrado vida la procesión de un vaso etrusco. Pero, por sobre todo ello, Cunninghame Graham es el autor que fija un imponderable del sentimiento sorprendido en estas llanuras del Sur. Tal es el que aparece reflejado en su relato *La Cautiva*: Lincomi-

(1) *Baleadoras*: arma indígena de los gauchos, para caza y combate, consiste en tres tientos de cuero crudo, unidos por una manilla, en cuyos extremos hay tres grandes piedras.

lla es una cristiana, Nieves, que robada por los indios en un malón es rescatada por un blanco —un extranjero, como Cunninghamhame Graham— y comparte su vida y su amor, en el que ella es la seductora; hasta que decide abandonarlo, poco tiempo después, y él acepta, porque significa volver a una existencia con la que ya estaba identificada, aunque sufriese; atender al llamado de una naturaleza materna, de una entraña que no podía desoir su reclamo fatal. Lincomilla es una figura memorable; una de esas páginas que, mejor conocidas, equivaldría a la fijación de un mito, al nacimiento de una leyenda.

Cunninghame Graham para forjarla, cuarenta años después de sus experiencias en la Pampa, debió abrir paso en su alma a ese doble femenino sin el cual el varón no comprende más que una mitad de lo humano. En el denso interregno había ocurrido su encuentro con Gabriela, el matrimonio, la vida en plenitud y la muerte de su compañera, la amiga inteligente, sensible y animosa. “Los muertos abren los ojos a los que siguen viviendo”, hizo grabar Cunninghamhame Graham en la lápida que cubre los restos de Gabriela en su tumba de la isla de Inchmahone, en el centro del lago de Mentheit. Acaso ella habrá abierto los ojos al hombre inabordable, cerrados antes a esa tonalidad del sentimiento que sabe perdonar y sufrir, porque entiende la culpa abstrayéndola de la virtud. Ese mismo rasgo que recuerda A. F. Tschiffely en *Don Roberto*, de fumar un cigarrillo a solas ante la tumba de su mujer, porque ella se lo había pedido, revela una filiación precisa de la sutileza moral, íntima, de Cunninghamhame Graham. Quien es capaz de mantener un pacto de cosa tan nimia —importante como el emblema de un escudo— es también capaz de comprender lo que a veces parece incomprendible, aun para el hombre culto: la grandeza de los actos gratuitos, aquellos que nadie exige ni recompensa nadie, y por los cuales vela tan sólo el respeto a sí mismo, la fortaleza silenciosa del donante. Al reeditarse el libro de Gabriela, *Santa Teresa*, Cunninghamhame Graham dejó

escrita su convicción de que el amor valdrá más que la fe, el día en que se ajusten cuentas; porque “donde está el corazón también vive la palabra”. Podía asegurarlo, aunque no se remitiera a la autoridad del Apóstol sobre la mayor de las virtudes, quien, como Cunninghamhame Graham, había hecho de la sinceridad su divisa y de la simpatía y el interés humano su móvil en la aventura de la vida.

Los libros de viajes, que los extranjeros que nos visitaban escribieron en el siglo pasado, aunque no pertenezcan a la literatura argentina, por el idioma y la nacionalidad de sus autores, forman parte, sin embargo, de la suma de bienes que constituye nuestro patrimonio cultural. No es sólo el tema, la descripción del medio físico y costumbres de los habitantes de estas tierras lo que buscamos en ellos —especialmente en los de los viajeros ingleses—; sino esa desapasionada visión, ese espejo en el que se refleja no lo que queremos ser, a veces tampoco lo que somos; buscamos, en cambio, saber cómo es nuestra apariencia, cómo nos han observado esos ojos, cuyo matiz de alma extranjera confería una luz distinta al objeto que miraban. Tal es el mérito principal de esos documentos de viajeros, testigos de una circunstancia y protagonistas a la vez de sus propios libros. La diferencia que existe entre el testigo y el protagonista podríamos, acaso, establecerla con las palabras de Cunninghamhame Graham cuando decía: “Pensad en la vida sin acontecimientos a que se condena quien vive de la literatura. Otros predicán, rezan, estafan y mienten, pelean, explotan, inventan; arriesgan sus vidas o navegan por los mares. Mientras éstos están activos, el escritor, sentado a su mesa, se devana los sesos”. El, el escritor negligente, concibió hacer con la materia huidiza de sus días ese libro inolvidable de viajero que buscaba espacio, hallándolo muy pronto en estas llanuras, en el significado de la voz quechua *pampa*. ⁽¹⁾ Por eso fué el jinete afortunado.

(1) Espacio, tierra extendida.

IV. EL JINETE AFORTUNADO

Denominación que podría parecer pálida, o abusiva, si se la contempla desde una de las raíces entremezcladas con su estirpe: la de su madre, nacida en aguas venezolanas, la de su abuela, gaditana, sangre de esa España de Conquistadores que compraba títulos de nobleza, pero más que con su dinero, con el coraje indómito de su sacrificio, de su fatiga hasta la muerte. La gota de imaginación siempre cae a los hombres por la rama materna. Porque es la hembra la que conserva el rescoldo, la que transmite la vida que el varón juega y derrocha con más belleza y sin tanta voluptuosidad. O acaso con una voluptuosidad pura, partícipe de la del niño, ya que cree, como él, que el juego puede recomenzar; esta vez con la gloria del nombre y las hazañas.

Desde ese plano ancestral, que se refleja en las admiraciones —Valdivia, Cortés, Pizarro y toda la galería de Conquistadores, capitanes, soldados y cronistas, Bernal Díaz del Castillo, Alonso de Ercilla, y la documentada afición de los mismos por sus caballos, “a quienes, después de Dios, debimos la salvación”— todo ese vasto panel que Cunninghame Graham traza nerviosamente en sus libros y que acaso no valgan tanto como utilización erudita de papeletas históricas, sino más bien como biografía por interpósita persona o buceo psicológico en procura de identidades remotas, de modalidades humanas que encuentran su marco en un paisaje determinado; desde esa perspectiva, es necesario puntualizarlo, íntima en el escritor, imponente para el lector (en quien los pormenores se magnifican hasta adquirir la autoridad de los personajes), denominar simplemente a Cunninghame Graham *el jinete afortunado* puede parecer caprichoso: sólo un abuso al que nos lleva su proximidad temporal. En el prólogo a *Los Caballos de la Conquista* Cunninghame Graham, con esa zumbona ironía, mezcla de respeto y desprecio que suele denunciar las más ocultas surgentes de la conducta, se adelanta a llamarse a sí mismo *memorialista*, redactor de una

crónica o tratado sobre esos compañeros, no tan anónimos, del soldado en estas tierras, aquellos por quienes, en sus pasos, entraron en la historia de América. “También yo soy conquistador”, dice, recogiendo a su modo la satisfecha burla; “no porque alguna vez haya conquistado nada, ni a mí mismo”, sino porque se proyecta en esos hombres de otras centurias, calza sus pies en la huella heroica, y a medida que los contempla, desde la quietud de la hoja en blanco, vive la doble vida de protagonista y testigo —que tal es el privilegio de quien escribe como él— en las comarcas cuyo terreno puede relevar paso a paso. Por eso es el jinete afortunado: el que asistió a la fiesta del Descubrimiento después de inaugurada; el escoliasta de los cronistas conquistadores; el juglar que celebra los gozos de nuestra América; el que abandonó las Cortes para mezclarse con el pueblo y el gaucho anónimo, para ser uno de ellos, sin olvidarse de la gracia del canto, para lo cual es primero la mirada sensible. Cunninghame Graham descende de su genealogía escocesa, de su turbulenta identificación española y se instala, sencilla y naturalmente, en la pampa; sin más ruido que el de una gota de agua sobre un vidrio, tal como los jinetes admirados. Otro es el tiempo y las condiciones de vida; rudos siempre, también desconocidos. Le ocurre lamentar que pasen, trayendo facilidad. Así, por ejemplo, en 1914, al efectuar su tercer viaje al Río de la Plata al frente de una misión oficial encargada de comprar caballos para el ejército —tarea que detestaba, pues los animales estaban destinados a morir en los campos de guerra— refiere en una carta a Mrs. Bontine, su madre, la impresión que le producen estas tierras al regresar después de tantos años: “Las cosas han cambiado aquí —le dice—, y sin embargo no han cambiado. Es decir, que mucho queda de la vida salvaje. . .” “La diferencia es que casi todas las estancias tienen teléfono. . .” Lo consuela la visión de la pampa, los grandes ríos, los caballos; dormir sobre el apero, bajo el cielo descubierta, y comer la carne con el cuchillo comprado en

Gualeguaychú en 1871. Vuelve a ser feliz en la campiña uruguaya, rodeado de gauchos, con sus hábitos sencillos y sus palabras sentenciosas, aunque le enturbie la experiencia esa triste función que tiene que cumplir, por deber y por orden de su gobierno. A propósito, repite las palabras de un paisano viendo comer a una tropilla, ya separada por él: "...no hay pasto como el de Bopicuá, allá donde van del otro lado del mar. Los pastos de Europa deben oler a sangre". A Buenos Aires la encuentra cambiada. Llevado de su entusiasmo, dice que es "la ciudad más linda del mundo; hermosa en su propio estilo"; y llama a sus habitantes "unos Médicis sin arte, naturalmente... pero que desean ser artísticos".

Poco antes, había escrito su relato *Buenos Aires antaño*, publicado más o menos para esa misma fecha en Londres, en el volumen titulado *El Río de la Plata*. En esas páginas, en las que recuerda a la ciudad de su primera visita, en 1870, dice que todos los gérmenes de lo que ha venido a ser después ya se encerraban en ella: "...sé que es grande y próspera y rica, mucho más allá del soñar de la avaricia; sé que incesantemente grandes barcos arriban y se amarran a sus muelles de piedra tallada y que los pasajeros pueden saltar a tierra y entrar en sus automóviles"... "Todo eso que ha sucedido lo sé y me regocija —añade—, sin convencirme". Y sus palabras finales, cuando se compara a sí mismo al hombre que, habiendo conocido en su juventud a una gitana y encontrándola casada más tarde con un capitalista, resplandeciente de joyas, piensa que le sentaba mejor su mantón raído, pueden, acaño, a primera vista y sólo ante una reflexión superficial, parecer inspiradas por ese romanticismo tan peculiarmente anglosajón que se deleita en el color local de las cosas latinas. Pero su sentido es más profundo, como que se emparenta con la pobreza elegida por aquel otro gran desamparado de bienes materiales, Hudson, que también cambiaba toda la música de las orquestas del mundo, toda la inmoderación a que ha

llegado el hombre en su gusto del sonido, por el breve reclamo de un colorín oculto entre las ramas. La elección en Cunningham Graham procede del mismo linaje; aunque Hudson fuese un vagabundo, feliz con sus ropas gastadas, al que el tardío reconocimiento de sus contemporáneos sonara a moneda inservible, pero agradecida con una sonrisa, y Cunningham Graham fuera un señor gratuito, un explorador en busca de espacio, un caballero andante transmigrado en viajero novecentista, en jinete que alcanza a galopar más de tres décadas en el siglo XX, y aunque el boato de su nombre y de sus actitudes lo llevara a ocupar otro plano —tan distinto del de Hudson— y a ser un *dandy* a su manera, por lo menos un original, por su atildamiento y su revólver cargado. Era otro hombre, pero semejante; más privilegiado, aunque quizá no tanto como el nacido "allá lejos y hace tiempo", al que sólo le bastaban su bicicleta y sus piernas para disponer de la naturaleza en su estado virgen. Cunningham Graham, su próximo, o prójimo, pudo conocer, en cambio, además de los desiertos africanos, las tres grandes regiones herbosas de la llanura americana: Arizona, Venezuela, las pampas argentinas; pudo gustar de su tierra espaciosa, imagen natural de la libertad, y hasta pareciera, por momentos, añorar el cartilago de la nariz dividido de los caballos de los indios, para sorber el viento, y comprender a los baguales cuando se acercan a la tropa domesticada para invitarla al desierto.

V. EL CABALLO

La afición de Cunningham Graham por el caballo puede merecer numerosas explicaciones: desde el amor pueril que los hombres en su infancia consagran a las bestias, esas compañeras como ellos solitarias o con leyes sólo comprensibles para el niño, que también posee un universo propio, hasta la pasión varonil por ciertos animales, especialmente por aquel cuya posesión se convierte en símbolo tradicional y atributo de su hombría, "pa-

ra que cabalgue más alto que los demás hombres —como dice Raimundo Lulio— y sea visto desde lejos, y más cosas tenga debajo de sí; y para que se presente en seguida, antes que otros hombres, donde lo exige el honor de caballerías”. También tiene su culto explicaciones psico-mitológicas: por algo uno de sus relatos se titula *Hipomorfo*, y narra el extraño y comprensible avatar del morcillo de Cortés en tierras de Itzá. Abandonado por el Conquistador en manos del cacique de una tribu más o menos amistosa, porque el caballo se había mancado, para que se lo cuidasen hasta su regreso, los naturales, que temían a esas bestias desconocidas, creyéndolas parte demoníaca de los contundentes civilizadores, le tributaron ofrendas, igual que a un dios, y una vez muerto el caballo esculpieron su efigie sedente, a la espera de Cortés. Esa imagen hipomorfa, descubierta más tarde y destruida por otros evangelizadores, llevados por una santa furia que concita las burlas de Cunninghame Graham, es el motivo de su relato, hecho que recuerda también en *Los Caballos de la Conquista*.

Muchos de sus libros —en casi todos hay páginas sobre caballos— consagró Cunninghame Graham a ese compañero en la tierra firme, mediante cuyo galope el hombre penetra en lo desconocido, como el sueño o la poesía, similares de la muerte en el hombre que juega, el *homoludens*, y que requiere un Pegaso para saltar del bruto real a la oscuridad, a lo que está más allá de su vigilia.

“La tumba del jinete está preparada donde su caballo tropieza”; el proverbio árabe, que recuerda en uno de sus cuentos, aparece también como hecho vivo, sobre el que se levanta la leyenda, en más de uno de sus relatos de *El Río de la Plata*. En ellos irrumpe reflejada la fatalidad del caballo “atraicionado” —como algunos de los de la expedición de Valdivia en Chile—, que por un movimiento súbito deja al jinete solo y a pie en la llanura. Es decir, en medio de la muerte. Sólo quien ha vivido la grande extensión puede comprender lo que tiene

de inhóspita, a simple vista apacible, pero desolada e inclemente, como la marea que sube hasta la garganta del que agoniza sin esperanza. Pero en todo ello, que significa en el escritor entendimiento de la contraparte salvaje —con la que es necesario contar, no dominada del todo por el hombre— existe una manifiesta, declarada admiración: la de las fuerzas desconocidas, la de la docilidad del bruto, hasta ahí no más, donde se conjuga o se da la mano con la voluntad del hombre; duelo en el que es más sublime la condición del caballo, su inmerecida paciencia. “La más sublime de sus virtudes —dice Cunninghame Graham—: paciencia, capaz de hacer avergonzar a la humanidad”. Y a continuación aclara sus sentimientos, que no son los de un científico ni los de un escritor sentado a su mesa, ocupado en menesteres de plumas y libros (podrían ser los de un espíritu hermano del de Hudson, naturalista, por buscarle algún título que se empareje con la afición), sino los de un jinete, que contempla el malacara que monta y también la teoría de sus pretéritos semejantes. Ellos llevaron al hombre, sin conocer sus intenciones, aun contrariando su propio instinto; se lanzaron al peligro, de los elementos que hostigaban su miedo, de los indios, que desesperaban su ansia de conservación; y enloquecidos entre la furia y las llamas, el hedor y los gritos del salvaje, que resonaban horribles en su intimidad, eligieron, acaso oscuramente, la obediencia a esa espuela menuda, a ese aguijón del soldado que era la perspicaz, la inteligente brújula del hombre sobre la nada. La gloria fué para el jinete sobre la tierra, no para su servidor, el inominado cuadrúpedo. Cunninghame Graham decide recoger esa parte. Al fin y al cabo él conoce quienes son y quienes eran —como un genealogista de caballos—, los brutos de la Conquista: “Salinillas”, el del padre del Inca Garcilaso; “Matamoros”, el del capitán Palomino, y muchos más, nombres que repite como un eco díscolo de la fama de los españoles en el Nuevo Mundo.

VI. EL INDIO

Así hubiera conocido a los caciques y a los indios, que para los conquistadores eran sólo infieles, casi sin alma; el escocés, caballero andante, pretende recogerlos a todos, y por su larga memoria desfilan, con atributos, costumbres y particularidades, hostigando al blanco, pero nunca inferiores sino iguales, a la par; o mejor aún, mancomunados con el desierto y la naturaleza indómita, afines a ella, un peldaño más arriba que el hombre de una civilización superior, pero intrusa. Lo que más impresiona en los relatos de Cunninghamham Graham es la posición que se le adivina: él es el blanco, el europeo, el señor; pero está dispuesto a reconocer la igualdad, cuando no la desventaja que le asiste frente al natural de las tierras vírgenes. Su ánimo permanece, también, "atraicionado" para los de su clase; si puede haber traición en el espíritu que se inclina, en un litigio injusto, por la parte más desasistida. Su pintura del indio, tanto de las tierras del Sur como de las del Centro o Norte de América, no aparece tocada por ese color humanitarista, sentimental y rousseauniano de la bondad natural, ni tampoco por las tintas dolorosas que marcaron una impronta en su sucesor y contendiente, el gaucho, el que describe en el *Martín Fierro* a los habitantes de más allá de la frontera.

El salvaje que aparecía en la poemática versión de Echeverría era la furia, el incubo romántico del desierto; el de José Hernández se vinculaba a la inmediata realidad, sin perspectiva para que surgiesen nítidos los rasgos, o acaso con la visión demasiado próxima de la lucha cuerpo a cuerpo, en la que se destaca la mueca bestial y la presumible filiación de ese contacto vergonzoso. En el *Martín Fierro* el indio es el progenitor oculto, la violencia del malón sobre la mujer blanca, la naturaleza bravía que recobra sus derechos, el embate del mar sobre la primera empalizada de madera. Por eso el desierto, en el poema de Hernández, acoge a los gauchos que quieren eludir la ley, impuesta por la ciudad; Fierro y Cruz son hijos

pródigos de la toltería, de la naturaleza, de la pampa sin fronteras.

Los indios de Cunninghamham Graham, los que aparecen en sus relatos de *El Río de la Plata* o en sus biografías de Conquistadores, o los americanos del Norte, de sus cartas al *Daily Graphic*, son besitezuelas, que hablan un lenguaje de contenido y palabra casi incommunicable para el blanco: dignos de respeto, como seres que integran la Creación total, equiparados, podríamos decirlo, a esas aves de altura, las rapaces, sin cuyo vuelo —según Hudson— nos sería desconocida la grandeza del firmamento. Un antecedente de su juicio entusiasta existe en el asombro de los Conquistadores, que consideraban a los arcos de los naturales como imposibles de tender por un europeo: tal era la fuerza descomunal que atribuían al brazo indígena. En Cunninghamham Graham podemos palpar, además, otra prueba psicológica del mismo cariz: la de ausencia. En el campamento de los jinetes, del relato *La Cautiva*, se percibe el éxtasis de la actitud, los sentidos alerta, a la espera del salvaje; potencia más temible que la de los elementos. Entonces los blancos comienzan a hablar, para equilibrar la tensión de sus nervios, y a relatar casos y sucedidos en tierra de infieles; así tiene principio la historia de Lincomilla, que sobrecoge por su revelación de una trama escondida, bajo la apariencia del tapiz verbal, terso e inerte. Así se siente el espíritu del civilizado frente al indio, del hombre frente a la naturaleza incógnita, como el animal o como la mujer.

VII. LA MUJER

Larga sería la lista de las mujeres que asoman en el universo de Cunninghamham Graham, no obstante mostrar sus líneas generales una preferencia del todo ajena a lo que se considera femenino. Los libros de un viajero como él, de un explorador incansable, abundan más en el hecho histórico, descriptivo, en la pintura de animales, y en las hazañas o simplemente en las particularidades humanas dentro de un paisaje todavía poco frecuentado.

Sin embargo, en su obra escrita resaltan nítidos los perfiles de algunas mujeres, como aquella cautiva ya mencionada, la más perfecta de sus criaturas; o como la real Alicia Eloísa Lynch, la compañera temeraria de Francisco Solano López, la que tuvo que cavar con sus propias, cuidadas manos la tumba del tirano derrotado, bajo la mirada del vencedor, en plena selva. Su figura tiene, por momentos, contornos sarcásticos: impasible, como un becerro de oro, seductora por su poder y su belleza, se la compadece, por las mismas razones, y porque la ambición, siempre diabólica, se ha empeñado y logrado quebrar en ella todos los resortes de la ternura, privativos de su género, y exhibe sólo el bulto, la cáscara lujosa de una mujer desventurada. La figura de Doña Marina es más un símbolo al lado de Cortés, un emblema en la Conquista del Nuevo Mundo. Podría emparejársela, con la distancia que media entre una reina y una doncella del común, con aquella india enamorada del joven español (Bascuñán, *Cautiverio feliz*) que se le deslizó junto a la hoguera, mientras dormía, y que fuera rechazada por el público cronista, según él mismo asegura; declaración que motiva un comentario, entre irónico y sonriente, por parte de Cunningham Graham.

Además, están las innumerables mujeres, la tropa del amor mercenario que conoció el escocés en 1870: las "murciélagas" de la campaña rioplatense, y aquellas otras, igualmente respetables —ya que Venus "nacío de las olas del mar, según unos, o del fango de la calle, al asegurar de otros", dice Cunningham Graham— y que vivían en Buenos Aires, en una casa conocida donde solían ir a tomar café los personajes importantes.

Pero, entre todas las apariciones femeninas, acaso ninguna alcance el relieve singular de *La Vieja de Bolívar*, relato que Cunningham Graham escribió directamente en español e integra su volumen de *El Río de la Plata*. Los elementos de esta ficción resultan difíciles de manejar, como que trata de imponderables, de

lo que queda en el recuerdo de las gentes, de lo que es y sin embargo no existe. Una mujer, Eusebia, ha sido amante del General; es ya una anciana. Es decir, ya no es amante, ya no es mujer de Bolívar; sin embargo, se la puede ver en un rincón de Tarija, cerca de la frontera con Salta, viviendo del rescoldo de aquella pasada unión, de las migajas gloriosas que también le alcanzan una aureola de tipo histórico popular. "Ña Eusebia" goza de fama por inteligente, limpia, fina, habilitada en artes domésticas —cebar mate y cocinar mazamorra—; sabe echar cuentas y firmar, pero, sobre todo, sabe estarse a solas, inmóvil durante largo tiempo, pensando en nada...; indiferente a su renombre, a lo que digan de ella, en bien, porque "el aire y la vida libre de la Pampa habían purgado mucho de la hipocresía que sus abuelos trajeron de las tierras de la gente de razón". Cristiana devota, encuentra fáciles y naturales los misterios de la fe, tanto "que no había mérito ninguno en el creer" —estado de gracia que toca casi los lindes de la santidad—; en cambio, y como los paisanos de *The Purple Land* que conversaron con Hudson, es no sólo reacia sino voluntariamente incrédula para todo lo que le digan de invento o de progreso moderno. Cunningham Graham la llama filósofa, sibila de las Pampas, pues vive con su memoria fija en una edad dichosa, indiscernible, vaga, como la dorada niebla en la que permanece ya ni siquiera la lumbre, sino la astilla marchita y venerable de su amor. A través del relato se la ve pasar, momia o mujer —"porque en la materia debe quedar la esencia de la vida y la juventud", dice Cunningham Graham— cabalgando a la jineta en su mancarrón rosillo, con las riendas en alto, silenciosa, pensando en las tres categorías del tiempo: el futuro, para los jóvenes; el presente para gozarlo; el pretérito, imperio indiscutido de los solitarios; rumbo a Trapalanda, la mística ciudad que este aventurero descubrió, o acuñó, para los jinetes perdidos en el desierto, para el alma de los caballos, para Hudson, para los indios, para la *vieja de Bolívar*.

VIII. LA PASION DE ESPACIO

Pero esas figuras femeninas, a las que hasta ahora nos hemos referido, son las que aparecen en sus libros. Presiden la vida de Cunninghame Graham otras dos mujeres: su madre, Mrs. Bontine, y Gabriela, su esposa. La primera es el espíritu que alienta y acoge; verdaderamente materna, como mujer, prohija a escritores y artistas, amigos de don Roberto o que ella le acerca, ofreciendo a todos su casa, el sitio de reunión donde se habla de libros y de viajes; se le deben más de una vocación, más de un estímulo. La correspondencia de Cunninghame Graham, desde las primeras cartas del joven hasta las del anciano, demuestra una vinculación que va más allá de la del hijo a la madre: es la de un espíritu afín, alegre del parentesco. La amistad con Hudson aparece, por momentos, más cercana a Mrs. Bontine que a su hijo, el viajero. Por lo menos, ella suele inspirar, en el esquivo Hudson, una directa llaneza y comunicación que se asemeja a la familiaridad respetuosa, al trato del hombre con la mujer mayor, madre de un amigo, en la que ve siempre, en abstracto, a la suya esencial.

Gabriela de la Balmondière, la esposa de Cunninghame Graham, era chilena, hija de padre francés y de madre española. Significó junto al escritor escocés la pequeña llama que aviva siempre la aventura; la astilla cenicienta de la imaginación, que en el hogar adormecido de Gartmore, rodeada de libros y de sombras familiares, se deja ganar voluntariamente por el viento de mares y tierras desconocidas adonde silba, más de una vez, quien sabe qué reclamo de su nacimiento exótico. Acompañó a su marido en más de un peregrinaje: Texas, México, España; y hubiera estado siempre junto a él, en el inquieto viaje por el mundo, si su debilidad, la sumaria afinación de su perfil —de la que es buena muestra el retrato que acompaña a su libro en la edición española de Revista de Occidente— no demostrara tan a las claras su pura fuerza de ánimo, más que de materia. Gabriela

tuvo, en la vida de Cunninghame Graham, hasta la inteligencia de retraer su personalidad, de agazapar su ser físico sobre el que se proyectaba el espíritu, de escurrirse en la tiniebla —ella, que tenía tantos poderes como los de su compañero— para sentirse, acaso, más libre, más bienhechora en la existencia del ser que amaba. El destino a veces, se deja guiar por la obstinación de los mortales. El caso de Gabriela Cunninghame Graham prueba, a la vez, el talento y el amor de una mujer. Porque su libro, *Santa Teresa: Su vida y su tiempo*, es una de las aportaciones más interesantes, y más dejadas del lado, en la bibliografía teresiana. Quien lo escribió poseía una penetración no sólo psicológica, que ésta puede ser producto del espíritu en contacto con los libros, sino fruto de la vida total como entendimiento, de la identificación de una mujer con su congénere —abstracción hecha de la época y de la santidad— tal como se puede hablar de una vecina admirable. Es decir, de alguien que vive, intemporal, en la vecindades del alma propia.

En el prólogo escrito por Cunninghame Graham para el libro de Gabriela, en la edición póstuma, conmueve, sobre todo, la lectura en la que adivinamos acercamiento, por vez definitiva, al alma de quien lo supo acompañar sin imponerle su presencia, de quien lo supo alentar en su extraordinario galope sobre la tierra. Y comprendemos que sea ella —en la frase de Cunninghame Graham, *los muertos abren los ojos a los que siguen viviendo*— la que, con su figura de mujer, puerta por donde se abre la vida sobre la muerte, guíe al jinete o cabalgue a su grupa por esa pampa inmensa, como la aventura que él ansiaba recorrer.

Hay, en los retratos de algunos hombres, una señal o expresión de espíritu que nos permite reconocerlos, aun a través de los años, desde el blando rostro de la infancia hasta el escondido y sarmentoso de la vejez: es la mirada, la acomodación e intención de los ojos en el acto de mirar. En esos dos espejos o superficies luminosas, en las que se refle-

ja el mundo, parece caber toda la posesión de sí mismo, iniciada en la curiosidad y el asombro infantil, acentuada en el despreocupado desafío del joven, firme y escrutadora en la madurez, para la cual la apariencia, sin dejar de ser incógnita, ha perdido ya mucho de su prestigio engañoso. En las imágenes de Cunninghame Graham, desde la del niño que aparece junto a Mrs. Bontine en 1858, pasando por la del joven gaucho de 1870 y el diputado en Londres en 1887, hasta llegar al anciano viajero que se retrata junto a la escalerilla del barco que lo trae a su puerto de destino, Buenos Aires, en 1936,

se percibe fácilmente esa identidad de expresión en la mirada. Los ojos, entrecerrados, como dos líneas a la par, observan el espacio, la infinita extensión ofrecida como un señuelo al apetito del hombre, a su apasionada vigilia. La realidad, el contacto humano en el tiempo; que acaece angustioso, era todo cuanto perseguía este viajero incansable que asentó siempre sus pies en la tierra firme (cuando no se amparaba en su cabalgadura) porque amaba la vida, el movimiento, la acción; y el horizonte, en la llanura, es el último sueño para los jinetes a quienes persigue la sombra.

ORQUIDEAS EN ASIS

Por PILY BOLAÑOS

Muchas veces lo vi en Asis, entre las plantas: los hombres ligeramente echados hacia adelante y el pensamiento —me figuro que el pensamiento—, alumbrándole a medias, intermitentemente —como una luciérnaga—, la zona azul plateada de las sienes.

Piensa o sueña entonces? A saber!

¿Es pensamiento o es ensueño eso que, como foco inseguro que se enciende y que se apaga, parece que ilumina su cabeza un tanto ausente, o es apenas la luz que juega sobre los parietales levemente encanecidos? A saber! A saber!

De lo que no hay duda alguna es de que sus facultades convergen todas en un punto. Sí, aparentemente observa algo. Cuando estoy cerca, me doy cuenta: tras una lente de aumento examina una simiente casi imperceptible —polvo de polvo, diiríase—, recogida en una hoja imponente de papel, ahuecada a la manera de una mano amiga que quiere ser recipiente. Pasa luego el microscopio, pone allí apenas una mancha de aquel polvo y mira. Mira él y miro yo. Ahora miro no sólo con los ojos, sino con todas las facultades del entendimiento, con toda mi razón, porque —¡quién lo creyera!—, lo que tengo delante es (según él me lo dice), nada menos que un mapa de la vida. Allí, en núcleos de líneas perceptibles, está presente y preso, ese misterioso gran principio inestable que es la vida; aprisionado allí, en los contornos de lo potencial, esperando

el soplo —cuál?—, el soplo que ha de soltar las alas de la forma en la existencia.

Involuntariamente se crispa el ánimo! Un mapa de la vida; de la vida de una planta, contenido en la simiente. Un mapa nada menos —pienso yo—, tan nítido o acaso más, que aquel por el cual conocemos continentes como Africa o como América. Un mapa de la vida. . .

Qué horror, si hubiera podido colocarse la simiente de que ha venido el hombre, de que hemos venido nosotros, al microscopio y hubiera podido tomarse de ella el complicado croquis de nuestra vida en potencia! Habría sido como lograr una imagen disecada del Destino!

—Esta simiente (me explicaba un día de tantos) la obtuvo el hombre, jugando de casamentero, por la polinización artificial de una brassavola del Brasil con una trianaei de Venezuela: aquélla, de gran porte, blanco-verdosa, con el labelo lleno de festones; a la manera de un mantón español; ésta, de líneas elegantes, de diseño sensual, perfumada, coloreada en lila, y con un labelo de encendida púrpura. Una y otra arrancadas a la espesura, calor y exuberante humedad de la selva tropical, allá donde sólo de tiempo en tiempo se adentra el hombre.

—Pero, dime: en todos esos cuidados no hay algo de idilio con las plantas? Es realmente todo eso una necesidad botánica? Porque yo he visto aquí, en Costa Rica, en las cercas y en los montes, crecer solas y florecer solas las guarías en Marzo y en Abril. No son tan orquídeas como esas que tanto cuidas?

—Celosa? Vaya! Con una planta! Sólo eso faltaba! Mira: la naturaleza hace lo que puede; el hombre hace lo que quiere. Por la polinización dirigida lleva al crisol de la genética los caracteres dispersos que desea reunir y fijar. En algunas de estas semillas (el porcentaje es conocido de los técnicos) irán reunidos, como caracteres trasmisibles, aquellos que un día darán una planta capaz de producir una flor diferente de cada una de las progenitoras y mejor que cada una de ellas. Digamos por ejemplo: sépalos y pétalos blancos, de gran tamaño (herencia de brassavola), labelo perfumado de color púrpura (herencia de trianaei) con la orilla festoneada como una pollera gitana (otra vez herencia de brassavola): todo eso en la aureola excitante de un diseño de exquisita orfebrería.

—Bien, muy bien todo eso, pero, por qué no dejas ahora que el viento haga lo demás? Que se lleve la semilla por todos los rumbos, como ocurre en la naturaleza, para que espontáneamente broten por todas partes esas plantas?

—Porque no. Porque toda, o casi toda esa semilla se perdería. Es una semilla incompleta.

—Incompleta? No te burles. Semilla incompleta no es semilla. Yerma en la semilla! Te sugirió la broma García Lorca? Si la semilla —como tú dices—, es aquello en que están reunidos caracteres hereditarios potencialmente capaces de reproducir la especie, no puede haber semilla

incompleta. Si hay reproducción, nada falta, no hay nada incompleto; si no la hay, simplemente no hay semilla.

—Sí y no: porque las cosas no son tan nítidas en la realidad ni como tú las quieres. Confieso que hay en esto falta de galantería, pero es de parte de la naturaleza. Esta semilla sólo germina en simbiosis con un hongo: en la naturaleza sólo se convierte en planta si encuentra, en el lugar en que la deja el viento, un hongo que le quiera servir de marido, que le entregue, elaborados, elementos nutritivos del medio, que de otro modo no podría tomar. Aun más: ese matrimonio de la semilla y el hongo sólo puede prosperar si, reunidos allí por la gran ley de Acaso, hay aire, luz, humedad y calor en cierto grado. Si alguno de esos elementos falta, el resultado es cero. En el laboratorio actúa la mano del hombre, menos poderosa, pero más segura. Todo se administra tal y como es necesario para lograr un resultado. La naturaleza no tiene propósitos; al menos así se presenta al entendimiento humano; arroja los elementos: si el medio los reúne, bueno; si los dispersa, también bueno. En el hombre sí hay propósitos; y el laboratorio es el hombre. En la naturaleza todo es bueno; en el laboratorio no: aquí sólo es bueno lo que cumple los propósitos del hombre.

—Si en la naturaleza —que no tiene propósitos—, todo es bueno, quieres decir que en el hombre, donde sí hay propósitos, todo es malo?

—No te engolfes en enredos; no he dicho eso ni mucho menos: al fin y al cabo los propósitos del hombre, aunque lo pueden hacer todo, o casi todo, no podrán sacarnos de la naturaleza, que no tiene propósitos. Mejor deja eso y mira aquel matraz sellado.

—Qué lindo tono verde el que luce!

—Míralo de nuevo; pero con aquella lente.

—Qué maravilla! No es color solamente. Es como un pinar enorme, de plantitas minúsculas pero completas. Se me agranda en la mente y constituye una selva. Sabes? Me desconcierta esta inseguridad que en el pensamiento tiene lo grande y lo pequeño. Mirando esto imagino que de alguna parte puede verse el Matto Grosso, la gran selva inexplorada sudamericana, como si fuera apenas un pequeño punto verde. Se me antoja el Universo un juego de Gulliver: enano entre los gigantes y gigante entre los enanos. Así me siento yo frente a esta selva de diminutas plantitas y frente al Matto Grosso. Me produce un miedo extraño pasearme con la imaginación por esa enorme selva de plantitas de Liliput. Y, ¿qué son?

—Orquídeas.

—Orquídeas?

—Ni más ni menos. Esa masa en que se hallan, es un medio nutritivo soluble. Allí las semillas no necesitan del hongo ese que en la naturaleza hace de marido. Ese es un bosque de preciosas, aunque diminutas solteras. Cuando crezcan, algunas de ellas darán la flor que se ha buscado

con la hibridización. En el laboratorio la naturaleza toma conciencia de sí misma y trabaja inteligentemente.

—Qué paciencia! A veces he dicho ¡qué fastidio! Cuatro años en trabajos y cuidados; en plantar y replantar; en nutrir; en limpiar; en aclimatar las diminutas plantas sacadas de una masa gelatinosa a una estopa estéril que les sirve de suelo. Cuatro años de pensar si aquel bosque diminuto crece o no crece.

Me cansé de preguntar y de olvidar detalles; casi perdí la esperanza de seguir aquel proceso. Pero... una de estas mañanas me he redimido: los capullos que al fin salieron de alguna de aquellas plantas, se abrieron a la luz.

Qué fuerza los impulsa? Qué misterio de química viva hace que se muevan como si quisieran hacerlo? Como crisálidas dejaron el encierro los sépalos y los pétalos blanquísimos, nupciales, y formaron como un cáliz que recoge en el centro el diseño embrujado del labelo, púrpura intensa hecha festones, filtro mágico de aroma y de color. Temblando, como una mariposa tierna, recién cuajada, se fué poniendo firme al aire, segura de sí misma: fresca tersura del agua; suave colorido del espectro solar entre la fronda; tierna insinuación de una caricia; frágil inquietud de un vuelo que no se sabe si termina o si comienza; hálito cercano y amado que nos busca: todo en el amable embrujo de una flor extraordinaria.

La orquídea es —imagino—, simbiosis de lirio, mariposa y picaflor.

Entiendo bien, ahora, el regocijo de él, con cada planta que por primera vez florecía; con cada flor que se abre y que me entrega. Sobre todo entiendo por qué me dijo que allí tomaba desquite de la naturaleza: allí, reuniendo la belleza ya existente, ponía su sello personal a cada flor, como otros le ponen su firma a los poemas.

San José, Costa Rica, Junio de 1955.

Hacia un nuevo humanismo

ERASMO EN LA SOLEDAD

Por MARIO HERNANDEZ-AGUIRRE

Hoy que el mundo entero, profundamente perturbado por el advenimiento de una civilización árida y mecánica, ha menester encontrar el alma que perdió, de recuperar la antigua serenidad —virtud de los fuertes— y de desarrollar fervor en el culto de los altos intereses intelectuales y morales, preparando el tranquilo esplendor de un nuevo Renacimiento; hoy, repito, el nombre de Erasmo, el más grande de los humanistas, el glorioso holandés que en el siglo XVI ejerció la dictadura del espíritu y dió al mundo la lección de la tolerancia y de la dignidad mental, se encuentra de nuevo en plena actualidad y se nos presenta, no tan sólo como modelo y ejemplo, sino también como inspirador tutelar de un retorno futuro, y acaso próximo al Humanismo.

Para todos aquellos que conviven con su obra, Erasmo está vivo. Como está vi-

vo en el asombroso retrato pintado por Holbein. Allí se encuentra el maestro de los Coloquios, de perfil —un perfil a un mismo tiempo fino y austero, grave e irónico, que se recorta suavemente sobre la opulencia de una tapicería—, escribiendo sobre su estante de arquibanco, con una gorra en la cabeza, una capa de maestro de paño de Brujas que lo envuelve, las manos pálidas, firmes, enérgicas, descansando sobre el códice: en la una el cálamó, en la otra el anillo doctoral de teólogo, que flamea. Toda la figura respira serenidad y nobleza. Los párpados bajos, la ligera flexión de la cabeza, la casi imperceptible contracción de los labios, dan a la fisonomía del sabio una fuerte expresión de concentración. Pero lo que en el cuadro expresa el potencial máximo de espiritualidad son las manos. Cuando en 1523 Holbein fué

de Londres a Basilea expresamente para retratar a Erasmo (tenía el grande humanista 56 años), le manifestó el deseo de que se vieran las manos en el retrato que iba a ejecutar. Otro pintor que no fuera el sorprendente maestro alemán tal vez hubiera procurado ennoblecer esos dedos cortos, de gruesas articulaciones, prestándoles, en la anatomía y en la actitud una elegancia por ventura convencional. Holbein, el Joven, no. Pintó para la inmortalidad las manos de Erasmo como ellas eran: sólidas —de una solidez que no excluía la distinción— y fuertes, de una energía que en ellas, es, por encima de todo, expresión de intelectualidad penetrante. Esas manos que vibran, esas manos que piensan, esas manos de genio, habían escrito, quince años antes, el "*Elogio de la locura*".

En efecto: el quinto día del idus de junio de 1508 fechó Erasmo en el campo la carta dirigida a Tomás Moro —el célebre Tomás Moro de la *Utopía* futuro canciller de Enrique VIII—, carta que constituye modelo recomendable de cortesía entre sabios. El maestro holandés, que tanto nos hace recordar (inclusive físicamente) a Voltaire, le dijo que la idea de esa sátira universal se apoderaba de su espíritu cuando viajaba, en litera y a caballo, de Italia para Inglaterra, y se disculpaba por la "insignificancia de la obra" con el ejemplo de grandes autores que se ocuparon de cosas mínimas: Homero, de ranas y ratones; Virgilio, de los mosquitos; Synesio, de la calvicie; Luciano y Apuleio, del *Burro de Oro*. Entretanto, la "cosa mínima" que Erasmo ofrecía a Tomás Moro, a la sazón joven de 28 años, era, nada más y nada menos, que el cuadro social y moral de la comunidad europea a principios del siglo XVI. Como Menippo, que miraba a la humanidad des-

de la luna, el teólogo de Rotterdam veía agitarse el hormiguero de la vida y se reía de los hombres, que, al fin de cuentas, son, según opinión del gallo de Luciano, los más desdichados de todos los animales. Bajo la máscara de la Locura, Erasmo habla. El Papa, los cardenales, los obispos, los reyes con sus pontificales y sus dalmáticas de oro, los ministros como "macacos vestidos de púrpura", pasan bajo el látigo de aquel holandés irreverente, que vivía de una pensión de Carlos V, pero que no cuidaba mucho a los grandes de la tierra. Doctores de la Sorbona, *magistri nostri*, teólogos, teleogastos, toministas, scottistas, ockanistas, "gente que se juzga en la confianza de Dios"; los frailes, "rebaño grosero, execrado e inmundado", los retóricos, los dialécticos, los gramáticos, los pedagogos, "distribuidores del espíritu de los niños"; los sofistas, los oradores, "barullentos como los calderones de Dódona"; la magnífica vacuidad de los magistrados; el delirio de los arquitectos, de los alquimistas, de los médicos, de los comediantes, de los poetas, de los músicos; la vanidad de los hombres de negocio, "ilustres falsificadores, con los dedos llenos de anillos", todo desfila en esa sátira pungente, en ese tapiz animado que se extiende desde la Roma de Julio II hasta el Londres del cardenal Wolsey, en ese tumulto cosmopolita que nosotros creemos ver a cada momento como las pinturas del cementerio de Basilea o en el poema del rabí Don Santo transformarse en una danza general de la Muerte. Libelo tremendo contra la sociedad medieval, la obra celebérrima de Erasmo nos coloca frente al espectáculo de la locura humana... semejante a aquella que hoy tenemos ante nuestros ojos. Al señalar a las nuevas generaciones la mascarada europea de fi-

nes del siglo XV, el doctor de Rotterdam, sereno e implacable, proclama la falencia de los sabios que no supieron conducir a los espíritus ni robustecer la fe en los corazones; señala —injustamente— a la mujer como responsable de la imperfección de la humanidad engendrada en su vientre; y concluye que en el mundo presa de delirio el más feliz no era ni el Papa ni el rey, ni el emperador ni un filósofo ni un ministro, sino Grillus, “que los dioses transformaron en cerdo”.

¿Qué pensaría de la síntesis fulgurante de Erasmo el gran canciller Tomás Moro, cuando, veintisiete años después, una siniestra mañana caminaba lentamente hacia el patíbulo? Y, transcurrido el tiempo, frente a la ola de locura desencadenada por Lutero en el universo cristiano, ¿qué pensaría de su obra el propio Erasmo —el Erasmo vivo y palpitante del retrato de Holbein— cuyas manos pálidas, expresivas, elocuentes, ornadas con el rubí doctoral, dominadoramente posadas sobre la vitela del códice, habían escrito algunas de las más impresionantes páginas que posee el mundo acerca de la insignificancia de la sabiduría humana?

* * *

Al fin ¿qué dice Erasmo de la ciencia y de sus cultores? Lo mismo —y a veces casi con las mismas palabras— que recientemente expresaron, cuatrocientos años después, los Meyerson, los Jacques Maritain, los Jacques Chevalier, los Gue-non, los Dawson, los Brunschwig, los Eddington, los Gaultier, los Reichenbach, los Daniel Rops y tantos otros que niegan el progreso y combaten la sequedad y la aridez de la ciencia contemporánea. La falencia de los sabios en la explicación

del universo y de la vida la proclamó el sabio holandés tan claramente como hoy la proclama, por ejemplo, Eddington, que en “*The Nature of Physcal World*” considera las relaciones entre las leyes científicas y la naturaleza tan precarias y tan convencionales “como aquellas que existen entre un número de teléfono y el subscriptor a quien le es atribuido ese número”.

Veamos. Para que el insigne doctor de Basilea —cuyo sarcasmo no perdona las estirpes de Júpiter de fines del siglo XV, sabios, letrados, filósofos y doctores— “las ciencias fueron inventadas por un genio maléfico”. Al acumular ciencia sobre ciencia e intentar, como otrora lo hicieron los titanes, de moler a los dioses, los hombres no crearon sino “combinaciones estériles de palabras”. Mientras que “Sócrates rechazó el título de sabio para atribuirlo a Dios”, los hombres de ciencia del Renacimiento, al instituir la “ciencia sin Dios y sin sentimiento, hicieron posible sobre la tierra la existencia del *sabio absoluto*”, desagradable animal que vive despreciando a los dioses, sin afectos, sin benevolencia, sin amor, sin pasiones naturales, insensible como una piedra”. Al contrario de los “hombres sencillos de la edad de oro, profundamente religiosos”, los sabios —“una curiosidad sacrílega que los lleva a medir distancia, de los astros, a calcular sus revoluciones e influencia, a investigar las causas primarias de todo cuanto existe”—, no consiguieron explicarse todavía a sí mismos “el origen del mundo y la naturaleza intrínseca de las cosas”. La ciencia conduce cada vez menos a la felicidad”. El “gallo de Luciano, que fué primero filósofo bajo la figura de Pitágoras, después mujer, rey, pez, caballo y

rana, acabó por sacar como conclusión que el hombre es el más desgraciado de los animales, por ser el único que pretende transponer los límites que la naturaleza ha impuesto a sus facultades". Los hombres "se alejan tanto más de la felicidad cuanto mayor es su pretendida sabiduría". El sabio "se vuelve inepto para la vida"; cuando muere, después de rodar, como Sisifo, la roca inútil de la ciencia, "puede afirmarse que nunca vivió". Sumergido en un mundo de ilusiones, de abstracciones y de símbolos, tiene noción insuficiente de las realidades; "debe mantenerse alejado de la vida política", porque los Estados "fueron siempre mal gobernados cuando el poder estuvo en manos de los sabios, de los filósofos y de los hombres de letras". Y para terminar las transcripciones de Erasmo, esta exhortación del maestro: "¡Oh, sabio mil veces loco! Piensa en las inquietudes que día a día te devoran; considera, en conjunto, todos los tormentos de tu vida, y dime: ¿no será preferible la ignorancia?"

Pues bien; semejantes conceptos, expresados en el *Elogio de la locura*, están siendo repetidos hoy, acaso con menos sobriedad y menos elegancia, por los pensadores de nuestro tiempo, que han estudiado y están estudiando la vida del espíritu, la filosofía y la historia de la ciencia, el movimiento espiritualista moderno, las relaciones entre los dogmas cristianos y el pensamiento contemporáneo, el optimismo teológico, el valor objetivo de la ciencia, los problemas inquietantes del origen y del destino humano. Cuatrocientos años después de la muerte de Erasmo, los filósofos continúan proclamando la vacuidad de los sabios y la futilidad de la ciencia de laboratorio,

que se limita a inventariar hechos y leyes, fenómenos y fechas, el crear y perfeccionar técnicas (Entienne Gilson), describir la estructura de los átomos, prever eclipses, trabajar con símbolos, y que se manifiesta impotente para explicarnos el universo y la vida, para esclarecernos sobre los destinos de la humanidad, para asegurarnos la tranquilidad de nuestra existencia interior (Jacques Maritain). Desde que la ciencia repudió a Dios y definió un concepto materialista del mundo, sus adquisiciones dejaron de satisfacer a la conciencia humana (Christopher Dawson). El progreso por la ciencia no existe; el mundo se disloca, mas no avanza; envejece, pero no mejora (René Guénon). Las leyes matemáticas, libres del "elemento divino" de Platón y Pitágoras, son apenas representaciones de una técnica de convención; la ruina de la física, simple arte de medir, creó la necesidad de instituir una metafísica natural; el atomismo de hoy no deja de ser atomismo, porque el viejo átomo lo substituyeran el microcosmos solar del protón y de los electrones (Meyerson). El acuerdo entre la ciencia y la realidad sólo es parcial; el racionalismo no consigue conciliar la razón y el universo (Roustan); el sabio, al aflorar las cosas, encuentra contradicciones y dificultades que no explica ni transpone; la ciencia tuvo que admitir lo sobrenatural y concederle un lugar (Brunschwigg). Como el mundo sensible es un flujo perpetuo de apariencia, no se puede atribuir realidad a elementos de mutación continua; y, por lo tanto, la verdad no existe (Goyau). Al conducirnos a un mundo sin alma —el mundo de la velocidad, de la máquina, del caos de sensaciones, del utilitarismo, del ipseísmo, del apocalipticismo social—, la

ciencia causó la desgracia del hombre (Daniel Rops). El sabio integral es psicológicamente un monstruo (Reichenbach). El filósofo, el hombre de letras, el pensador, deben vivir apartados de toda actividad política (Julien Benda: *La trahison des clercs*). El sabio es infinitamente desdichado, porque se aísla en la vida, permanece en un mundo de sombras y acaba por no encontrarse ni comprenderse a sí mismo (Soren Kierkegaard).

Inútil proseguir. El paralelismo entre los conceptos erasmianos y el pensamiento actual es manifiesto, sobre todo si consideramos determinados sectores de la filosofía contemporánea. No se trata de ideas que permanecieron: trátase de ideas que se renovaron y que se presentan hoy con la misma forma con que se presentaron hace cuatro siglos. Nuestro espíritu se mueve constantemente en torno a los mismos problemas insolubles; de ahí el carácter cíclico del pensamiento universal. Regístrase el colapso de la ciencia, como antaño lo registrara el teólogo de Rotterdam. Erasmo sigue gobernando al mundo desde su túmulo de Basilea.

* * *

Pero si la actitud de Erasmo para con la ciencia y los sabios se ajusta a ciertos sectores filosóficos modernos, no sucede lo mismo con la mujer, que hoy nos merece sentimientos de respeto y de admiración bien diferentes de aquellos que por ella manifestó en su obra el insigne teólogo holandés.

Aunque Eva hubiera sido motivo de adoración en el Renacimiento (el fin del siglo XV y principalmente el siglo XVI conocieron tipos femeninos en verdad su-

periores), el grande humanista no participó de la adoración general y consideró a la mujer como un ente bello, a no dudarlo, pero inferior. Cuando, en viaje con destino a Londres, escribió la más célebre de sus obras, Erasmo procedía de la Roma pontificia —la Roma ya sumptuosa de Julio II—, después de haber permanecido algunos años en Turín, donde se doctoró. Conoció, pues, no sólo a las matronas virtuosas, sino también a las cortesanas romanas, a la sazón frecuentadas, como las griegas del siglo V, por los hombres cultos de la época, e inspiradoras de obras notables sobre la mujer y sobre el amor (desde *Panegiricus in Amorem*, de Cataneo; desde *De Amore*, de Nifo; desde el curioso libro de Equicola, en donde se describen todas las formas del sentimiento amoroso; desde el éxtasis de Boucicaut ante la Virgen, hasta el arte de “amar por amar”); y, por insensible que fuese, no dejaría, ciertamente, de impresionarlo las excelsas hijas de Aretino, el rubio veneciano de sus pequeñas cabezas, el molde de taza de sus senos redondos, los altos coturnos dorados, sobre los cuales se equilibraba la marcha melodiosa de aquellos cuerpos paganos, consagrados a la voluptuosidad, no por Dios, sino para los dioses. Ese recuerdo aparece, aquí y allí, en el *Elogio de la locura*. Sin embargo, no fué bastante para atenuar la severidad del juicio del doctor de Rotterdam acerca del sexo otrora considerado frágil. En el espíritu del gran teólogo la mujer siguió siempre siendo como cualquier cosa estulta, imperfecta, incompleta, complejo de inferioridad revestido de aspectos exteriores a veces deslumbrantes.

Ya sea en los *Coloquios*, ya sea en la vasta y luminosa mascarada del *Elogio de la locura*, Erasmo se revela como ca-

racterizadamente misógino. Eva —expresa el maestro— fué creada por Dios para corregir y compensar la parte de razón que la divinidad se dignó conceder al hombre. El sentido común constituía un peligro para el mundo; al crear la mujer, Dios creó la locura, Erasmo define al nuevo ser como “un animal loco e inepto, aunque amable y gracioso”. Al referirse a la dificultad con que tropezó Platón para clasificar a ese “bello animal”, si entre los racionales o bien entre los irracionales, se mantuvo igualmente perplejo, y vacila si debe o no considerar a la mujer “un ente humano”. Aunque no lo confiese, recuérdese a esta altura que hubo individuos del sexo femenino opulentamente letrados, desde la sabia y remota Hipatia hasta la espléndida Julia de Aragón, la autora de la *Infinidad del perfecto amor*, que a la sazón comenzaba su existencia galante; y al reconocer que algunas veces la mujer puede inculcar razón o sentido común, concluye que siempre lo hace con dificultad, “como un buey que disputara una carrera de velocidad”. Sea cual fuere la máscara con que se disfraza, la mujer será siempre loca (dice Erasmo), por la misma razón “porque un mono será siempre un mono, aunque, como en el apólogo griego, lo vistan de púrpura”. La superioridad de la mujer no consiste en la razón; consiste en la belleza. Eva existe, no para entrar en ratiocinios, sino para pervertir y para ofuscar al hombre. Por eso los dioses le concedieron la hermosura y —añade el futuro maestro de Lovaina y Basilea— “un no sé qué de perpetuamente joven, cara imberbe, voz musical, piel suave”, en contraste con el hombre, hirsuto, corpulento, taciturno. La convivencia de las cortesanas italianas no dejó, a pe-

sar de todo, de hacerse sentir en el espíritu de Erasmo, que se muestra conocedor de la complicada arte de cultivar la belleza femenina, refiriéndose a los baños, a los peinados, a los perfumes, a los cosméticos, a las pinturas del rostro y de los ojos, a la tintura de los cabellos en la “bárbara corte” de Tertuliano, a todos los artificios de gineceo o de balneario que Firenzuola, Nifo, Ficcino y Castiglione habían de describir con la solemnidad de una liturgia. Y sin pensar —teólogo austero más que psicólogo sutil— que casi todos los defectos de la mujer son, en último análisis, obra del hombre, Erasmo profiere, sin apelación, la sentencia inexorable: “la mujer es la más acabada expresión de la locura sobre la tierra”.

Evidentemente, la conciencia contemporánea rechaza semejante concepto y se manifiesta en abierta oposición a él. El doctor de Rotterdam, que dió al mundo la lección de serenidad mental, no supo mantenerse sereno al pronunciar su juicio acerca de la parte bella y más noble de la humanidad. Ejerció en el siglo XVI la dictadura de la inteligencia; se abstuvo de ejercer la de la galantería. Fué sabio, pero no fué justo. Su misoginia se originó por ventura en la soledad claustral a que se entregó el maestro. Le faltó en la existencia la sombra y la sonrisa de una mujer; se pronunció acerbamente contra un bien que (¡ay de él!) no conoció. Si el teólogo venerable pudiera, al fin de cuatro siglos volver a la vida; si el maravilloso retrato de Holbein se animara, dejara el libro en el escritorio, abriera los ojos y se inclinara un momento sobre el espectáculo del mundo; si le fuese dado asistir al drama angustioso que está convirtiendo al mundo en una hoguera y en una ruina, y que ame-

naza subvertir la civilización del Mediterráneo y la latinocrisiana, obra también de su genio, habría de reconocer que la verdadera expresión de la locura sobre la tierra es el hombre, empresario tenebro-

so de las guerras y no la mujer, flor de ternura, de belleza y de gracia, que sufre y llora mientras en ademán de súplica levanta hacia Dios las manos inocentes de todo yerro y de toda culpa.

INDIO JESUS

Por JOSE F. VALIENTE

En el camino polvoriento sus pisadas levantaban nubecitas de polvo y su bordón renqueaba al desacompasado ritmo de su andar inseguro y fatigado. Un viejo sombrero de palma cubría su cabeza protegiendo sus ojos cansados de la inclemencia del sol.

Asomó sobre el montículo, camino arriba. Era otro más, peregrino de ninguna parte con rumbo a cualquier parte. Sucio de polvo de todos los caminos y anhelante de todos los cruces y revueltas del sendero, como esperando el milagro de lo desconocido.

Llegóse hasta la puerta. Pidió, tímido y respetuoso, permiso para saciar su sed en la fuente del patio. Bebió sosegado, a largos sorbos, paladeando la frescura del agua, más con sus ojos incoloros que con su boca polvosa. Con gesto litúrgico limpió sus labios con el dorso de su mano rugosa y seca y recorrió la escena de aquella tarde en que el sol fatigado, como la insaciada ilusión del caminante, buscaba refugio tras de los lejanos montes de plomo.

Preguntó luego si le sería permitido hacer noche en los corredores de la casa. Obtenido el permiso desarnesó de su espalda el pequeño atado con sus pertenencias, colocó el tosco bordón en una esquina, desenrolló una vieja hamaca de lona y procedió, con gesto a la vez familiar y solemne, a colgarla de dos pilares vecinos. Despojóse entonces de su raído sombrero dejando al descubierto su cabeza de entrecana pelambre arratonada sobre

un rostro azafranado y cartonoso, surcado de arrugas profundas. Sus ojos eran más viejos que el resto de su persona y estaban perdidos, incoloros, en la profundidad de unas cuencas hondas que los volvían más pequeños y penetrantes. Sus pómulos salientes y su rostro con unos cuantos pelos lacios en las comisuras de los labios y otros tantos, en guerrilla, en la barba y mejillas; hablaban, más que su acento, de su ancestro aborigen, resignado, indiferente y perdido en edades y sierras ignotas. . .

Su cuerpo era mediano y lo único prominente en él era el abdomen que abortaba por encima de unos calzones de estameña viejos y sucios, sostenidos por fuerza de la costumbre, en el bajo vientre. Sus extremidades eran delgadas y sus manos, largas, delgadas, huesudas, nudosas y expresivas.

Vagabundo. . . Errante. . . perdido en tiempos y caminos iba por todos los senderos, sin venir nunca. Lodos y polvos de rutas indecibles habían pulido sus caites de toско cuero y años incontados habían despulido su tez melada y cetrina.

Sentóse finalmente en su hamaca, lió un cigarrillo, encendiolo y aspiró complacido el humo azulenco que era del color de la tarde. Escupió por el colmillo y adoptó la meditativa actitud de los dioses de su raza, que en otro tiempo fuera dueña de las tierras. . . Estaba tranquilo: el viejo sol había tostado su alma un día más, un nuevo camino había pasado lento y pausado bajo sus ojos y absorbido las huellas de sus pies y su bordón. Ayer. . . quién sabe dónde. . . Mañana. . . no importa todavía. . . Saldría el sol, un nuevo camino polvoriento serpentearía ante sus ojos y bajo sus pies con nuevos cruces y revueltas que siempre serían promesa no cumplida; habría otra fuente en donde mitigar su sed, habría dos nuevos troncos en donde colgar su hamaca cuando el sol, su compañero de siempre y hasta nunca, buscara reposo tras de los lejanos montes; nuevos montes cada día pero el mismo sol, nuevo albergue cada día pero el mismo hombre. . .

Era noche de navidad. En el viejo caserón todo era afanes y trajines de última hora. La carne de la res destazada para el festín humeaba y perfumaba el ambiente, los tamales roncaban perezosos en la olla panzona y los trabajadores se aprestaban a acudir a la festividad con que, una vez más, se celebraría el nacimiento del Hijo de Dios hecho hombre.

El viajero, con mejor suerte que aquellos otros dos viajeros de Nazaret en Belén, fué también invitado a la celebración y su boca desdentada gustó de las delicias de lo inesperado y de la abundancia saciadora que, por olvidada, le era ya desconocida. Devoró las vituallas con sobria dignidad, haciendo pausas para tomar largos sorbos de café humeante, espeso y negro. Escuchó la conversación de la bullanguera compañía y sólo de rato en rato habló para agradecer más vituallas servidas o la oferta de pequeñas atenciones, siempre con grave y señorial dignidad. Saciada el hambre y la sed, respetuoso, agradeció de nuevo el banquete y se levantó del grupo para

retornar a su hamaca, en donde nuevamente lió un cigarrillo y se diluyó en sus pensamientos, así como se diluía el humo de la brasa en la noche sin límites... Era feliz y su felicidad, como todas sus pertenencias, que no eran ninguna, tenía que ser compartida. Tal como compartía el calor del sol, el agua de las fuentes, el polvo de los caminos y sus ansias...

Entonces comenzó a hablar, comenzó como si tomara de nuevo el hilo de la conversación que hubiera sido interrumpida al acaso. Con la misma facilidad con que cada nuevo día reemprendía su camino, de lo ignorado a lo desconocido. De lo ignorado por ya visto a lo desconocido nunca presentado. Pero a diferencia de su andar por los caminos, con el irregular paso de sus tres extremidades —porque el bordón era otra extremidad en él— su lenguaje era flúido, suave y cadencioso, con angustias de acento indígena agriando las sílabas dra, dre, dro, masculinizando algunos femeninos y emasculando más de algún masculino.

A la vista de las caballerizas contó primero el cuento del caballo de los siete colores, matizando su narración con toda la policromía del iris.

Hizo rodar ante nuestros ojos alucinados el carro de oro y celajes de la cenicienta, tirado por doce caballos de nobleza rara y espíritu inquieto. Y cuando sonó la última campanada de las doce la hizo regresar, presurosa, a la ceniza de su cocina y al fogón de su encantamiento, con un lucero en la frente que fulgía como la mirada del narrador...

Erizó nuestra piel con historias truculentas de brujas y enanos patizambos que danzaron en los tejados a la luz pálida de la luna de verano. Nos hizo subir a la alfombra maravillosa de su fantasía y correr los cielos de lo irreal guiados por la fluente sinfonía de su palabra cadenciosa, en su lenguaje raro y antiguo. Sus manos pintaron en el aire los castillos que su ilusión creaba en la noche memorable. Sus dedos largos y huesosos tejieron en la sombra las galas y encajes de las vestiduras de las princesas y hadas y rasgaron los andrajos de las brujas y los ogros. Su boca devoró los niños tiernos y sonrosados con que se alimentaba el ogro negro y gigantesco. Su voz se convirtió en un hilo cuando la bruja tuerta examinaba la cola de ratón que los niños prisioneros le mostraban cada día en su palacio de azúcar y turrón. Su vientre prominente se sacudió convulso con las risas de Midas al contemplar su oro y sus ojos lloraron la miseria del rey inmensamente rico que se moría de hambre porque no podía comer.

Los malos pelos de su bigote se enroscaron con la cola del dragón y su mirada fué la espada del príncipe encantado que llegó en caballo con alas a libertar a la princesa pálida que se moría de amor. Sus ojos brincaron traviosos con el tío conejo, haciéndole diabluras al tío coyote chamuscado.

Después... su dedo señaló al oriente y nos mostró la estrella que guiara a los Reyes Magos por el desierto sin límites, como su fantasía y nos hizo

recorrer los arenales sin fin montados en camellas blancas adornadas con gualdrapas de oro, por el camino que lleva a Belén. La policroma sinfonía de su voz pintó en colores olvidados el canto de los pastores y se abrigó en sus ojos y su ilusión para alumbrar el pesebre en donde el Inocente irradiaba paz al mundo. La espesa barba de José se ensortijó en su dedos antiguos y la dulzura de María puso nota de almíbar en el timbre de su voz, que se tornó áspera como los riscos de Makeronte con los anatemas de Juan. Luego se carcomió su acento con los remordimientos y las vacilaciones de Herodes ante Salomé y la cercenada cabeza del Bautista. Derrochó gestos de grandeza cuando describió el palacio del Tetrarca y nos mostró al Gobernador romano que pasaba, con sus centuriones, en sendos corceles piafantes; y sus ojos chisporrotearon con las herraduras al herir los peñascos de Jerusalén.

Huyeron sus manos y su voz de la decapitación de los inocentes ordenada por el Tetrarca y para salvar la vida del hijo del hombre emprendió, en tarda borrica, el largo camino a Egipto. Su boca desdentada aserró con José y su hijo los maderos del diario trabajo. Flameó su mirada lejana al encuentro del niño perdido y hallado en el templo entre los doctores y su palabra alcanzó proporciones de prodigio cuando contó de la sabiduría del que sería crucificado.

Al llamado de su voz los pescadores abandonaron sus redes para seguir a Aquel de la mirada extraña, que hablaba de bondades en tono de manse dumbre y prometía paz eterna en el reino de su padre. Sus manos convirtieron el agua en vino, cuando nos sentamos a la mesa en las bodas de la hija de Canaán y curaron las llagas de la lepra en los cuerpos de los que estaban podridos en vida, abrió los ojos de los ciegos ante nuestra mirada atónita. Resucitó con palabra estentórea de timbre no descrito e hizo levantarse y andar a Lázaro.

Fué pérfido cuando el Iscariote besó a su maestro y su ira la sintió la oreja del sirviente de Caifás. Nos hizo recorrer los caminos del monte de los Olivos al Templo, a la casa de Caifás, al palacio de Herodes. . .

Su boca grotesca gritó la angustia de la esposa de Pilato al reconocer al Judío de su sueño y junto con Poncio, lavó sus manos en la luz pura de las estrellas.

La turba judía se estremeció de furia en su acento. Su voz, con la cruz a espaldas, subió el camino del monte Calvario y murió de angustia con el Justo que sangraba por todo su cuerpo.

Fatigado, en la avanzada noche, con manos de ternura recogió el cuerpo del Señor con José de Arimatea y lo embalsamó con mirra y aloe que Nicodemo tuviera. . .

A la mañana siguiente, cuando lo buscamos, ya se había marchado con su hamaca y sus cuentos, camino arriba, sonando guijarros con su bordón, buscando nuevos caminos y olvidando los ya recorridos. Un nuevo

rumbo cada día, una nueva fuente para su sed, un nuevo albergue en donde colgar su hamaca y los mismos cuentos donde prodigar su fantasía...

Su nombre?... No lo dijo. Pidió que lo llamáramos el Indio Jesús. Para mí, en mis recuerdos, a pesar de treinta años, sigue siendo el INDIO JESUS...

Sobre la Versificación de "Los Aeronautas"

Por FRANCISCO GAVIDIA

I—La aparición de nuevos metros es un hecho en América y España.

Es un peligro para el idioma y para el buen gusto que estos versos nuevos sean informes.

Pero siendo esa aparición una evolución inevitable del idioma, interesa que estos versos nuevos, para decirlo de una vez, sean poéticos.

Historiemos.

En 1882, después de leer *Los Miserables*, cayó en mis manos un volumen de poesías de Víctor Hugo.

Yo había oído leer versos franceses a franceses de educación esmerada, y, por más que ahincara mi atención, aquellos no me parecían versos de ningún modo.

Me parecía prosa distribuida a iguales renglones.

El misterio no duró mucho tiempo, pues sin maestro ni otro auxilio que mi sensualismo pertinaz por todo ritmo, acerté a descubrir en el interior del verso francés el corazón de la melodía que forjó y creó el genio sabio de Asclepiadeo.

Feliz con mi personal hallazgo, leí versos franceses para mi gusto y recreo; y los leí a quien quiso oírme, que fueron pocos, entre los estudiantes compañeros de prensa que eran entonces pini-pollos de literatos, médicos y abogados; y los imité, como diré después, en muchas composiciones que están en mi primer volumen *Versos*, edición de 1884..

Pero hubo uno que prestó una atención como yo la buscaba: que me oyó una vez, y dos y más parrafadas de versos franceses, y un día y otro día; y finalmente leyó él a su vez como yo mismo lo hacía.

Este mi interlocutor era entonces un gran *palmino* y un gran *becqueriano*; había leído cien décimas dignas del mismo D. José Joaquín Palma ante el Congreso de Nicaragua, y llenaba los álbumes con imitaciones deliciosas de Bécquer.

Nada había hasta ahí en él de modernista; o mejor dicho, de francés: este era Rubén Darío.

Un día me mostró una resmita de cuartillas que abultaban de cierto modo jactancioso: era el

tiempo y la edad nuestros en que el mayor volumen participaba del mérito de la obra literaria.

Era un comienzo de poema.

Estos versos eran una imitación del verso alejandrino francés en pareados castellanos.

Uno de ellos que nos llamara la atención en una de nuestras lecturas, porque estaba formado con sólo dos palabras, el verso célebre:

Rebruniquécherait Nabuchodonossor,

había sido imitado en el poema. Hablando del huracán en sentido simbólico, el poeta decía:

*No le temas, oh yerba, que desconoce el prado,
¡Témele tú, robusto, monocotiledón!*

Este conocimiento de un ritmo tuvo la importancia del hallazgo del filón de una mina monstruo.

¡Quién hubiera creído que la música de unos versos franceses, leídos en un cuarto de estudiante, de una casa de la entonces llamada calle de San José, ahora 8ª Calle Poniente, iba a tener tan poderosas alas, como para influir, cual si fuese una luna o un cometa, en el ritmo que preside en el flujo y reflujo del mar del habla castellana, por lo menos en el hemisferio hispanoamericano; y no sólo en el ritmo, en el estilo y en algunos órdenes de ideas!

La reina Mab, partera de las hadas que después diera asunto a un cuento azul, fue un tópico de aquella charla incesante que no era todo lo baladí que nosotros suponíamos. En arte todo asunto que se refiera al gusto y la crítica tiene importancia relativa. Estáis jugando con un metro y resulta que asistís tal vez, como en tiempo de Berceo, a una modificación parcial del idioma, es decir, en el modo de pensar y sentir de muchas gentes.

Y cualquiera que sea la importancia que se le dé a la introducción en el castellano del metro francés y aunque este joven revolucionario esté muy lejos de poder destronar al Emperador Endecasílabo —y a las otras ramas reinantes de su dinastía— me place recordar que de la antigua calle de San José, salió esta oleada de vida literaria, cuya ondulación ha llegado a todas las playas de América!

No sé las cuestiones de estética que interesan a nuestra América y que se contienen en este asunto.

¿Qué puesto y qué rango y qué papel asignaremos al ya antiguo verso de Abigail Lozano y de Velarde? ¿Qué puesto y qué rango y qué papel asignaremos al lindo verso palmino, al hermosísimo verso mejicano? ¿Son ellos lo que la danza habanera respecto de la sonata de Haydn, de Mozart y Beethoven? ¿lo que es el vals de Strauss y de Waldteufel respecto de una ópera? Más, mucho más sin duda alguna, que la danza y el vals. No quedarán perdidas esas formas para la literatura latino-americana; mas hay que conciliarlas con una forma estética universal. Pues, recordémoslo, cuando se representó nada menos que *Guaraní* en Europa, la célebre danza, que *hizo furor* en todos los teatros latinoamericanos, no fue comprendida por los públicos europeos.

Es todo. Es que se estaba contra el ideal ático.

Hace veintidós años Joaquín Méndez y Román Mayorga Rivas me llamaron *clásico*, cuando parado sobre una tumba, ante el cadáver de un escritor, pronuncié estos versos, cuyo colorido mate desafió el color radiante y la música sensual de los ritmos dominadores de la época:

*En el patrio Parnaso, al triste acento
Que la nueva dilata quejumbroso,
Las nueve hermanas la región del viento
Con sus sollozos pueblan, y el lloroso
Rostro ocultan, vagando en la arboleda
Que enluta su ramaje silencioso;
Aquella es aura que susurra leda*

*Y que cuenta a los lirios y a las rosas
Que el laúd de Valdés ya no remeda
Las voces del Favonio, nemorosas,
En la dorada reja aprisionado
De mal pagadas ansias amorosas.
Este, Céfito triste y sosegado,
Ni el llanto que mojó ese laúd orea
Ni hace sonar sus cuerdas, destemplado.
¡Tal se extingue la llama apolínea!*

Si las celebridades lo son para que tomemos de ellas lo bueno y lo bello, permítaseme recordar los apuros de Wagner para definir sus ideas y sus obras. Pues bien; yo no creo que fuesen clásicos mis versos. Creo sólo que eran una conciliación entre las formas poéticas reinantes en la América Latina y el Castellano que reclamaba sus derechos después de los odios de las guerras de la Independencia.

Por lo demás se trata de hechos conocidos de cuantos leen y escriben entre nosotros.

Tócame llegar a ocupar el sitio que me señalaron en el mundo de nuestras letras, en el momento en que se suprimían los estudios de latín. ¿Suministré yo en mis versos y mi prosa un lenguaje literario? ¿Hasta qué punto mis amigos y yo hemos podido contribuir a contrarrestar los efectos de esta supresión que no se hizo como en Francia, de lo cual he hablado en otra parte?

Tomamos lecciones, principios y ejemplos de los maestros y de la Historia de la Literatura; pues para eso sirven.

Garcilaso dió al castellano la forma del Renacimiento. Haberla tomado de él ¿amengua en nada la vasta labor particular de los sendos teatros de Lope de Vega con su genio individual oceánico o de Calderón de la Barca con su genio individual celeste?

La nueva generación en El Salvador, pues espero aún ver la literatura de los últimos dos años del resto de América, emprende ya, así me parece, los estudios de Filosofía, según el espíritu y las nuevas ideas por mí propagadas. Esto creará una crítica que pueda tomarse en cuenta, y mientras tanto, ni debe estimularse el atrevimiento de los audaces ni los escritores de conciencia deben dejar que las corrientes del pensamiento latinoamericano caminen al acaso como las fuerzas naturales y brutas del mar o del viento.

En todo caso se me dirá, no es permitido hacerse justicia en causa propia.

A lo cual contesto que es un deber pedir justicia en causa propia; y que tratándose de cierta barbarie de nuestras letras, es un derecho de legítima defensa pedir y a veces hacerse justicia.

La escuela poética de Bello, de Olmedo y de Heredia...? Qué cosa tan respetable! Y sin embargo, pertenece a la Historia. Nadie intentaría seriamente, en nuestros días, escribir una oda o una silva clásicas.

Se estudia esta escuela: ya no influye y ya no tiene imitadores.

La escuela poética de Abigail Lozano; del Zorrilla de América, es decir, de los imitadores de don José Zorrilla, latinoamericanos; la escuela de Velarde... todas han pasado ya.

La escuela de Nájera, Juan de Dios Peza y Díaz Mirón... Joyas guardadas en estuche. Pero empiezan a tener el perfume del oro viejo

Pues también la escuela "nuestra" palidece.

* * *

Íf—¿Qué es eso de escuela "nuestra"?

No denuncia esta palabra pretensión alguna. No debe nadie, pues, alarmarse.

Tanto más que para explicar lo que es esta escuela "nuestra", a la cual en otra ocasión

hemos dado el nombre de "escuela de San Salvador", nos limitaremos a ampliar lo que antes hemos dicho, sencillamente.

Nacieron los metros o versos que hoy dominan en la América Latina y en España de mis lecturas de versos franceses.

Como ni los franceses ni los ingleses marcan el ritmo ni la melodía en sus recitaciones, ni aun los grandes actores en el teatro, a lo que entiendo; era para mí asunto de suma importancia (y en verdad la tiene cuanto no puede pensarse) averiguar en qué consistía el ritmo, la melodía, la cadencia o la armonía (que de todos modos se dice), de los versos franceses.

Seamos didácticos un poco:

He aquí un ejemplo; el siguiente verso:

¿Qui peut savoir combien de jalouses pensées...
(¿Quién puede saber cuántos celosos pensamientos...)

El gran actor francés recita de la manera siguiente:

¿Qui peut savoir...
Combien de jalouses pensées...
(¿Quién puede saber...
Cuántos celosos pensamientos...)

Y este modo de recitar destruye el verso.

Pero el mismo gran actor, interiormente, recita el mismo verso de esta manera:

¿Qui peut savoir combien...
de jalouses pensées...
(¿Quién puede saber cuántos...
Celosos pensamientos...)

El corte inmediatamente después del adverbio "combien" que por su naturaleza debe unirse a "pensées", no sería del gusto de todos los avezados a las formas del lenguaje de la prosa.

Este corte descubrí yo en mis lecturas y como era el tiempo de los últimos años de la adolescencia y primeros de la juventud, y éramos expansivos y ruidosos, recité versos franceses alejandrinos, como ya dije a algunos de mis amigos, entre ellos el ya célebre Rubén Darío.

El invento era muy sencillo, podrá decirse: habría bastado hojear un manual de métrica francesa. Podría yo contestar que cuándo se ha enseñado métrica francesa entre nosotros.

Pero esto habría sido nada: los manuales de métrica francesa que yo conozco, enseñan el corte o cesura del alejandrino, pero no enseñan lo más difícil del alejandrino francés: los acentos.

Procuraré hacer comprender la importancia de este asunto.

El verso alejandrino castellano tiene (tenía) el mismo corte o cesura que el francés, el cual divide el verso en dos partes: he aquí un alejandrino de Zorrilla:

¿Qué quieren esas nubes
que con furor se agrupan...

y el famoso de Acuña:

Pues bien yo necesito
decirte que te quiero...

Los acentos forzosamente eran cuatro:



el primero en la 2ª, el segundo en la 6ª, el tercero en la 9ª y el cuarto en la 13ª sílabas. Esta era una forma tipo, aunque como en toda versificación, hubiese pocas excepciones.

Es una forma bellísima del alejandrino, que en castellano, al presente tiene dos formas, la antigua, que dejo descrita, y la moderna, que si la modestia lo permite, diré que me debe su origen.

Podría llamarse "antiguo alejandrino" el de Berceo o el del poema del Cid, pero yo designo estas formas con el nombre de "primitivas": es un verso que quiere ser alejandrino, pero que no lo es todavía. Compárese: Alejandrinos del *Poema del Cid*:

*Myo Cid, Ruy Díaz por Burgos entraba
En su compaña LX pendones leuaua: exien lo ver mujeres é uarones.
Burgueses e burguesas por las finiestras son puestos.
Plorando de los oíos, tanto auyen el dolor.
De las sus bocas todos dezían una razón:
Dios, que buen bassallo si ouiesse buen sennor!*

Los hemistiquios no lo son propiamente porque no son iguales. Tributemos de paso, lector, un homenaje de admiración al que le dió alas al idioma castellano!

Alejandrinos de Berceo:

*En el nombre del Padre que hizo toda cosa,
Et de don Ihesuchristo, fijo de la gloriosa,
Et del Spiritu Sancto que igual de ellos posa,
De un confesor sancto quiero fer una prosa...*

También hay en éstos (versos 3º y 4º) desigualdad de hemistiquios. En unos y otros los acentos son anti-rítmicos.

Véase los alejandrinos de Zorrilla y véase cuán grande es el camino recorrido por el idioma:

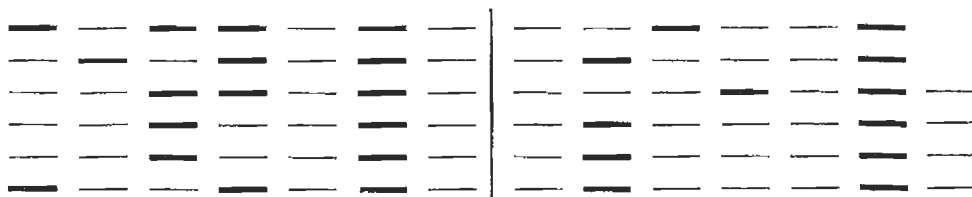
*¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan,
Del aire transparente por la región azul?
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
Del cénit suspendiendo su tenebroso tul?*

Los hemistiquios y acentos son como sigue:



El alejandrino imitado del francés puede verse en los versos de la traducción de *Stella* de Víctor Hugo. (Hice yo esta traducción en la mira de hacer comprender la estructura francesa).

*Yo dormía una noche a la orilla del mar.
Sopló un helado viento que me hizo despertar.
Desperté. Vi la estrella de la mañana. Ardía
En el fondo del cielo, en la honda lejanía.
En la inmensa blancura suave y soñolienta.
Huía Aquilón llevándose consigo la tormenta.*



La variedad de acentos es muy grande. Sólo en el primer verso, como se ve, los hay en las sílabas 1ª 3ª 4ª 6ª 10a. y 13a. Recítense los alejandrinos de Zorrilla y después la traducción de *Stella* y la diferencia de acentuación que hemos significado gráficamente se comprenderá en seguida. Tanto la cesura o corte, como los acentos, fueron por mí descubiertos al oído.

Para todos adquirirá este asunto su verdadera importancia cuando recordemos que *el verso es el molde en que se vacía el lenguaje*.

En el molde del alejandrino de Zorrilla ¿qué puede caber?

Sólo el himno, el lenguaje ditirámico. El lenguaje del drama, de la comedia, de la ciencia, del texto elemental, del editorial de periódico, pues las formas de la prosa se derivan de las formas del verso, no pueden derivarse de ese molde: tiene muy pocas inflexiones: su canto, su ritmo los excluyen.

No así el alejandrino francés; la tragedia, el drama, la misma comedia, lo emplean para diálogos de estilo templado, gracioso, y aun del de la farsa. En su molde, pues, cabe el lenguaje en muy diversos matices: la prosa del texto, de las leyes, tan concisa, del periódico, de la cátedra.

Tuve yo, sin embargo, el escrúpulo de que los acentos, en gran número, del alejandrino francés, como sus rimas pareadas, sus finales agudos del primer hemistiquio, que en las formas idiomáticas del francés, cantadas, aladas, no disuenan o molestan, no fuesen propias de las formas esculturales y definitivas del castellano.

Entonces hice la adaptación, cuyos acentos, distintos de los de segunda, sexta, novena y décima-tercia sílabas del alejandrino antiguo, van a observarse (se habla de una selva):

Y más arriba el nido
Que se mece en la rama | con pausada inquietud;
Y luego más arriba | hojas, aves; y luego

Más arriba, el azul.
Por aquel rudo templo
En su carro invisible | pasa una bendición;
Se hinchen los granos, se abren | los capullos, se siente
Un soplo creador.

Acentos:

En el primer verso en las sílabas segunda, cuarta y sexta.
 „ „ segundo „ „ „ „ tercera, sexta, octava, décima y décima tercera.
 „ „ tercer „ „ „ „ segunda, sexta, octava, décima y décima tercera.
 „ „ cuarto „ „ „ „ primera, tercera y sexta, &.

Las cesuras de estos versos eran completamente inauditas y los que como Juan Ramón Molina, que entonces tendría 8 ó 10 años, ya encontraron el instrumento que él manejó por hábito, se asombrarían del estupor que causaron cesuras como la del verso tercero:

Y luego más arriba, hojas, aves; y luego...

en que una *h* hace las veces de la cesura kilométrica de los antiguos alejandrinos.

En este molde cabía todo género de lenguaje. Se había abierto mucho camino al trabajo del pensamiento.

Versos míos de esa forma y de ese tiempo son *La investigación de lo bueno*, *La defensa del Dios Pan*, y la traducción de *Stella*.

El primero que adoptó esta forma con las rimas pareadas del alejandrino francés fué Rubén Darío; y la proporción en que la adopción del nuevo verso en América y España, debe distribuirse entre sus versos y los míos, desaliñados y oscuros, no es a mí a quien toca estudiarla, porque yo siento demasiado en este asunto. Aun el punto de precisar cuáles fueron los versos que primero se escribieron en el ritmo afortunado, y si eran de Darío o míos, me es difícil de dilucidar y la memoria no me ayuda para ello.

Mis versos *La investigación de lo bueno* son de por 1883.

Esta escuela misma, digo, cuyo oriflama, señal y distintivo ha sido el nuevo alejandrino, palidece.

Deja una clase más de verso al idioma; moldes fáciles a la prosa; pero ha llenado su papel; esta manifestación de la "escuela de San Salvador" se muere. ¿Ha llenado su destino? ¿lo ha llenado todo?

Lo que hay de cierto es que nuevas tentativas métricas invaden el espacio que nuestro alejandrino desaloja. Muchos poetas de América, España y Filipinas ensayan metros caprichosos. ¿Es esto un acierto?

El descubrimiento o la invención del *Alejandrino Polítono* o de varios acentos, a diferencia del antiguo, que sólo tenía cuatro, no es más que el primer suceso de una serie de sucesos idiomáticos. Mis explicaciones tienen que ser claras.

Barbarizada Europa en el siglo IV de la era de Jesucristo, los idiomas de los bárbaros apagaron con su estruendosa algarabía los sonidos de la lira de Grecia y de Roma. Naufragaron los idiomas griego y latino y con ellos su poesía, sus versos, su misma pronunciación.

Tres elementos idiomáticos se mezclarán entonces: los restos de estos mismos idiomas clásicos, las lenguas de los bárbaros, y las semíticas, llevadas a Europa del Asia por la dispersión de los hebreos y por las conquistas de los árabes.

La proporción en que entran los idiomas semíticos en los modernos, no tanto por lo que hace al vocabulario (en el español algunos centenares de palabras y raíces) cuanto por su sintaxis económica en flexiones, las cuales tienden a eliminar, no ha sido bastante estudiada por la Filología Moderna. Sin embargo, tocante a los idiomas —y en esto veo el cumplimiento de la idea hegeliana de la unión del Oriente con el Occidente—, el Occidente da sus raíces, el Oriente da su construcción sencilla, tan avanzada por esto como no lo exige la filosofía del lenguaje moderno.

¿Era obra de unidad la del Cristianismo? Pues la unidad simplifica, y la construcción semítica era la simplificación de las infinitas desinencias de los idiomas clásicos.

Pero al principio los nuevos idiomas eran una mezcla bárbara, de que dan idea, aunque pertenecen ya a una época avanzada, los versos de *Poema del Cid*, que he citado, y los de Berceo, por lo que hace al castellano.

Se sabe que este estado general de confusión de lenguas, verdadera Babel, duró el espacio de mil años.

Habría desaparecido la civilización y la tierra sería un planeta desolado como la luna, si el espíritu humano no se hubiese replegado y vivido en los idiomas clásicos y semíticos. Las escuelas de Carlomagno en que se enseñaba el latín y las universidades árabes en que al idioma árabe se traducía a Aristóteles, fueron el arca en aquel diluvio de idiomas bárbaros. Por fin llega el Renacimiento, que es más bien una resurrección de la Grecia.

Entonces de esta mina fabulosa de las letras greco-latinas, la Italia saca el endecasílabo que de su lenguaje informe va a hacer el toscano; la Francia saca el alejandrino y la España el octosílabo de su Romancero.

Una vez hallados éstos, la obra de vaciar en ellos el idioma es inagotable. La Italia y la Francia se contentaron con su primer hallazgo. España tomó de Italia por obra de Careilaso y de

Boscán, el endecasílabo. Me refiero a los metros principales por ser los de más influjo en la formación y genio de los idiomas.

Tocante al alejandrino francés, el castellano lo ha adquirido en nuestro tiempo, y la modestia me impide insistir sobre ello.

¿Estaba agotada toda la mina del renacimiento griego?

¿Eran el octosílabo español, el endecasílabo italiano, y el alejandrino francés todo lo que había en el Renacimiento griego?

Para condensar en pocas palabras la respuesta diré que nada menos que Homero permanece ignorado en este sentido. Los helenistas como Havet y Manoury se quejan de que los sabios de Europa ni siquiera conocen la pronunciación de los versos de Homero y de que los leen como prosa, hábito que se extiende a los poetas latinos.

Nada menos que Homero...

Los dominios que rige el semidiós son extensos. Nada menos que ochenta y cuatro formas diversas, y la enumeración no se ha concluido, hemos contado dentro de la unidad sublime de su versificación, el invento más prodigioso de que puede enorgullecerse el espíritu humano.

III—Este asunto de metros no es un asunto baladí, tal como debe entenderse en esta exposición literaria. Si los metros que he indicado formaron los idiomas modernos, debe comprenderse la tesis siguiente:

La civilización actual no tiene los medios de expresión que necesita.

El endecasílabo bastó a la Edad Media en Italia. El octosílabo a la Edad Media española que resumen sus romanceros.

¿Qué ha hecho Víctor Hugo sino resumir esta época y su transición a la Democracia en sus alejandrinos inmortales?

Y sin embargo, y es cuanto puede decirse, en el alejandrino de Víctor Hugo donde cabe todo eso, no cabe lo más distintivo de nuestro tiempo, por ejemplo las manipulaciones de Pasteur en su gabinete, un combate electoral en las plazas de Ginebra o de Berna, la maquinaria de una exposición o las calderas de un *steamer* o de un acorazado de cuatro chimeneas.

Desafío a los poetas a que lo consigan con los metros conocidos, incluso el mismo alejandrino francés.

Para comprender esto hay que ver cómo la Geografía y Estrabón, la Historia y Herodoto, la táctica o manejo militar de los ejércitos, y, lo que parecería imposible, la misma estadística, surgen creados, inéditos, de los versos de Homero.

Una traducción no da una idea remota de todo esto. (Véase la Conferencia sobre Altos Estudios publicada en *Centro América Intelectual*, núm. 4).

La renovación actual del verso en España y América continuará, pues, la evolución empezada; pero su camino no debe ser el de lo *amorfo*: mi doctrina es, por el contrario, la de la riqueza de su morfología.

He aquí, pues, sin pretensión que me parece que excluye la naturaleza misma del asunto, el objeto de esta exposición literaria: señalar este camino, tanto por lo que hace a la forma como al fondo, no como jefe, por cierto, sino como ciudadano de la Gran República de las letras, a la hermosísima labor de la juventud latinoamericana. Mi cooperación en este sentido, aunque es modestísima, solicita la atención y la benevolencia de los lectores: este ejemplo dieron aquellos colosos de los siglos XVI y XVII que terminaban sus dramas inmortales con el repetido estribillo:

"Perdonad sus defectos".

En efecto, hemos trabajado y terminado una obra cuyo fondo y cuya forma responden a las doctrinas expuestas, y al escribir estas líneas queremos buscar el camino, y no hallar del todo cerradas las puertas del corazón. Siendo esta obra depositaria de las formas del hexámetro castellano, sírvanos de paradigma para explicar después en ella todas sus equivalencias con los hexámetros griegos y latinos.

(De "Obras", Edición: Imprenta Nacional, 1913).

Problemas Contemporáneos de Filosofía de la Educación

Por JUAN MANTOVANI

I. FILOSOFIA DEL HOMBRE Y TEORIA DE LA EDUCACION

No hay concepto verdadero de la educación si no se asienta sobre una imagen del hombre que se quiere y se debe formar, si no hunde sus raíces en la vida cultural. La suerte de la pedagogía está estrechamente ligada a la historia de la cultura y al desenvolvimiento de la filosofía. En ellas busca un ideal que nutra de sentido y fines a la educación y oriente sus contenidos. Una teoría educativa no es de origen arbitrario, sino producto, en primera instancia, de una visión del mundo y de la vida. Por eso el filósofo francés Emile Boutroux ha dicho: "Todo sistema de filosofía lleva implícita o explícitamente una doctrina pedagógica".

A la inversa, toda pedagogía es siempre un empeño por realizar principios o valores que caracterizan una concepción del mundo o una filosofía. A ello se debe la afirmación de Wilhelm Dilthey de que "la última palabra del filósofo es la pedagogía".

Es inconcebible una pedagogía como teoría de la educación sin una filosofía del hombre. Pero la pedagogía no es filosofía: lleva en su seno latente una filosofía en la que se mueve el hombre, el espíritu, la aspiración ética. En tal sentido toda pedagogía verdadera se convierte en un esfuerzo orgánico y consciente por exaltar los valores humanos. Toda educación, en su más hondo sentido, es un humanismo, porque educar no es un mero proceso de la

naturaleza, aunque sea inseparable de ella, sino que es siempre una elevación, proceso hacia un estado más alto, hacia un mundo de valores que conduzca a las expresiones autónomas de humanidad, o sea, a la libertad. La educación también evita que el hombre quede inconexo, aislado en sí mismo, sumergido en el curso sin sentido de su crecer meramente natural. Una de las notas más salientes del concepto de educación es la de ser una perfección, o mejor dicho, un perfeccionamiento de la formación: dar forma a lo informe, convertir en estructura orgánica a lo primigenio, lo originario; es la capacitación de la conciencia individual para su participación en la conciencia total de la humanidad. Por esto el primer planteo de fondo de toda pedagogía se sintetiza en estos interrogantes: ¿qué es el hombre? ¿cómo debe ser? ¿cuál es su destino? Preguntas que encierran los valores máximos de todo humanismo y constituyen el subsuelo de toda teoría de la educación.

En una época de crisis como la presente esas preguntas se vuelven más inquietantes, sobre todo ante la inseguridad y multiplicidad de las respuestas: el hombre se ha hecho más problemático. Esa misma problematicidad apresura los esfuerzos por alcanzar conclusiones firmes, y a ello se debe que se haya convertido en uno de los temas mayores de la filosofía contemporánea. Una disciplina importante, en auge en nuestro tiempo, la *antropología filosófica*, cuyo objeto es restaurar y esclarecer el concepto metafísico del

hombre, aporta valiosas contribuciones para la dilucidación de las cuestiones pedagógicas: señala la posición del hombre en el conjunto de los seres y lo que él debe ser, es decir, su origen y destino. Por ese camino la pedagogía puede aclarar lo que debe y no debe ser desenvuelto en el hombre a fin de que no se desaten en él fuerzas antihumanas, y se estimulen, en cambio, los valores que le permitan alcanzar su más alta condición.

II. FILOSOFIA DE LA EDUCACION

Además de los fundamentos filosóficos de sus principios, a la pedagogía o ciencia de la educación le interesa un tratamiento filosófico de sus propios problemas. No se trata simplemente de enunciar y aconsejar fines y medios educativos, sino de justificarlos, mucho más en una época de tanta perplejidad en los asuntos internos y externos de la escuela como la presente. El profesor John Brubacher, de la Universidad de Yale, sostiene que "la confusión se ha producido principalmente por las innovaciones que ha introducido en la educación la ciencia, junto al efecto total del industrialismo sobre las escuelas y la discusión de un ideal político de educación aceptado desde hace mucho tiempo". Las fuerzas en conflicto reclaman una reflexión sobre sus fundamentos y una visión global del problema. En el campo de la educación lo más frecuente son planteos y soluciones parciales que, sin el enlace de una teo-

ría general, corren el peligro de caer en contradicciones. Es inútil intentar una renovación pedagógica mediante un simple cambio metodológico, pues sólo se obtiene con ello mejoramientos superficiales. Una reforma, en cambio, presupone una mudanza de principios fundamentales y la adopción de nuevos valores. Como es sabido, Pestalozzi fundó su idea general de la educación y sus reformas didácticas, globales y parciales, sobre una categórica antropología filosófica diluida en sus escritos y expuesta de un modo expreso con anticipación en *Mis investigaciones sobre el curso de la naturaleza en el desenvolvimiento del género humano*. ⁽¹⁾ En ese trabajo afirmó la existencia en el hombre de tres estratos inseparables —el hombre natural, el hombre social y el hombre moral— cada uno con su dirección o ley, predominando respectivamente en las tres etapas fundamentales del desarrollo individual: infancia, adolescencia y madurez. Sobre esa base la educación, en su sentido profundo, constituye el tránsito contrapuesto y sucesivo, pero unificado, de esos tres estratos con el propósito de elevar la vida del hombre desde su naturaleza original sensible hasta su naturaleza superior moral. ⁽²⁾

Para hacer claramente consciente y crítica al educador esa trama de sus problemas se ha erigido la *Filosofía de la Educación*. Por ser filosofía

quiere agotar el saber: llegar a la última verdad sobre los problemas, a la verdad incondicionada, que no admite supuestos. Por eso la filosofía de la educación tiene por objeto el estudio de los problemas previos, anteriores a la acción educativa: posibilidad y legitimidad de la educación; derecho y deber de educar; naturaleza de los fines y los medios formativos, etc. El valor de una doctrina de la educación depende, en primer término, del valor de la concepción antropológica que le sirve de apoyo y de la esencia de los fines que adopta. Todo proceso de educación mira hacia un estado superior, una finalidad, que constituye la llave de ese proceso, la imagen determinante de la transformación. Aunque la influencia espontánea de la naturaleza y la refleja de la sociedad tienen efecto formativo y a veces deformativo, la educación, en su verdadero sentido que es intencional, procede de la acción o influencia espiritual, es decir, es obra del hombre. La filosofía de la educación estudia la naturaleza espiritual, el alcance formativo y la legitimidad de toda acción educativa. Por eso a ella le corresponde contestar a espinosos interrogantes como éstos: ¿La influencia educativa, supone una violencia que se ejerce sobre la naturaleza del ser o es un mero estímulo que deja subsistente el ser originario, desenvolviéndolo y ayudándolo a crecer y a formarse? De esta pregunta se desprenden otras, que se sintetizan en el grave problema del *derecho de educar*, interrogativamente planteado de este modo: ¿de dónde

(1) G. E. Pestalozzi. *Me indagini sopra il corso della Natura nello svolgimento del genere umano*, traducción del alemán al italiano por Alfredo Piazzì. Vallecchi Editore, Firenze. 1926.

(2) Véase en mi trabajo "Pestalozzi. El hombre y el educador", Universidad de Guatemala. 1946.

extrae la generación formada el derecho a ejercer influencia sobre la generación en formación? Es decir, ¿cuál es la raíz del derecho al trabajo educativo y de dónde procede el deber de educar? Ninguno de estos interrogantes es simple; ellos constituyen el núcleo de los problemas preliminares a toda pedagogía. Generan sus postulados, apoyo de toda construcción teórico-científica: ¿se puede educar? y ¿se debe educar? Esos postulados —posibilidad y legitimidad de la educación— son materia que cuestiona y esclarece la filosofía de la educación. La pedagogía no discute su validez. Ella se apoya sobre tres verdades que no necesita demostrar: la educación es necesaria, posible y legítima, por razones que la filosofía se encarga de aclarar.

La educación es un proceso subordinado al principio de formación. El estudio filosófico del hombre en formación o sea en su tránsito del ser al deber ser conforme a una imagen humana, conduce a un concepto ideal de la educación y éste a la doctrina de la pedagogía, de donde se extraen derivaciones prácticas. La filosofía de la educación no sólo es el cimiento filosófico de la ciencia de la educación sino también la que asegura la unidad de los principios y los medios de un sistema o un orden pedagógico. Ella evita la arbitrariedad y los efectos caóticos.

Las ciencias pedagógicas agotan el estudio de toda la realidad de la educación o necesitan también de las contribuciones de la filosofía educativa? Ambas formas del saber —Filosofía de la Educación y Ciencia de

la Educación— tienen de común el que las dos son teorías explicativas de la realidad educativa; pero la ciencia estudia los hechos de la educación, mientras que la filosofía se dirige a los supuestos mismos, a sus categorías esenciales, a sus valores, a su orientación télica, a su sentido ideal: lo que la educación es por encima de la diversidad de los hechos circunstanciales. Por eso se ha dicho que la ciencia estudia el *factum* de la educación, la apariencia accidental, y la filosofía *el eidos*, o sea la esencia, lo supratemporal.

La ciencia de la educación, con el tributo de otras disciplinas —biología, psicología, sociología— analiza los factores determinantes del proceso educativo: individual, social, cultural; investiga el cómo del proceso, sus causas y efectos inmediatos. A la filosofía de la educación no le interesan los hechos particulares de aquí o de allí, sino que, colocándose sobre las múltiples diferencias, se pregunta, por ejemplo, ¿qué es la educación y cuáles son sus notas esenciales? ¿un simple desarrollo del ser, una pura disciplina formal, una formación interior, un enriquecimiento del saber? El sentido que se adopte fundadamente, es decir, filosóficamente, constituirá el eje de la ciencia de la educación y del arte de la enseñanza.

III. EFICIENCIA Y EXAGERACION DE LOS PRINCIPIOS

Toda filosofía de la educación asegura teóricamente la eficiencia de

los principios, equilibrio de fuerzas, medida de los poderes y ponderación de límites y alcances. Contra ello, la aplicación suele engendrar generalmente la exageración, provocando un desequilibrio y desarmonía. Dos ejemplos cercanos a nosotros en el tiempo ponen de manifiesto esta afirmación. El caso de Herbart y la obra de sus discípulos: estos cayeron en un metodismo formal que en algunos casos llegó a desvirtuar el sentido del acto educativo y del pensamiento originario del maestro. El otro es el caso de Dewey con el principio de la libertad en la educación. Gran número de sus discípulos o meros aplicadores de sus ideas desembocaron en una libertad suicida. Para evitar los efectos de la exageración hay que acudir a la filosofía de la educación en busca de una equilibrada y acabada interpretación de los términos del problema. Frente a las antinomias educativas nunca cae en la unilateralidad, sino que salva siempre la integración. La educación vista de este modo no es sólo despliegue de energías, sino también dirección valorativa; no sólo información, sino también formación; no únicamente ejercicio del intelecto, sino fomento de la plenitud humana. Alguna vez he formulado esta necesidad de integración en el juego de la doble pedagogía, la del saber y la del ser. Conjuntamente son válidas, pero en cuanto se separan y prevalece la primera, que suele ser lo más corriente, la educación se resuelve en un equivocado proceso acumulativo que sólo estima resultados informativos. La formación, en cambio, de-

cae o desaparece. Para evitar rupturas de equilibrio la educación tiene que dirigirse a la plenitud del ser e integrarse unitariamente, como *educación material*, que cree en el valor del conocimiento; como *educación formal*, que cree en el valor del ejercicio y como educación normativa que cree en el valor de la dirección. El mundo educativo no es sólo la esfera del intelecto y del saber, sino la totalidad del ser espiritual, sus raíces psicofísicas y sus ámbitos culturales. Toda pedagogía del ser es integral, plena: presupone un sujeto y un objeto, un ser y un deber ser que está más allá del ser, sostenido generalmente en una teoría de valores en la que aparecen éstos en su totalidad y con discriminada jerarquía a fin de que los más altos ejerzan una función directiva sobre los más bajos. A través de esta visión no podrá creerse que en el mundo de la educación lo simplemente útil o confortable es superior a lo ético, aunque en el mundo circundante prevalezca ese orden.

IV. EL PRINCIPIO DE INTEGRACION

Cualquier tarea educativa, esencial o elemental, debe tener como camino y mira la unidad e integración del hombre. Esta no se puede resolver en la sola articulación de los elementos de la interioridad subjetiva, sino en la conexión de la misma con la imagen y los principios de la cultura objetiva. Una educación verdadera no concibe fragmentos de

hombre, de espíritu ni de cultura, sino seres integrados, unidad del saber y cultura orgánica. La educación en sus resultados, es estructural: la diversidad tiene expresión en la unidad total de la que es inseparable, la especialidad tiene validez sobre un trasfondo de generalidad, de humanidad. El filósofo, médico y psiquiatra Karl Jaspers ha dicho en un discurso pronunciado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Heidelberg, en 1945, que no hay concepción humanista sin una imagen del hombre que revele lo que él es y lo que puede ser. Esta imagen debe ser de incumbencia de todas las Facultades Universitarias, a fin de evitar las especialidades cerradas y afirmar mediante una comunicación viva y siempre renovada la unidad de toda la ciencia. Según Aldous Huxley "el hombre es el único tema que logra interesar a todos los hombres, cualesquiera sean sus tipos o el grado de sus inteligencias". Por eso no es difícil interesar a todos en las cuestiones humanas y evitar que haya quienes sean educados sólo técnicamente mediante trozos de información, aislados e inconexos, sin un todo continuo, lo diverso sin unidad, lo parcial sin coherencia. La sola educación técnica forma hombres tan parciales como los que logra con distinto sentido, la educación académica, puramente intelectual: seres incompletos, cuyo vínculo con el mundo sólo es cognoscitivo, faltándoles relaciones afectivas y volitivas. Una y otra forma de educación parcial producen hombres en gran parte desintegrados, deshumanizados.

V. INSEGURIDAD EN LA FILOSOFIA DE LA EDUCACION CONTEMPORANEA

Es sabido que la crisis cultural contemporánea se manifiesta por una anarquía valorativa, urgencia en los cambios sociales, sustancial transformación económica por el auge de la gran industria, necesidad de técnicos expertos en gran número, crecimiento demográfico vegetativo, aumento de la inmigración, intensa modificación de las costumbres y de las normas morales, creencias e ideas, debilitamiento de la cohesión del hogar y de su gravitación formativa, nuevas formas de relación social. Rasgos todos, además de otros, que tienen una repercusión inevitable en el campo educativo, cuya crisis también se expresa con signos inequívocos: aumento de la población escolar — toda la clase media y gran parte del proletariado se encaminan a diversos órdenes de la enseñanza y los estudios — lo que determina una desordenada expansión del sistema educativo; intensificación de los ensayos didácticos y de experimentación pedagógica, demostrativa de un mayor entusiasmo por los medios que por los fines; aumento de maestros y profesores, más en cantidad que en calidad y, sobre todo, inseguridad en materia de filosofía de la educación.

Hoy se percibe la ausencia de un principio filosófico fundamental en el campo de la teoría y la práctica pedagógicas, y para reconstruir la educación en crisis hay que adoptar un nuevo principio de unidad. En los

países que sobresalen por su constante preocupación educativa se nota esta confusión e inseguridad: no se sabe hoy qué es una buena educación y hasta qué punto ésta debe atender a los cambios sociales. Tomemos un ejemplo: Estados Unidos, donde se manifiesta una intensa lucha en busca del principio unificador. Ha surgido por un lado una fuerte tendencia humanista que sostiene que una buena educación sólo puede ser establecida sobre la base de aquello que es bueno para el hombre en cualquier época y lugar, como una consecuencia necesaria de la esencia humana. Piden por ello mayor dedicación a los estudios clásicos y más inclinación a las ideas y a la vida intelectual y, por contrario sentido, menos afán por la enseñanza manual, práctica o de estrecha especialidad. La urgencia por ganar dinero impuso después de la guerra civil de 1861-1865 y del inmediato surgimiento de la sociedad industrial el criterio utilitario que se concretaba en la formación de hombres de sentido práctico, capaces de desempeñarse con eficacia técnica en la industria o el comercio. Al dirigir su crítica contra este sistema los humanistas contemporáneos consideran que los grandes libros del pasado constituyen un seguro estimulante para el espíritu de la juventud universitaria y una barrera opuesta a la excluyente tendencia técnica. Esta actitud, compartida por filósofos y educadores de otras tendencias, entraña una severa crítica a la excesiva extensión que alcanzaron los planes y métodos de enseñanza superior en

Estados Unidos, donde se llegó a crear cursos universitarios sobre publicidad, arreglos de escaparates comerciales, cosméticos y otras ramas especializadas para las cuales no se exigía base de cultura general. Es decir, elementalización y practicismo sin humanismo. Por este camino se ha sustituido en algunos centros la investigación científica, en su verdadero sentido, por la investigación profesional, que tiende más que a la búsqueda de la verdad a la de los medios y procedimientos de aplicación útil. Dice Robert Hutchins que en su país no se cree en el cultivo de lo intelectual por sus propios valores intrínsecos, y lo más penoso de esto es que el estado del país determina el estado de la educación. Propone, para concluir con el caos imperante en el terreno educativo, la adopción de la Metafísica como principio unificador del conocimiento, siguiendo el ejemplo de la antigüedad. Este pensamiento encendió durante varios años, desde 1930, una polémica en la que, entre otros, participó John Dewey, quien, estando de acuerdo en las críticas, no compartía el principio de solución propuesto. Consideraba que la orientación básica no debía ser metafísica, sino científica. Muchos partidarios de esta tendencia calificaron de reaccionaria y confusa la dirección de Hutchins. El movimiento humanista, ramificado en varias direcciones, una de ellas representada en primer término por el filósofo y pedagogo Mortimer J. Adler, entiende que sólo el Cristianismo puede dar sentido y unidad a la vida de las escuelas. Considera ne-

cesario una síntesis de filosofía y religión, de razón y fe, para unificar la cultura y luchar contra el materialismo de la civilización actual. Desde el punto de vista del fin individual de la educación aspira a que en las escuelas de todos los grados se agudicen, en primer término, las facultades intelectuales, para descubrir la verdad y la belleza encerradas en los grandes libros. Destaca la función de las "artes liberales", con cuya educación el estudiante no adquiere solamente las reglas prácticas o artísticas para pensar correctamente, sino también para ser capaz de perfeccionarse en conocimientos y visión intelectual. Como es explicable, tanto Adler como Hutchins se oponen a la filosofía de Dewey y de los experimentalistas, que representan la tendencia contraria, acusada de "fundar un culto del presentismo", de lo inmediato, de la experiencia y de la actividad sin dirección abandonada a lo espontáneo. Pero en la filosofía pedagógica de Dewey hay conceptos de una fundamentación incommovible y de validez constante. Los humanistas más tradicionalistas consideran que los principios básicos de la reconstrucción educativa deben provenir, no de la ciencia que no supone una moral, sino de la metafísica y también de la teología. Se ha visto en estas direcciones del siglo XX una inspiración recogida en la antigüedad clásica o en la Edad Media.

La tercera tendencia constituída por el grupo *liberal*, representado principalmente por los doce educadores integrantes del Harvard Committee, que redactó, por encargo de

esa Universidad, el informe titulado *General Education in a Free Society* (Educación General para una sociedad libre), aparecido en 1945, considera que el principio unificador de la educación está en la recuperación de la herencia cultural. La cultura americana está dentro de una gran tradición: la cultura occidental. La educación actual no puede separarse del sentido de esa herencia espiritual. El estudio del pasado puede enriquecer inmensamente nuestra comprensión de la actualidad y nuestra acción en ella.

VI. EDUCACION GENERAL Y EDUCACION ESPECIAL

Unánimemente las direcciones reconocen que el problema básico de la filosofía de la educación en los Estados Unidos es hoy el de la educación general, definida en el citado informe de Harvard como "aquella del total de la educación del estudiante que considera ante todo su vida como ser humano responsable y como ciudadano". Por ello, en el mismo informe se afirma que "la educación general y la educación especial no deben ser colocadas en mutua competencia. La educación general debe proveer no sólo una base adecuada para la elección de una especialidad, sino también el medio en el cual la especialidad puede desarrollar plenamente sus capacidades..." Con este informe, uno de los documentos pedagógicos más importantes de nuestra época, se replantea la vieja antinomia de la educación general y la educación espe-

cial. En lugar de considerarlas como dos especies contrapuestas de educación, se las concibe en íntima relación: la educación general es un organismo total e integrado; la educación especial es un órgano, un miembro designado para llenar una función determinada dentro del todo. “Nuestra conclusión —dice el informe— es que el fin de la educación debe ser preparar al individuo para ser un experto tanto en una profesión particular como en el arte general del hombre libre y del ciudadano. Los dos tipos de educación se daban antes separadamente a diferentes clases sociales. Hoy deben ser dados juntos, a todos”. Podría sintetizarse diciendo que la exigencia de la sociedad contemporánea es mayor especialización, y a la vez, mayor cultura general. La capacitación para el ejercicio de un rendimiento especial es inseparable del fondo general humano y del espíritu de nacionalidad de todo ciudadano. Todo hombre necesita, como técnico, ciudadano o miembro de una familia, capacidad para juzgar, planificar y actuar por sí mismo, y sobre todo, para gobernarse a sí mismo y compartir la vida con sus vecinos, dirigir su comunidad. Todo aprendizaje especializado exige una cultura general básica como subsuelo y como atmósfera, y como ejercicio de los poderes de la autocritica y de la conducta del hombre libre. En la teoría, como en el hacer educativo, participan siempre un principio de *integración* que, como ya hemos visto, mira hacia la totalidad del hombre, y un principio de *diferenciación* que reconoce en cada ser sus caracte-

rísticas singulares y el derecho al despliegue de sus tendencias y a la formación de aptitudes para una definida especialización cuya necesidad se manifiesta, cada vez en mayor grado, como exigencia social.

Educación significa integración y equilibrio del espíritu y del saber, para lo cual es indispensable una severa tarea pedagógica de selección, ordenación y adecuado tratamiento de los contenidos didácticos en función de la finalidad total y general. Pero significa también integración del individuo en la comunidad cultural de la que es miembro y su elevación hacia finalidades morales e históricas. La educación no prepara al hombre para el aislamiento y el recogimiento en sí mismo. El hombre no puede tampoco dejarse absorber por mezquinos intereses ni por precarios puntos de vista. El técnico no tiene que aprender solamente una maestría o competencia; debe penetrar también en los efectos positivos y negativos de su técnica, y como hombre debe estar en condiciones de cumplir las más amplias relaciones humanas. Cultura y profesión, humanidad y oficio, no se excluyen. En el informe que hemos citado se dice: “Todo curso que se dé en la Universidad de Harvard, por especializado que sea, debe contribuir sensiblemente a la educación general. En la medida en que fracasa en la realización de este objeto ha fracasado también en hacer su mejor contribución a la especialidad”.

Es importante en la reforma de Harvard la disminución del sistema electivo de cursos que había regido

en el College desde el siglo pasado, en que lo estableció el Rector Eliot. Se puede decir que hasta 1946 había un solo curso obligatorio, el de inglés, el que podía ser evitado mediante una prueba de suficiencia. El conjunto de los cursos quedaba librado a la decisión del propio estudiante, lo que significaba una excesiva y caótica individualización de la enseñanza. La subjetividad del alumno era ley absoluta, tanto en la especialidad como en la cultura general. Este sistema de libre elección de cursos equivalía a negar la existencia de un contenido orgánico definido en la tarea educativa, y un predominio excluyente de las propias inclinaciones del joven. El esfuerzo y la disciplina relegados en nombre del interés individual. La instauración de un cuerpo de materias obligatorias, junto a las optativas, asegura en cambio, elementos unificadores en la educación.

Sobre la misma filosofía educativa se apoya el proyecto de reforma de la enseñanza en Francia, infortunadamente no aplicado en su totalidad, como también los principios de la exposición que lo fundamenta, elaborada por la Comisión Ministerial de estudio que presidió el sabio y humanista Paul Langevin. "La cultura general —dice esa exposición— representa lo que une y acerca a los hombres, mientras que la profesión representa a menudo lo que los separa. Una cultura general sólida debe servir, por tanto, de base a la especialización profesional y continuarse durante el aprendizaje de modo tal, que la formación del hombre

no quede limitada y trabada por la del técnico. En un estado democrático, en el cual todo trabajador es ciudadano, es indispensable que la civilización no sea un obstáculo para la comprensión de problemas más amplios y que una grande y sólida cultura libere al hombre de las estrechas limitaciones del técnico".

Habría que recordar, en nuestro país —la Argentina— la *Memoria* de 1865, de Amadeo Jacques, uno de los más valiosos documentos pedagógicos de nuestra evolución educativa, en la que decía, a este respecto: "Por lo tanto, arriba de todas las enseñanzas especiales, es preciso que haya en una nación civilizada una enseñanza general que cultive todo el entendimiento, robusteciendo y docilizando todos sus poderes naturales". No oculta la tendencia intelectualista, típica de un francés, y más adelante agrega: "*Las especialidades* son sin duda buenas y necesarias; pero para que tengan toda su eficacia, es preciso que se dibujen, por decirlo así, sobre un fondo común de instrucción, y no sean más que la aplicación a un trabajo determinado de una inteligencia robustecida y ejercitada en el conjunto de sus facultades". (1)

En la civilización moderna es indispensable actuar tanto como comprender: ésto es base de aquéllo. La enseñanza general en una sociedad industrializada no puede limitarse a la comunicación de conocimientos: debe enseñar por diferentes medios a participar activamente. No sólo hay

(1) AMADEO JACQUES, *Escritos*, Colección Estrada, Vol. 43, Buenos Aires, 1945.

que “saber”, sino también hay que “saber hacer”, y saber hacer con legitimidad y justificación. Al técnico hay que interesarlo en cuestiones humanas, mucho más porque su tarea está, aun sin saberlo, en relación directa con el bien y el mal, el bienestar y el sufrimiento. La educación debe abrir puertas en el entendimiento del especialista, para que éste pueda salir, cuando sea necesario, de la estrechez de su ámbito y de la limitación de sus juicios. La especialidad es función de intensidad, no de visión amplia: ésta es función de la cultura general, con sus integraciones y relaciones. Dilata la percepción y afina la sensibilidad y dispone el espíritu hacia todo lo que no es el propio interés, por encima del egoísmo. El punto de vista ajeno suele ser útil para comprender mejor el propio y para encender la comprensión y la generosidad. Lo más valioso de la cultura es que, por el afinamiento de los poderes perceptivos y comprensivos y por sutilezas del saber general y humano, puede uno entenderse mejor, despertando la conciencia de sí mismo y apresurando sus relaciones con el mundo. Hace a los hombres más plenos, menos aislados, y para la especialidad, más capaces de iniciativa, equilibrados y responsables. Se ha dicho que en esta crisis del mundo la paz dependerá de la cultura general de los gobernantes y de los pueblos, y que en la guerra, para vencer militarmente, es igualmente indispensable, junto a la destreza técnica, una inteligencia formada y un espíritu abierto a los más amplios horizontes.

VII. LA ENSEÑANZA EN UNA SOCIEDAD TECNOLÓGICA

En 1950 la *Unesco* dispuso la realización de una investigación sobre la naturaleza y el valor práctico de la enseñanza en una sociedad tecnológica. ⁽¹⁾ El problema tenía su raíz en los poderes destructores de la energía nuclear y la necesidad de que el hombre asegure su propia preservación. Esto aparejaba otro problema que, para algunos, es el más importante: el de las condiciones de una vida verdaderamente humana en un mundo gobernado por la técnica. La solución depende, en gran medida, de la enseñanza, sus fines, contenidos y medios. Los expertos establecieron, después de un detenido análisis de los informes recogidos, que, salvo contadas excepciones, la enseñanza técnica actual no responde a las necesidades técnicas del porvenir; que la enseñanza general no proporciona conocimientos prácticos modernos, indispensables para la vida en un mundo que está en pleno proceso de industrialización; que el valor cultural de la enseñanza técnica actual es, en general, insuficiente; que la enseñanza —comprendidos también los aprendizajes y todo género de formación dada por empresas de personal ya en funciones— corre el riesgo de tener un carácter demasiado especializado en un mundo en el cual la técnica evoluciona de acuerdo con un ritmo acelerado. Entre los remedios que la encuesta señala está el de preparar técnicos que sean hombres

(1) *Education et Technologie. Enquête internationale préliminaire sur la nature et la valeur pratique de l'enseignement technique*, UNESCO, París, 1952.

completos, capaces de transformar progresivamente la sociedad industrializada. Es decir, hay que acudir a una enseñanza que dé satisfacción a las exigencias materiales y espirituales de la época: que conduzca a crear condiciones eficientes para la productividad, y a la vez prepare a los individuos para tomar una actitud adecuada frente a los problemas de la sociedad fundada en la técnica. Se mira hacia una educación capaz de preparar para el cambio social, no para una sociedad estabilizada, que ya no existe.

VIII. EL PRINCIPIO DE LA PERSONA HUMANA

Si una filosofía de la educación debe sustentar principios estables, no contradictorios de sus postulados, una filosofía contemporánea debe adoptar como fin válido de la educación un principio supremo que pueda dar significado elevado a la vida: tal es el principio de la persona humana, aunque nuestra edad técnica, caracterizada por algunos filósofos como la de un *vacío espiritual*, le oponga los más fuertes obstáculos. Entre los rasgos más sobresalientes de ese vacío, que es negación de la persona, aparecen, según el filósofo Karl Jaspers —sobre todo en el campo técnico-económico, con una incontenible repercusión en los demás— el poderío manifiesto de las masas, fenómeno dominado por estructuras cuantitativas, por una fuerte pasividad instrumental, por una gran vacuidad interior y olvido de la individualidad. Educación que no pro-

cure que el hombre se acuerde de sí mismo, niega su sentido fundamental.

Sin desconocer el papel de las masas, que en nuestro siglo han conquistado un lugar en el campo histórico del que ya no podrán retroceder, y sin proponerse disminuir la extensión ni la intensidad del progreso técnico, del que la humanidad tantos beneficios recoge y el hombre individual puede extraer el tiempo necesario para el cultivo del *ocio*, en el sentido griego, hay que educar en todo tiempo conforme a una filosofía que conciba al hombre moviéndose dentro de las más amplias y generosas relaciones, en especial su relación total originaria con la vida que el especialismo fragmentador mutiló. La diferenciación, que estrecha y reduce las relaciones, no puede ser tan aisladora que ponga en peligro la unidad e integridad del hombre. En este sentido, el hombre primitivo gozaba de una unidad de funciones que el hombre moderno ha perdido. Tal vez por el íntimo contacto con la naturaleza y la totalidad de la vida, decía Rousseau que “sólo el campesino es el hombre verdadero”. Se explica entonces que en Harvard donde, como ya se ha visto, tanto se ha agudizado la crítica a la unilateralidad técnica, se llegue a calificar de seres antihumanos a los cerradamente especializados. Nuestra época técnica, con olvido de las compensaciones culturales, ha traído una subversión de valores: lo técnico sobre lo ético, lo externo sobre lo íntimo, lo físico sobre lo metafísico, la tiranía de los hechos y las cosas sobre la

libertad y creación del hombre. Nada de extraño tiene que historiadores, filósofos de la historia, sociólogos y hasta economistas, comiencen a presentir que el futuro llamará a nuestro tiempo, como dice Ropke, "interregno espiritual", "época terrible y acéfala".⁽¹⁾

Muchos creen que es una ingenuidad esperar remedios de la educación en esta era atómica y de implacables poderíos sobreindividuales, en la que se percibe, por un lado, el orgullo del hombre, y por el otro, su nulidad. La humanidad vuelve los ojos a la educación, a un renacimiento de la personalidad, no del hombre pasivamente colectivo, sino en relación activa con sus semejantes. El nuevo ideal de la personalidad integrada no significa la supresión de la independencia por el imperio ciego de la situación social. Aspira a crear la seguridad del yo y su estabilidad en la sociedad. Implica una doble e ineludible dirección en la vida y en el proceso formativo: socialización e individualización del hombre, espíritu de independencia y espíritu de comunidad.

Pero esas esperanzas sólo pueden recaer en una educación no meramente comunicativa y acumulativa, sino excitadora, estimuladora de los gérmenes latentes en el ser para que salgan de la obscuridad ennoblecidos por los valores más elevados. "La educación —ha dicho Spranger— como sabía ya Sócrates, empuja al hombre hacia sí mismo, dándole materia sobre la cual puede llegar a ser lo que es". Es decir, la educación

es un perfeccionamiento del hombre por la cultura, por el espíritu.

IX. EDUCACION PARA UNA SOCIEDAD SIN CLASES

La filosofía de la educación hoy no puede postular sino una educación para una sociedad sin clases, cuyo principio básico es el de la "igualdad de oportunidades", sin el cual no se realiza la democracia social dinámica. La igualdad de oportunidades —que prácticamente se convierte en un libre acceso a los institutos de enseñanza sin distinciones ni procripciones fundadas en razones étnicas, económicas, sociales, políticas o religiosas— conduce a un proceso selectivo en virtud del cual los capaces y esforzados avanzan y se imponen. La vieja idea de la educación de "élite" según la cual sólo ciertas clases sociales tenían derecho a la educación en todas sus ramas y grados, se sustituye por el principio democrático de la "educación para todos", de cuyo seno surgen los grupos o "élites" directivos de la sociedad y la vida histórica. De la propia masa pueden salir los que ascienden socialmente por sus capacidades y merecimientos. De esta educación sin clases resultan dos niveles de cultura ineludibles e indispensables: el mayor número alcanza generalmente una educación elemental o práctica; los menos constituyen la minoría representativa de la cultura superior por sus labores en las ciencias, las artes, las letras, la filosofía, la política, la técnica, etc.

(1) WILHELM ROPKE, *La crisis social de nuestro tiempo*, Revista de Occidente, Madrid, 1947.

X. EDUCACION Y HUMANIDAD

Como se ha visto hasta aquí, no se pueden tratar filosóficamente los problemas de la educación fuera de un centro: el *hombre*, es decir, la *humanidad* del hombre. Un humanismo orientador de la educación debe entender al individuo, en parte, como ser funcionalmente autónomo y, por otro lado, en función de todos, en conexión con el medio entero. El hombre no es libre sólo cuando está desligado, sino cuando, sometido a circunstancias ineludibles, es capaz de ejercitar la iniciativa y responsabilidad de su pensamiento y de su conducta. La educación verdadera no se apoya en el individualismo abstracto ni en la realidad del hombre masa. Ya dijimos antes que su finalidad hoy no puede ser otra que el ideal de la personalidad integrada. La primera ley de un humanismo contemporáneo, en el campo de la educación, es la de restablecer el ideal de la persona humana, opuesto, como se sabe, al individualismo atomístico y al gregarismo masificador. Ese ideal implicará, entre otros sentidos, considerar como el núcleo noble del hombre el espíritu, que tiende siempre hacia valores aun en medio de las deshumanizantes potencias contemporáneas. Esta personalización del hombre permite realizar la libertad encarnada en actos propios y en compromisos no impuestos y puede transformar las comunidades mecánicamente numéricas en comunidades orgánicas, la masa en pueblo. Este proceso depende de muchos factores colectivos y del esfuer-

zo de cada uno. Pero este esfuerzo depende de las convicciones que arraiguen en la conciencia. Por eso hay que educar —la familia en cuanto puede, y la escuela en cuanto debe— suscitando convicciones en las que prevalezcan el sentido ético, una propia disciplina interior, que es lo más humano que el hombre puede alcanzar: usar de la libertad como libre ingenio, juicio, iniciativa, decisión. O sea, no pensar por delegación ni obrar por consigna, lo que puede dar lugar a un vivir tranquilo, pero no a un vivir esencialmente humano. Una educación que enseña a trabajar como esclavo, sin propia iniciativa ni responsabilidad, no es educación, porque le falta sentido formativo y culminación ética. La educación debe enseñar a trabajar, a pensar y a vivir con humanidad, es decir, con personalidad y solidaridad.

Este ideal es necesario, pero es muy difícil en un mundo que ha perdido sus virtudes educadoras elementales y en el cual dominan, en lugar del valor, invencibles potencias deformadoras del hombre. Al terminar la última guerra, Francois Berge, del grupo *Civilisation* de Francia, afirmó en un debate sobre la suerte del individuo en el mundo actual, que aquél, vaciado de su savia humana por el mundo técnico, como un árbol demasiado débil agotado por la abundancia de sus frutos, se ve amenazado en su autonomía por el desenvolvimiento del poderío colectivo y estatal. Pero el mismo pensador se recobra de su aparente pesimismo diciendo: "El hombre tiene

su suerte en sus propias manos. Debe amarse a sí mismo". (1)

El más arduo e inaplazable problema contemporáneo de filosofía de la educación es el de fundar, en

medio de los obstáculos que hoy lo circundan, una pedagogía que enseñe al hombre el respeto de sí mismo, la educación del autorrespeto. Ella le permitirá también tomar libremente los caminos de la solidaridad con los demás, vivir en la integración.

(1) *Le destin de l'individu dans le monde actuel*. Colección Chemins du Monde, Editions de Clermont, París, 1947.

EN EL VALLE DE LA ESPERANZA

Por M. BARBA SALINAS

Nuestro excelente amigo, el Ing. Jorge Guzmán Trigueros, Director Ejecutivo del Valle de La Esperanza, nos había invitado desde hace algún tiempo, para ir un día a visitar la zona del Valle, que fué abatida por un espantoso terremoto en Mayo de 1951 y dejó en completa ruina las poblaciones de Jucuapa, Chinameca, San Buenaventura, Guadalupe y Lolotique y gravemente dañadas las ciudades de Santiago de María y Berlín.

Teníamos un ferviente deseo de aceptar la invitación de nuestro amigo, pero los días pasaban y una diversidad de quehaceres nos retenían en San Salvador, hasta que una dichosa mañana, gris y húmeda en que los cerros azules estaban velados tenuemente por la niebla, salimos rumbo al Valle.

A medida que avanzábamos sobre la carretera Interamericana, la niebla se iba desvaneciendo y la ardorosa luz lila del trópico, comenzaba a dorar la campiña de Cuzcatlán e iluminaba las veraneras del camino.

Eran cerca de las nueve de la mañana cuando llegamos a Nueva Guadalupe. Nos llenó de júbilo y de sorpresa encontrar una aldea limpia y bella, con casitas de cemento, hierro y ladrillos, ornadas de minúsculos jardines al frente, sobre calles bien delineadas y limpias, con una hermosa plaza y un elegante edificio municipal de líneas rectas y colores vivos, de arquitectura funcional, en donde se desenvolverá la vida ciudadana de la comunidad.

Entre las edificaciones, se destaca como la mejor, la estructura de la Escuela Pública, en donde los niños de la aldea harán su aprendizaje para la ciudadanía

y la vida civilizada. La existencia de esta aldea modelo, se está desarrollando en bienestar y alegría. En donde sólo había miseria y suciedad, hoy hay riqueza, higiene, trabajo y asistencia pública. Los vecinos están aprendiendo a hacer una vida saludable y grata.

A medida que pase el tiempo, llegarán a constituirse comunidades rurales ejemplares, como habrán de ser todas las del territorio salvadoreño, de Centro América y del Continente Hispanoamericano, desterrando de ellas, la extrema pobreza, el ambiente insalubre y la desventurada vida.

Pasamos luego a la ciudad de Chinameca. Hace apenas dos años todo era aquí ruina y desolación, miseria y llanto.

Hoy apenas quedan señales del terremoto y nos encontramos con una ciudad limpia, con calles bien delineadas y multitud de casas de excelente estructura, con sus lindos jardines, habitaciones decorosas, ventilación adecuada y muebles de buen gusto, dentro de la modestia del ajuar de cada casa, contando todas con un minimum de higiene, confort y paz hogareña.

La norma del Valle es que el edificio escolar tiene que ser el mejor de cada conglomerado. Y así es en efecto, la escuela es la casa mejor dotada y hermosa. Luego después vienen el Municipio y el Centro de Salud.

La ciudad de Jucuapa está casi totalmente reconstruída. Hay unas quinientas nuevas casas de habitación, tiene un gran edificio escolar, se construye el ayuntamiento y se cuenta con una clínica de asistencia pública y una Escuela de Artes y Oficios.

En San Buenaventura pudimos darnos cuenta de la trascendencia de las obras del Valle de La Esperanza. Han quedado unas casas en ruinas en donde aún habitan familias de campesinos y nos fué posible comparar el ayer con el hoy.

Frente a las lindas casitas, limpias y cómodas, construídas por la Administración del Valle, hemos visto las pobres casas de adobe de antaño. En éstas tienen su asiento la incomodidad y la miseria, la insalubridad y el desconsuelo. En las otras, todo es limpieza, higiene, comodidad y alegría. La dignidad humana resplandece en las últimas en contraste con la desesperación y la injusticia, las humillaciones y la pobreza que anidaban en las primeras.

El Edificio Escolar como en las otras comunidades es el más hermoso y bien dotado. Le siguen la Alcaldía y la Clínica o Centro de Salud.

LOS TALLERES DE LAS COOPERATIVAS

Carpinteros, sastres, costureras, fabricantes de ladrillos de cemento y de materiales de construcción, han formado sus cooperativas y trabajan en talleres excelentemente provistos de herramientas y maquinaria. La Administración del Valle les proporciona herramientas y materia prima que ellos van pagando a plazos. Tienen trabajo permanente y lucrativo y los talleres son una colmena de actividad. Hay alegría en los rostros de los obreros porque ellos saben que son los primeros beneficiarios en sus labores. Se fabrican muebles de excelentes maderas

y de bello estilo y acabado, pantalones, trajes completos, camisas, ladrillos de cemento, ladrillo de obra y otros materiales de construcción.

LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS

En un hermoso edificio de grandes ventanales de cristal se halla la Escuela de Artes y Oficios. Hemos visitado la biblioteca, las aulas, los salones de estudio, el club de alumnos. Todos los departamentos están magníficamente acondicionados con espléndidos muebles que fabrica la Cooperativa de Carpinteros. En esta escuela vocacional se prepararán los mecánicos, constructores, dibujantes, agricultores y obreros de diversas actividades.

EL ALBERGUE ESTUDIANTIL

En Chinameca, en donde hay escuela normal e instituto de enseñanza secundaria, se ha establecido el "Albergue Estudiantil" en un bello edificio construido por esta fundación, en medio de jardines y senderos floridos. Allí se alojan los estudiantes del Valle cuyas familias no residen en la ciudad. El Albergue cuenta con un gran salón de biblioteca muy bien amueblado, comedores, dormitorios, baños y todos los servicios indispensables. Los estudiantes tienen aquí su residencia, y alimentación en un amable ambiente que convida al estudio y en el cual adquieren hábitos de orden, comodidad y vida decorosa.

IMPRESION INOLVIDABLE

Una visita a este Valle infunde fe en el porvenir. En dos años se ha transformado un campo de desolación en poblaciones prósperas que cuentan con los mejores servicios de salubridad, asistencia social, educación y cooperación entre los habitantes. Los talleres de las Cooperativas de obreros, los edificios escolares, las mil quinientas casas de habitación que se han construido, las clínicas de salud, las asociaciones de labradores de la tierra y cosecheros de cereales y hortalizas, todo contribuye a que se ensanche de alegría el corazón y nos atrevamos a afirmar con plena confianza, un futuro de regeneración y bienestar para nuestros pueblos dentro de un espíritu de justicia y equidad.

Con estas obras en donde al mismo tiempo que se establecen comunidades rurales que cuentan con los elementos para una vida civilizada y saludable, se organiza el trabajo; se proporciona a los habitantes oportunidades de educación y se les prepara para la producción y el desarrollo económico; sin descuidar el recreo y la higiene, la salud y la belleza, se está haciendo un experimento trascendental.

Es aquí en el "Valle de La Esperanza" donde se halla el "modelo" para la transformación de la vida del pueblo centroamericano. Si se lograra ir transformando de igual modo la vida de las comunidades rurales de todo el territorio salva-

doreño, surgiría un pueblo nuevo sin miseria, ni paludismo, sin barbarie, sin la ignorancia que es una tragedia, sin la pobreza desesperada que abruma las almas y alienta rencores y odios en los corazones.

Es por eso que consideramos las obras del Valle como un experimento afortunado. Creemos que se ha encontrado la posible solución de los sombríos problemas de nuestras desventuradas tierras del trópico, agobiadas por tanta catástrofe de la naturaleza y por la torpeza de los hombres que llenan de congoja a la población rural la cual vive en lugares insalubres anonadada por la enfermedad, desnutrida, explotada, ensombrecida por la ignorancia y acongojada por el peso de su propia vida.

El experimento del Valle disipa todo pesimismo. A la vuelta de algunos años, estas comunidades, saludables y felices, habrán establecido la norma de una vida civilizada y justa para los pueblos aturdidos de Istmania.

Tal es el significado que tiene para nosotros la obra del Valle de La Esperanza. En este paisaje de incomparable belleza, entre los cerros azules y el verdor de la campiña en donde la mano del artista divino puso pinceladas magistrales, la mano del hombre que en las tierras del trópico, en contraste con la belleza circundante, no acierta a dejar una huella perdurable y hermosa, ha realizado algo digno del anhelo humano.

Conmovidos, hemos estrechado la mano del Ing. Guzmán Trigueros a quien ha tocado en suerte convertir en realidad tangible, ayudado por centenares de trabajadores devotos y capaces, el magno experimento que ha de traer la salvación y la paz social a nuestros pueblos.

NOTAS Y NOTICIAS

LA CAMPAÑA DE ALFABETIZACION

El Ministerio del Interior envió comunicación a los gobernadores departamentales indicándoles instruyan a los alcaldes municipales para que éstos, dentro de sus atribuciones, den toda cooperación a la labor encomendada al Departamento de Alfabetización y Educación de Adultos.

COMISIONES BIBLIOGRAFICAS

El Ministerio de Cultura organizó las siguientes comisiones bibliográficas que deberán dictaminar en obras que se presenten para su edición en el Departamento Editorial.

1º—Comisión de Historia: Presiden-

te, Br. Jorge Lardé y Larín; Vocales, doctor Manuel Vidal y don Roberto Molina y Morales.

2º—Comisión de Ciencias Sociales: Presidente, doctor Napoleón Rodríguez Ruiz; Vocales, doctor José María Méndez y Julio Fausto Fernández.

3º—Comisión de Letras: Presidente, don Salvador Cañas; Vocales, Ricardo Trigueros de León y Luis Gallegos Valdés, y

4º—Comisión de Ciencias de la Educación: Presidente, José Manuel Vela, y Vocales, profesora Antonia Portillo de Galindo y Alfredo Betancourt.

Las personas designadas trabajarán en carácter ad-honorem.

MAS ANIMALES PARA EL JARDIN ZOOLOGICO

El Ministerio de Cultura ha adquiri-

do en Hamburgo, Alemania, varios animales para el Jardín Zoológico de esta capital. Vendrán cuatro antílopes, tres camellos, dos mandriles, dos tigres de Bengala, dos canguros, dos carneros peludos, un elefante y varios avestruces. Los mencionados animales serán entregados por veterinarios expertos que vendrán de Alemania.

COLONIAS ESCOLARES DE VACACIONES

El Presidente del Patronato Escolar Salvadoreño, doctor Marco Tulio Magaña, ha ofrecido al Ministerio de Cultura las colonias escolares de vacaciones que dicha Institución posee en el puerto de La Libertad y que recientemente han sido acondicionadas. En ellas podrán pasar sus vacaciones profesores y alumnos de las escuelas oficiales.

EDICION DE UNA OBRA

La obra "Monografías históricas del departamento de Santa Ana" será editada en la Imprenta Nacional por cuenta del Ministerio del Interior. Dicha obra salió premiada en el concurso celebrado con motivo del primer centenario de la creación de dicho departamento. Su autor es don Jorge Lardé y Larín, director del Museo Nacional "David J. Guzmán". La edición constará de tres mil ejemplares, los que serán repartidos entre los municipios santanecos.

HOMENAJE A EINSTEIN

En la Escuela Normal Superior fue rendido un homenaje a la memoria del eminente sabio alemán Alberto Einstein, recientemente fallecido en Esta-

dos Unidos. Organizaron ese acto los profesores y alumnos de la mencionada Escuela.

NUEVO VOLUMEN DE UN DICCIONARIO

Don Miguel Angel García ha terminado un nuevo volumen del Diccionario Enciclopédico Histórico Geográfico de El Salvador. Ese volumen contiene anécdotas centroamericanas. El valor de la edición será pagado por don José María Villafañe.

FESTIVAL DE MUSICA

El Ministerio de Cultura, con la colaboración del maestro Cubicec, está organizando un magno festival de conjuntos corales juveniles, que se efectuará en el Estadio Nacional en noviembre de este año. Con ese objeto el señor Cubicec y la Sociedad Coral Salvadoreña han iniciado jiras por varias ciudades departamentales, organizando en ellas conjuntos corales.

MAS OBRAS PARA LA ORQUESTA SINFONICA DEL EJERCITO

Hace pocas semanas recibió la Orquesta Sinfónica del Ejército las siguientes obras de concierto:

Sinfonía N° 3 en La, Johannes Brahms; Sinfonía N° 4 en Sol, por Antón Dvórák; Los Nocturnos, suite, por Claude Debussy; El Amor Brujo, por Manuel de Falla; La Serenata, para solo de cuerda, por Piotr I. Tschaikowski; Las Variaciones sobre un Tema de Haydn, por Brahms; El Pájaro de Fuego, por Igor Stravinsky; Preludio y Muerte, de la ópera Tristán e Isolda, por Ricardo Wagner; El Cisne de Tonuela,

por Jean Sibelius; Muerte y Transfiguración, por Ricardo Strauss; Doble Concierto para Violín Cello, por Johannes Brahms; El Buque Fantasma, obertura de la ópera, por Ricardo Wagner; Obertura a una Comedia Picaresca, por Arnold Bax; Obertura Trágica, por Johannes Brahms; Sinfonía Italiana, por Mendelssohn; Sinfonía Clásica, por Sergei Prokofief; Sinfonía N° 5 en Si bemol, por Franz Schubert; Tercer Concierto de Brandenburgo y Tocata y Fuga, por Juan Sebastián Bach; Rapsodia Noruega, por Lalo; Obertura Donna Diana, por Reznizeck, y la Obertura Solemne "1812", de Piotr I. Tschai-kowski.

TRIUNFADORES EN CONCURSOS

En el concurso literario promovido en la Escuela Normal Superior, uno de los actos realizados en el Día de la Madre, salieron triunfadores los profesores Darío González, Rutilio Quezada, Leticia Delgado, Beatriz de Pérez Gómez y Félix Ulloa. El jurado estaba compuesto por catedráticos del mismo plantel docente.

Con el mismo motivo —Día de la Madre— la Escuela Normal "España" abrió un concurso literario. El jurado estuvo integrado por Luis Gallegos Valdés, Fryda Schultz de Mantovani y Ricardo Trigueros de León. Dicho jurado acordó:

1º—Otorgar el Primer Premio a la composición intitulada: "Tres Instancias a mi Madre", original de Carlos Joaquín Rodríguez, del 2º año profesional de la Escuela Normal "Alberto Masferrer".

2º—Otorgar el Segundo Premio a la

composición: "Himno a tu Eterna Canción de Espera", por María Victoria Soriano, alumna del Tercer Año Profesional de la Escuela Normal "España"; y

3º—Otorgar el Tercer Premio al trabajo: "Madre", de Florencio O. Valle López, alumno del 5º Curso del Seminario San José de la Montaña.

AGREGADA CULTURAL

La poetisa hondureña Clementina Suárez fue nombrada Agregada Cultural a la Embajada de Honduras en San Salvador. Dicho nombramiento ha sido bien recibido en los círculos intelectuales de ambos países.

JUEGOS FLORALES EN LA FIESTA DE AGOSTO

En la fiesta de agosto habrá juegos florales. El comité organizador de los festejos ha dado a conocer las bases de dicho certamen. Son las siguientes:

1º—La Comisión Organizadora de los Juegos Florales que se celebrarán en esta ciudad, con motivo de la Feria Nacional de la ciudad de San Salvador, abre un concurso entre los poetas y escritores salvadoreños, bajo las siguientes bases:

2º—Serán obras del concurso:

- a) Composición original en verso, de tema libre;
- b) Cuento original de tema libre que no exceda de 2.000 palabras;
- c) Ensayo de teatro, también con tema libre.

3º—Las recompensas serán:

- a) Flor Natural, Diploma y Premio de C. 1.000.00, para el mejor trabajo en verso;
- b) Diploma y premio de C... 800.00 para el mejor cuento.
- c) Diploma y premio de C... 500.00 para el mejor ensayo de teatro.

4º—El poeta ganador de la Flor Natural tendrá derecho a escoger a la Reina de los Juegos Florales.

5º—La Reina de los Juegos Florales designará, por su parte, a las seis señoritas que formarán su Corte de Amor.

6º—La Comisión Organizadora de los Juegos Florales designará a los miembros que deberán integrar el Jurado Calificador de los trabajos presentados a concurso.

7º—La misma Comisión escogerá a la persona que deberá fungir como Mantenedor de los Juegos Florales.

8º—Los trabajos se enviarán al Presidente de la Comisión Organizadora de los Juegos Florales señor Aristides Salazar antes del 10 de Julio del corriente año, en dos plicas: una que contendrá la composición firmada con un lema, y otra que llevará el nombre del autor y las señas de su domicilio, conteniendo en el exterior del sobre el mismo pseudónimo o lema de la composición.

9º—El acto público en que la Reina de los Juegos Florales entregará la Flor Natural al poeta laureado y se hará distribución de los premios, se llevará a cabo durante la celebración de la Feria Nacional de la ciudad de San Salvador, en el día y lugar que oportunamente se señalarán.

EXPOSICION DE PINTURAS

El Embajador de Estados Unidos en El Salvador, Sr. Robert Hill, inauguró el 27 de mayo, en San Miguel, una exposición de copias de cuadros de destacados pintores norteamericanos. Fueron expuestas 41 telas, representativas de tres siglos de pintura en Estados Unidos, desde "La señora Freake y la pequeña María", pintado en 1674 por un artista anónimo, hasta "Mundo de Cristina", pintado por Andrew Wyeth en 1948. En la exposición figuraron cuadros de Gilbert Stuart, John Singleton Copley, John Trumbull y Winlow Harner, todos famosos pintores.

CONCURSO DE PIANO

La Sociedad Coral Salvadoreña prepara para el mes de noviembre de este año un concurso nacional de piano, con valiosos premios para los triunfadores. Unicamente podrán participar en ese concurso niños y jóvenes cuya edad oscile entre los 6 y los 18 años. Las bases del concurso estipulan que tendrá que ser ejecutada una obra previamente anunciada y otra a opción del concursante, de acuerdo con la edad. La inscripción para el Concurso se hará en el local de la Sociedad Coral Salvadoreña (Departamento de Ingeniería del Ministerio de Defensa).

ANIVERSARIO DE UN COLEGIO

El 22 de mayo cumplió 20 años de haber sido fundado el colegio "Renovación" de esta capital. Con tal motivo hubo en el mencionado establecimiento un acto lírico-literario, en que participaron alumnos y alumnas del colegio.

TRIUNFOS DE ARTISTA SALVADOREÑO

El artista salvadoreño Oscar Ticas, originario de San Julián, Sonsonate, está conquistando triunfos en Buenos Aires. Trabaja en programas de televisión. Ha empezado a grabar discos para una empresa con conexiones en América y Europa. Ticas figura también en el programa de estrellas de "Radio Splendid".

JUEGOS FLORALES EN SANTA ANA

Durante las fiestas patronales de Santa Ana, a fines de Julio, se efectuarán los terceros Juegos Florales estudiantiles. Las bases son las siguientes:

1.—Podrán participar todos los estudiantes de secundaria de la República, sin distinción de especialidades, pero cada trabajo deberá venir acompañado de una constancia, extendida por el director respectivo, que acredite la calidad de estudiante.

2.—Con el objeto de que este certamen obligue a algún estudio, se establece que: a) el tema (histórico, geográfico, económico, etc.) será relativo a la ciudad de Santa Ana. b) la combinación métrica será el ROMANCE HEROICO.

3.—El concursante que salga vencedor deberá probar su inquietud literaria con recortes de composiciones publicadas en periódicos nacionales o escolares y con el testimonio de su director.

4.—Los trabajos deberán de suscribirse con seudónimo, y se acompañarán de un sobre cerrado, conteniendo el nombre del autor.

5.—El certamen queda abierto a partir del diez del mes en curso. Se cerrará el diez de julio a las doce m.

6.—El Comité de Festejos de Santa Ana, será propietario de las composiciones premiadas.

7.—Se establecen tres premios. Primer Premio: Diploma, cincuenta colones en libros y cincuenta en efectivo. Segundo Premio: Diploma, treinta colones en libros y treinta en efectivo. Tercer Premio: Diploma, veinte colones en libros y veinte colones en efectivo.

8.—Los Juegos Florales Estudiantiles tendrán efecto el 23 de julio próximo, a las 3 p. m., en el Teatro Nacional de esta ciudad.

9.—Por razones de tiempo, la reina será electa por el Comité Organizador de este Certamen.

10.—El Tribunal Calificador será nombrado oportunamente por el Comité Organizador.

11.—Los trabajos deberán enviarse a la siguiente dirección: Terceros Juegos Florales Estudiantiles. Gobernación Departamental, Santa Ana.

PRIMERA PIEDRA

El 10 de junio fue colocada la primera piedra de la enfermería de la Ciudad de los Niños, con la asistencia de las autoridades y de numerosos particulares de Santa Ana. La colocación estuvo a cargo del Gobernador Departamental doctor Berdugo. La bendijo Monseñor Barrera y Reyes, Obispo de Santa Ana.

DIA DEL ALUMNO

El día del alumno fue celebrado en

la escuela "Nicolás J. Bran" con un simpático acto, en que tomaron parte profesores y alumnos del mencionado plantel educativo. Lo amenizó el conjunto de cuerdas de la Guardia Nacional.

CONCURSO NACIONAL DE ARTES PLÁSTICAS

La Dirección de Bellas Artes ha abierto un concurso nacional de artes plásticas, que se efectuará en diciembre de este año. Las bases son las siguientes:

Bases para el Primer Concurso Nacional de Artes Plásticas, con aporte de iniciativa particular, organizado por la Dirección General de Bellas Artes.

El Ministerio de Cultura, por medio del Departamento de Artes Plásticas, de la Dirección General de Bellas Artes, organiza el Primer Concurso Nacional de Pintura, generosamente patrocinado por Cervecería "La Constancia, S. A.", Casa "H. De Sola e Hijos", "Inversiones Comerciales, S. A." y "Capitalizadora de Ahorros, S. A.", cuatro empresas de prestigio en el país que espontáneamente ofrecen su cooperación para este fin, consistente en la suma de UN MIL COLONES cada una, para constitución de los premios. El Ministerio de Cultura acoge con beneplácito este significativo acto de la iniciativa particular y toma por su cuenta la organización del concurso, no sólo por el estímulo que éste representa para el desarrollo de las Artes Plásticas en El Salvador, sino también por el reconocimiento que merece el aporte de los diversos sectores de la sociedad a favor de la cultura, aunado a los esfuerzos que en el mismo sentido el Estado salvadoreño realiza.

1º—El concurso comprende: Oleo (o

cualquier otra obra realizada con materiales nuevos, sustitutivos de aquél, como la vinelita y otros). Acuarela; Dibujo (crayón, pluma, etc.); Grabado (linóleo o madera).

2º—Pueden participar todos los artistas salvadoreños, cualquiera que sea su residencia, y los centroamericanos y extranjeros residentes en el país.

3º—El concurso es libre, pero debe referirse a la Ciudad de San Salvador, en cualesquiera de sus múltiples aspectos, desde los elementos de su paisaje, sus tipos humanos, sus manifestaciones de trabajo, escenas de la vida popular, barrios antiguos y su historia, costumbres, fiestas cívicas y religiosas, etc., en fin, todas las expresiones del vivir ciudadano, dignas de la atención del artista.

4º—Las obras deberán ser enviadas a la Dirección General de Bellas Artes, 7ª C. O. N° 2, San Salvador, El Salvador, C. A., antes del 15 de noviembre de 1955.

5º—Las obras deberán entregarse debidamente enmarcadas y en cuanto a grabados, acuarelas y dibujos, deberán ser protegidos con vidrio.

6º—Cada trabajo deberá traer adherido, en la parte posterior, una tarjeta con los datos siguientes: título de la obra; nombre y dirección del autor; técnica y material empleados; dimensiones, en centímetros, de la obra. Además, cada participante deberá entregar en sobre cerrado, sus datos biográficos y su firma.

7º—La Dirección General de Bellas Artes entregará un recibo a los participantes, en el momento de la recepción de las obras; dicho recibo será reintegrado cuando las obras sean devueltas.

8º—Cada participante podrá enviar el número de obras que desee. No serán admitidas las copias ni los trabajos basados en fotografías y carentes de valor artístico. La Dirección General de Bellas Artes nombrará una comisión compuesta de tres personas para seleccionar las obras que serán sometidas a concurso. Dicha comisión podrá seleccionar hasta cinco obras de cada autor.

9º—Con las obras seleccionadas se llevará a cabo en esta ciudad, una exposición. La inauguración oficial de la misma será el 1º de diciembre de 1955, y permanecerá abierta hasta el 15 del mes ya mencionado, inclusive. Posteriormente, dicha exposición será llevada a otras ciudades del país.

10º—Se establecen cuatro primeros premios, así: Para óleo, premio único de un mil colones, otorgado en nombre de "Capitalizadora de Ahorros, S. A."; para acuarela, premio único de un mil colones, otorgado a nombre de "H. De Sola e Hijos"; para grabado, premio único de un mil colones, otorgado en nombre de "La Constancia, S. A."; para dibujo, premio único de un mil colones, otorgado en nombre de "Inversiones Comerciales, S. A.".

11º—Cada una de estas Casas adquiere derecho de adquisición sobre la respectiva obra premiada.

12º—La Dirección General de Bellas Artes nombrará el Jurado Calificador, integrado por tres personas, cuyos nombres no se darán a conocer sino después de haber otorgado los premios.

13º—Los miembros del Jurado Calificador podrán participar en la Exposición; pero sus obras se considerarán fuera de concurso.

14º—Si no se presentan trabajos de

mérito suficiente, el Jurado tendrá libertad para declarar desierto el certamen total o parcialmente. En caso de que el certamen sea declarado desierto en alguna de las ramas ya mencionadas, el jurado podrá adjudicar el premio a la obra que a su juicio lo amerite en cualesquiera de las ramas restantes.

15º—La entrega se hará a los artistas o a sus representantes, en un acto público especial que oportunamente se señalará.

16º—La Dirección General de Bellas Artes cuidará de que las obras no sufran deterioro, pero no será responsable de accidentes imprevisibles.

17º—Ninguna obra que figure en la Exposición, podrá ser retirada antes de la clausura de ésta.

18º—Durante la Exposición podrán ser vendidas las obras a beneficio de sus autores. Para este fin, los que así lo deseen, enviarán al Jefe del Departamento de Artes Plásticas, después del fallo del jurado, una nota especificando el precio de sus respectivas obras y autorizándole para efectuar dicha operación. El valor o valores estipulados, serán entregados al autor sin descuento alguno.

19º—El Departamento de Artes Plásticas no se responsabilizará de aquellas obras que no sean retiradas en el plazo de un mes, después de verificada la clausura de la Exposición.

20º—El transporte de los trabajos enviados —tanto de los departamentos de la república, como del exterior— será por cuenta de los participantes.

ESCUELA DE DOMESTICAS

Los padres Somascos y las Damas

...upanas van a construir un edificio para la escuela de trabajadoras domésticas. Será levantado en La Ceiba de Guadalupe, en terreno donado por don Walter Deininger. La escuela en proyecto será dirigida por religiosas europeas, especializadas en servicio social.

TRIUNFO DE ESCRITOR SALVADOREÑO

El escritor salvadoreño Cristóbal Humberto Ibarra ha sido condecorado en Buenos Aires con la medalla "Domingo Faustino Sarmiento" por su obra en prosa "Facundo y la pampa".

La medalla "Domingo Faustino Sarmiento" ha sido conferida solamente tres veces en veinticinco años: en 1953 a José Portogalo, por su obra socialista "Tregua"; en 1937 al poeta argentino Ricardo Molinari, y en 1955 que le ha tocado a Cristóbal Humberto Ibarra.

FALLECIMIENTO DE DISTINGUIDA PROFESORA

El 18 de junio falleció en esta capital la distinguida profesora señorita Cecilia Chery, de origen francés, quien hizo de El Salvador su segunda patria. Aquí fundó el "College Jeunes Filles Jean D'Arc", en donde desarrolló una intensa labor educativa durante muchos años. El Gobierno de El Salvador, en reconocimiento a sus méritos de maestra la condecoró con la Orden de José Matías Delgado, la más alta distinción nacional. Sus funerales constituyeron una imponente manifestación de duelo.

HOMENAJE A ANDRÉS ELOY BLANCO

En el aula magna de la Universidad

Nacional se efectuó la noche del 24 de junio un homenaje a la memoria del poeta venezolano Andrés Eloy Blanco, muerto recientemente en la capital de México, en un accidente de tránsito. El acto fue presidido por el Rector doctor Fortín Magaña y directivos de la Asociación de Estudiantes de Derecho. Tomaron parte en el homenaje doña Fryda Schultz de Mantovani, doña Ruth de Almea, el doctor Luis A. Peñalver, ex-Vice Rector de la Universidad Central de Venezuela y don Luis Gallegos Valdés, quien leyó un mensaje de Miguel Ángel Asturias. También fueron leídos mensajes de otros escritores americanos.

APROBADO UN PLAN DE ESTUDIOS

Con fecha 21 de junio el Poder Ejecutivo, en el Ramo de Cultura, promulgó el Decreto N° 38 que especifica los requisitos y plan de estudios para alcanzar el título de tenedor de libros: El plan de estudios durará cuatro años, con las materias siguientes:

Primer Curso: Aritmética Mercantil, Redacción y Ortografía, Caligrafía, Contabilidad General y Ciencias Sociales, Historia y (Geografía).

Segundo Curso: Contabilidad General, Aritmética Mercantil, Redacción y Estilo, Código de Comercio y Nociones de Derecho y Civismo.

Tercer Curso: Cálculo Comercial, Redacción Comercial, Contabilidad Bancaria, Mecanografía y Biología.

Cuarto Curso: Retaceos y Tramitación Aduanal, Contabilidad Fiscal, Inglés y Locuciones Comerciales, Nociones de Economía y Mecanografía.

Este plan comprende tres horas semanales en cada materia.

Para ingresar a esa carrera es necesario tener, por lo menos diez y seis años de edad y haber aprobado el sexto grado.

ABIERTA LA MATRICULA EN EL INSTITUTO DE EDUCACION TECNICA

En la Colonia Roma, de esta capital, han sido construídos modernos pabellones que ocupa el Instituto de Educación Técnica, creado por el Ministerio de Cultura respondiendo a una necesidad nacional. Ya quedó abierta la matrícula para alumnos externos. Los aspirantes a ingreso deben presentar los siguientes documentos:

a) Solicitud de ingreso firmada por los interesados; a efecto el plantel suministra el formulario correspondiente, en las oficinas del Instituto Técnico Industrial, sexta Calle Oriente Número 37; b) constancia de estudios hechos en primaria o certificado de los cursos ganados en el Plan Básico; c) partida de nacimiento (15 años cumplidos); d) certificado de sanidad (pulmones y sangre); e) constancia de buena conducta, extendida por el director del último plantel donde haya estudiado el candidato o por el dueño del taller donde esté trabajando; f) cuatro retratos de tamaño cédula.

Las plazas para alumnos del Instituto de Educación Técnica son de dos clases: a) alumnos egresados de la primaria completa; b) alumnos de Plan Básico. La enseñanza teórica práctica que se impartirá en dicho centro, cubrirá las siguientes materias: automecánica, ebanistería, cerrajería, radio, ciencias generales, dibujo técnico, me-

cánica general, construcción, electricidad, inglés técnico, física-química y temáticas aplicadas.

Quienes logren inscribirse en las condiciones ya señaladas deberán someterse a un examen previo para ser matriculados definitivamente.

CONFERENCIAS

Recientemente han sido dictadas las siguientes conferencias:

En la Casa de la Cultura:

Doctor Alfonso Rochac. Tema: "Desenvolvimiento Económico de los países subdesarrollados".

Margarita Paz Paredes disertó sobre Porfirio Barba Jacob.

"Santo Tomás y la ciencia moderna". Tema de la conferencia del sacerdote salesiano Mario Moro.

Prof. Juan Mantovani. Tema: "Multitud y soledad de Sarmiento".

Rafael Paz Paredes. Tema: "César Vallejo, Poeta de América".

Pedro Restrepo Peláez disertó en el Ateneo de El Salvador sobre "El otro Bolívar".

Alberto de Castro, S. J., comisionado cultural de Cuba, pronunció en el Instituto Central de Señoritas dos conferencias: "El progreso bajo el signo del amor" y "Cristo, el genio y el líder".

Gustavo Agrait, profesor de la Universidad de Puerto Rico, pronunció en el Centro El Salvador-Estados Unidos una conferencia sobre la personalidad del poeta puertorriqueño Luis Pales Matas.

El profesor español José Tudela de la Orden, Director del Museo Etnológico de Madrid, dictó dos conferencias: una

Escuela Normal Superior sobre
Historia Colonial de la América Es-
pañola" y otra en la Escuela Normal
de España" sobre "América en los archi-
vos, bibliotecas y museos de España".

El doctor Salvador Mendieta dictó
una conferencia de tema unionista en el
Instituto Nacional Central de Señoritas.

JUEGOS FLORALES EN QUEZALTENANGO

Concurso de Juegos Florales Centro-
americanos y Panamá, han sido organi-
zados en Quezaltenango, Guatemala. Las
bases a que se sujetarán tales juegos, son
las siguientes:

Art. 1º.—Los Juegos Florales se cele-
bran anualmente con motivo del Ani-
versario de la Emancipación Política de
Centro América y con ocasión de la Fe-
ria Departamental de Quezaltenango:
"La Independencia", en el mes de sep-
tiembre.

Art. 2º.—Son mantenedores de los
Juegos Florales, la Corporación Municipi-
pal y la Junta Local de Educación Pública
de Quezaltenango.

Art. 3º.—Los Juegos Florales, en vir-
tud del auge alcanzado, se declaran per-
manentes, cerrándose el concurso el 15
de julio a las 18 horas en punto, de ca-
da año. En consecuencia, todo trabajo
que se reciba después de esa fecha, en-
trará a concursar hasta el año siguiente.

Art. 4º.—El programa de premiación
se elaborará por la comisión respectiva,
que anualmente designe la Junta Man-
tenedora.

Participantes:

Art. 5º.—Los centroamericanos y pa-

nameños de origen, residentes en cual-
quiera de las cinco repúblicas hermanas
y Panamá.

Requisitos:

Art. 6º.—Podrán enviarse composicio-
nes en Verso o Prosa, con la condición
exclusiva de ser inéditas.

Art. 7º.—La forma del Verso se deja
a la discreción del poeta.

Art. 8º.—Los trabajos en Prosa se cir-
cunscribirán a los géneros: Novela,
Cuento y Teatro, siendo su extensión li-
bre.

Derecho de los Triunfadores:

Art. 9º.—Al poeta que obtenga la
Flor Natural, se le otorga el derecho de
elegir Reina de los Juegos Florales, en-
tre las damas quezaltecas, o aquellas que
tengan por lo menos, dos años de resi-
dencia en esta ciudad.

Art. 10º.—Al poeta que obtenga la
Flor Natural, la Municipalidad le cos-
teará los viajes, desde el lugar de su re-
sidencia y su estancia en esta ciudad.

Art. 11º.—Los participantes deberán
enviar sus trabajos en triplicado, escritos
a máquina y amparados por seudónimo,
al Director de la Junta Local de Educa-
ción Pública de la ciudad de Quezalte-
nango.

Art. 12º.—Los poetas triunfadores tie-
nen la obligación ineludible de presen-
tarse personalmente a recibir los pre-
mios respectivos. Por consiguiente, de-
berán estar en la ciudad de Quezaltenan-
go, por lo menos un día antes a la fecha
señalada para el acto, que oportunamen-
te se les notificará.

Art. 13º.—Deberán acompañar al tra-
bajo respectivo, una plica que contenga

